

**REFLEXIONES SOBRE LA DEMOCRACIA.**  
**Aportaciones del Catedrático D. Dalmacio Negro Pavón al Aula Política.**  
**Ciclo 2013-2015.**

SUMARIO:

PARTE I: LA LEY DE HIERRO DE LA OLIGARQUÍA<sup>1</sup>

PARTE II: DESMITIFICACIÓN DE LA DEMOCRACIA<sup>2</sup>

**RESUMEN:**

*Parte I:* El motivo del trabajo es el pesimismo del pensamiento político. Una causa principal, sino la determinante del pesimismo connatural a ese modo de pensamiento, es la ley de hierro de la oligarquía. Pues, al ser una ley inherente a la naturaleza humana, todo gobierno es oligárquico con independencia de las circunstancias, el talante y las intenciones de los escritores políticos y de los políticos. Esta ley distorsiona el pensamiento racional mejor concebido haciendo inciertos los resultados de los cálculos políticos más prudentes. Tiene la ventaja de que desenmascara los mitos mediante la desilusión y descalifica o ridiculiza las pretensiones del pensamiento político que no se atiene a lo concreto y agible en el momento presente. Tiene el inconveniente de hacer imposible una teoría política universal, pues la intensidad con que opera la ley transcendental de la oligarquía, depende del azar o el conjunto indefinible de causas, concausas y circunstancias de todo orden. Por eso es la prudencia la virtud principal del político.

*Parte II:* El modo de pensamiento ideológico ha sacralizado la democracia como una suerte de teodemocracia. Descansa en el proyecto escatológico de los revolucionarios franceses de poner fin a la historia natural del hombre, una historia política, y comenzar la historia moral de la humanidad reconciliada consigo misma, contradictoriamente gracias a la política, a partir de 1779, el Año Cero de la Gran Revolución. Los norteamericanos acabaron con el tabú de la imposibilidad de la democracia salvo en territorios pequeños. La democracia se fue incorporando al pensamiento ideológico y en las revoluciones de 1848, “la revolución de los intelectuales”, salieron a la luz las ideologías, religiones de la política dirigidas por ellos como un nuevo poder espiritual en sustitución de la autoridad de la Iglesia. Los regímenes democráticos necesitan de los partidos políticos. Se ha hecho famosa la frase del experimentado conservador protagonista de *El gato pardo*: «hay que cambiar algo para que todo siga igual». Los partidos harán a lo sumo cambios superficiales o aparentes para tranquilizar a los críticos, argumentando que se trata de mejorar la “calidad” de la democracia, palabra talismán cuya invocación hace respetable automáticamente cualquier opinión. Con todo, la democracia no es en Europa una religión: es la superstición, algo así como en torno a la fe o sucedáneo o apariencia de fe, que nace de las religiones de la política. Vaciando la palabra democracia de su contenido semántico, la rellenan a conveniencia, utilizándola a lo Sorel como un mito político. Su explotación como religión, la monopolizan Estados Unidos, que, interesada o ingenuamente, la utilizan como un artículo de exportación. La fe religiosa en la democracia, cuyo resorte es la envidia igualitaria, es la máxima degradación de la democracia política.

<sup>1</sup> Publicado el original en los *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Nº 90 (2013)

<sup>2</sup> Este texto ha sido publicado en *Razón Española: Revista bimestral del pensamiento* Nº 163 (enero-febrero 2014). Ponencia presentada en el Aula Política del Instituto de Estudios de la Democracia de la Universidad CEU San Pablo, en el ciclo de conferencias 2013-2014.

## LA LEY DE HIERRO DE LA OLIGARQUÍA<sup>3</sup>

1.- El pensamiento político realista se diferencia de otros modos de pensamiento sobre lo Político y la Política en que, por su escepticismo ante la naturaleza humana, es pesimista. Se distingue en particular del humanitarista -destructor: “quien habla de humanidad, quiere engañar” decía Proudhon-, del ideológico -constructivista-, del imaginativo -literario- y, por supuesto del utópico, modo de pensamiento estéticamente de mal gusto pero gratificante, porque elude enfrentarse a la realidad; la utopía renuncia al pensamiento. En tanto escéptico, el realismo político es asimismo ajeno o contrario a lo que suele pasar por *Realpolitik*: simplemente no se hace ilusiones. «El realismo político, escribe Jerónimo Molina, es la imaginación del desastre».<sup>4</sup> Carlo Gambescia dice que es “triste” en un libro reciente sobre al liberalismo como expresión del realismo,<sup>5</sup>... Las citas podrían multiplicarse. Baste recordar lo de Ludwig Marcuse: el pesimismo lógico es en política “un estado de madurez”.

Una causa fundamental, no siempre explícita, aunque constituye la prueba irrefutable que justifica la actitud realista,<sup>6</sup> es la ley de hierro de la oligarquía, inmanente a todas las formas del gobierno al ser inherente a la naturaleza humana: «La potencia del gobierno no flota en el aire», decía Carlos Marx, si bien la reduce a la economía. En la práctica, «la pregunta política por excelencia, en el magín del ciudadano consciente, no ha de ser quien debe mandar, sino qué hará el gobierno».<sup>7</sup> Los gobiernos son siempre oligárquicos con independencia de las circunstancias, el talante, los deseos, las intenciones, la voluntad, las pasiones, los sentimientos y las ilusiones de los escritores políticos, de lo que digan los políticos autoengañándose o para engañar a los demás, y de lo que esperan tal vez los electores. Estos son en realidad una minoría, pues la mayoría se limita a votar.

2.- *La verdad política fundamental es la libertad política.* Lo Político existe siempre. Pero sin libertad colectiva no existe la Política, tal como se entiende en la tradición occidental desde los griegos: como ejercicio de la libertad política, aunque esté reservado a unos pocos. Ahora bien, al ser colectiva depende de la opinión, que es

<sup>3</sup> Publicado el original en los *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Nº 90 (2013), y su referencia a la ponencia del 15 de enero de 2013 en la web de la Real Academia: <http://www.racmyp.es/intervenciones/INTERVENCIONES.CFM?i=1453&t=t> . Véase también el capítulo IV “El Estado” en Negro Pavón, Dalmacio, *Historia de las formas de Estado. Una introducción*, El Buey Mudo, 2010. Igualmente, véanse las referencias al seminario de Estudios Políticos Luís Díez del Corral en <https://seminariopensamiento.wordpress.com/tag/ley-de-hierro-de-la-oligarquia/>

<sup>4</sup> “Realismo político y crítica de las religiones seculares en Raymond Aron”. M. Herrero (ed.), *Religion and the political*. Hildesheim, Georg Olms Verlag 2012.

<sup>5</sup> *Liberalismo triste. Un recorrido: da Burke a Berlin*. Piombino, Edizione Il Foglio 2012.

<sup>6</sup> Según el *Diccionario* de Abbagnano, la palabra realidad (que proviene de la *realitas* de Duns Scoto) indica en el discurso filosófico «el modo de ser de las cosas en tanto existen fuera de la mente humana o independientemente de ella» en contraposición a la idealidad que designa «el modo de ser de aquello que está en la mente y no puede ser o no está incorporado o actuado todavía en las cosas». Para P. P. Portinaro la realidad es, en el léxico político, el modo de ser de las relaciones de poder consideradas independientemente de los deseos y las preferencias de los actores o de las teorías más o menos normativas de los espectadores». Distingue tres formas de realismo: el “complaciente”, el “melancólico” y el que “vibra de indignación moral”. *Il realismo político*. Roma, Laterza 1999. P. 13.

<sup>7</sup> J. Molina, *Nada entre las manos*. www.lospapelesdelsitio 2013. P. 59.

plural. Y no sólo porque sean las circunstancias las creadoras de las opiniones de la mayoría de los hombres, como decía Dicey.

En la opinión pública o común se mezclan confusamente ideas-creencia, ideas-ocurrencia, necesidades, pasiones, sentimientos, emociones, deseos miméticos e intereses, con frecuencia contradictorios o por lo menos contrarios o alterativos de todos y cada uno de los opinantes en materia política. Y como esto introduce la incertidumbre en la vida política, la libertad colectiva suele descuidarse hasta que el estado de cosas obliga a reivindicarla, no siempre pacíficamente: las revoluciones son *formalmente* reivindicaciones de la libertad política; *materialmente*, de la seguridad necesaria para poder ejercitarla.

La ley de hierro de la oligarquía se ciñe principalmente al papel político de los intereses y los deseos miméticos. Decía Maquiavelo: «a los hombres nunca les parece que poseen con seguridad lo que tienen, hasta que adquieren algo más de otros». Pero pueden ser también determinantes otras motivaciones, desde los afectos, las emociones o las simpatías a las ideologías, las utopías y las creencias. De ahí la relativa inutilidad del pensamiento político concebido con la mayor racionalidad y de las teorías políticas: «Es un puro ilusionismo -las más de las veces ideológico-, escribía Jesús Fueyo, el dar por sentado que existe una y una sola respuesta científica -¡y no digamos de una vez para siempre!- para los grandes problemas políticos. La realidad política es de suyo polémica y el verdadero pensamiento político no es científico en tanto discurre en plena beligerancia. Cuando llega a recibir el universal “consensus” de científico es cuando ha vencido, y también, cuando habiendo sido vencido conserva un digno interés arqueológico». <sup>8</sup> No sólo eso: distorsiona el resultado de los cálculos políticos más prudentes. Maquiavelo, que jamás teorizó sobre la política, la hacía depender de los caprichos de la diosa la Fortuna. Lo más eficaz es la crítica racional de la realidad política para mantener el espíritu de la libertad colectiva. Esta es la causa por la que todo poder político procura operar en secreto y controlar la información llegando acaso a la censura o sugiriendo la conveniencia de la autocensura mediante dádivas o amenazas más o menos sibilinas.

La política es siempre azarosa. Lo único seguro es que se asienta en el hecho de que «el poder recae siempre en manos de una pequeña minoría fuertemente organizada e integrada exclusivamente por sujetos individuales o, todo lo más, por pequeños grupos. En esto estriba precisamente la clave última de su superioridad, la razón de su éxito, el secreto que le permite habitualmente imponerse con asombrosa facilidad», decía Guglielmo Ferrero. <sup>9</sup> Esto no obsta para que la política auténtica sea siempre una combinación de moralidad y poder. <sup>10</sup>

La consideración de la ley de hierro de la oligarquía desde el punto de vista de los regímenes, le da un alcance que sugiere que es un *leit Motiv* del pensamiento político, sin duda, el principal.

<sup>8</sup> *Estudios de teoría política*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos 1968. Pról. p. XI.

<sup>9</sup> *El Poder. Los Genios invisibles de la Ciudad*. Madrid, Tecnos 1991. 8, p. 87. Cf. C. Schmitt, “Coloquio sobre el poder y el acceso al poderoso”. *Revista de Estudios Políticos*. Nº 78 (1954).

<sup>10</sup> Aspecto en el que insiste E. H. Carr en su notable libro *La crisis de los veinte años (1919-1939). Una introducción al estudio de las relaciones internacionales*. Madrid, La catarata 2004.

3.- La ley de hierro tiene por lo pronto una ventaja: desenmascara los mitologemas<sup>11</sup> mediante la desilusión y descalifica o ridiculiza las pretensiones del pensamiento político que no se atiene a lo concreto y agible en el momento presente, a la realidad política.

Tiene también dos inconvenientes.

El primero, que hace imposible una teoría política universal. Sería un científicismo, tal vez ideológico, no sólo porque la política *presupone* la libertad colectiva, sino porque la *intensidad* con que opera la ley de la oligarquía, depende del *azar* o el conjunto indefinible de causas, concausas y circunstancias de todo orden. De ahí que sea la prudencia la virtud principal del político. La política pertenece al ámbito de la filosofía práctica, no al de la teórica hacia la que ha derivado,<sup>12</sup> y, como decía Jünger en el *Diario de 1965-1970*, uno de los grandes problemas actuales es que «la política no es ya nuestro destino, sino la física».

El segundo consiste en que si se extrema la actitud pesimista, se llega fácilmente a la conclusión de que el poder es malo, idea facilitada por la preponderancia del pensamiento político de origen protestante. Tras la revolución francesa, que sustituyó el origen natural o divino del poder atribuyéndoselo al pueblo, es decir, a las oligarquías que le representan, ha llegado a ser la dominante. El gran historiador Jacobo Burckhardt creía firmemente que «el poder es malo» (*die Macht ist böse*) y popularizó el *dictum* de Lord Acton «el poder corrompe y el poder político corrompe absolutamente».<sup>13</sup> Acton estaba influido por el historiador suizo. Una frase de Tocqueville matiza y aclara la idea de lord Acton: “El apego que uno tiene por el poder absoluto es directamente proporcional al desprecio que siente por sus conciudadanos.”

La clave de *El espíritu de las leyes* (XI, 4), reza: “es una experiencia eterna que todo hombre investido de autoridad abusa de ella”. Alimentada por la teología protestante, por ejemplo Karl Barth, quien atribuía los males políticos y económicos a la naturaleza pecaminosa del hombre, lleva a la separación de la moral y la política y a renunciar a la política dejándola, puesto que es inevitable, en manos de los peores. Este es el origen de la *Realpolitik* como *Machtpolitik*, política de poder

El caso decisivo y más eminente es el del racionalista protestante Tomás Hobbes, cuyo lema podría ser la famosa expresión *homo hominis lupus*, tomada de Plauto. Este gran pensador hizo de la pecaminosidad inherente a la naturaleza humana el fundamento de su teoría política, unió el poder político y el temor de los hombres a los demás hombres e identificó lo Político con el aparato estatal, concebido como un hombre magno cuya simple existencia hace del *miedo* una categoría permanente de la vida colectiva. Contra ello reaccionó Rousseau.

<sup>11</sup> «No es la des-velación, sino la des-ilusión, lo que quebranta los mitos y promueve el abandono de las actitudes míticas». M. García-Pelayo, *Los mitos políticos*. Madrid, Alianza 1981. “Mito y actitud mítica en el campo político”. 4.1, p. 29.

<sup>12</sup> Cf. W. Hennis, *Política y filosofía práctica*. Buenos Aires, Sur 1973.

<sup>13</sup> A la verdad, el católico Acton no podía sostener que el poder sea malo en sí mismo. Lo que dijo es que el poder -como la libertad, el dinero, las pasiones, etc.- *tiende a* corromper y que, si es absoluto, *tiende a* corromper absolutamente: «*Power tends to corrupt and absolute power corrupts absolutely*». La expresión se encuentra en una carta privada (5.IV.1887) al obispo Mandell Creighton a propósito de una reseña de *The History of Papacy*, cuyo autor era el obispo. Vid. Lord Acton, *Essays in the Study and Writing of History*. Vol. II. Indianapolis, The Liberty Classics 1985. 19, p. 383 (hay trad. española).

Lutero había dicho de la razón que es una *Hure*, una prostituta que extravía la fe, y Rousseau, educado en el calvinismo, sostuvo que si la razón es corruptora, la naturaleza humana es angélica en su origen -el Paraíso perdido-, por lo que se opuso a Hobbes dando preeminencia al sentimiento sobre la razón. De ahí la actitud progresista que, empeñada en restaurar la naturaleza humana a lo Rousseau, ha desembocado finalmente en la antipolítica pacifista, llamada popularmente “buenista”. Actitud no ciertamente humanista sino antihumanista, porque declara la ilegitimidad de la naturaleza humana, como muestra Rémi Brague.<sup>14</sup>

El auténtico pensamiento político no es hobbesiano ni rousseuniano; ni siquiera prejuzga la naturaleza humana: ateniéndose a la realidad, la acepta según es, pecaminosa pero racional. Pero como escribió hace muchos años el chino Han Fei-tzu, «el más sabio de los ministros nunca será escuchado por un rey estúpido». Por eso decía Julien Freund, que pensar políticamente es «ponerse siempre en lo peor». La ciencia económica, que descansa sólo *formalmente* en el principio de la escasez que le permite cierto grado de determinismo, como demostró Gustavo Cassel, olvidando que no existe la economía pura y que en último análisis depende de una metafísica, ha usurpado teóricamente el sitio a la política. Reconociendo la supeditación de la economía a la política, escribe el economista James Buchanan: «en política, quienes toman las decisiones últimas sobre empleo de los recursos, no comparten ninguno de los costes del sacrificio de oportunidades abandonadas».<sup>15</sup> Y en otro lugar: «ningún sistema de organización social en el que los hombres puedan actuar libremente, es capaz de impedir la explotación del hombre por el hombre o de un grupo por otro grupo».<sup>16</sup>

Son infinitos los testimonios que podrían aducirse sobre la primacía de la política, su estrecha relación con la ley de hierro y su lógico pesimismo. Podrían sintetizarse con otro célebre *dictum* de Carl Schmitt: en política, «quien escribe se proscribe». Hablar políticamente de la realidad es arriesgarse a ser proscrito. Habría que matizar: salvo que se sea hobbesiano o rousseuniano, según la situación.

**4.-** Desde hace tiempo y por supuesto en la actualidad, es preciso tener en cuenta el cambio sustancial experimentado en la vida política debido a la instalación de amplias clases medias -en recesión actualmente por la presión de las oligarquías- en la sociedad y en la cultura como clases independientes. El fundamento de estas clases es el trabajo: gracias a la libertad de trabajo se hacen poseedoras y propietarias. Universalizado el hecho de la libertad de trabajo, peculiar de la civilización occidental, que sustituye el ancestral estado aristocrático de la sociedad por el estado social democrático, es en el fondo el gran elemento revolucionario de la “globalización”.

Hannah Arendt llamó la atención sobre ese hecho: la aparición del trabajo como un factor político por implicación, introdujo un nuevo paradigma en la vida y el pensamiento políticos. Debe reconocerse el mérito de la famosa ley inspirada por el

<sup>14</sup> Vid. de Brague, *Le propre de l'homme. Sur une légitimité menacée*. París, Flammarion 2013.

<sup>15</sup> *Ética y progreso económico*. Barcelona, Ariel 1996. 5, VI, P. 131.

<sup>16</sup> J. J. Rallo añade otra cita de *El cálculo del consenso* «Conviene enfatizar que ningún sistema de organización social en el que los hombres puedan actuar libremente puede impedir la explotación del hombre por el hombre o de un grupo por otro grupo». Vid. <http://www.libremercado.com/2013-01-09/juan-ramon-rallo-james-buchanan-y-los-limites-del-poder-politico-66992/>. Buchanan está aludiendo a la ley de hierro sin decirlo.

revolucionario Le Chapélière, tan criticada sin embargo, al abolir el monopolio de los gremios, aunque Arendt atribuye con razón a Carlos Marx el mérito indiscutible de haber sido el primero en hacer hincapié vigorosamente en ello y con conocimiento de causa,<sup>17</sup> aunque a la verdad, Tocqueville, que captó en Norteamérica lo esencial de la cuestión, dijo simultáneamente lo mismo, pero de otro modo, al pedir una nueva ciencia política para “un mundo enteramente nuevo” nacido del tránsito del estado aristocrático de la sociedad al estado social democrático debido a la formación de las clases medias y al reconocimiento social del trabajo.<sup>18</sup>

El propio Tocqueville señaló que la gestación de ese gran hecho con categoría de acontecimiento, comenzó en el fondo de la Edad Media. La causa formal fue el cristianismo; la material consistió en la adición a las posesiones y propiedades inmobiliarias de un gran incremento de la posesión y propiedad de bienes mobiliarios que modificó la economía circular o de perpetuo giro (*kreislauf* decía Schumpeter). Ese hecho influyó sin duda en la formalización por Michels de la ley de hierro de la oligarquía.

Ferdinand Lassalle, el fundador de la socialdemocracia partidaria de la revolución legal, el “socialismo evolucionista”,<sup>19</sup> en contraste con el socialismo revolucionario de Marx, había rebautizado la ley de bronce de los salarios de David Ricardo como ley de hierro para darle más énfasis, y es muy probable que Michels, estudioso del partido socialdemócrata alemán, la generalizase como ley de hierro de la oligarquía, al aplicar esa idea de Lasalle a los partidos políticos.

Seymour M. Lipset observó la interrelación entre los estudios de Marx y Tocqueville respectivamente sobre la división del trabajo y el consenso con los de Michels sobre la oligarquía y los de Max Weber sobre la burocracia: «Ambos, dice refiriéndose a estos últimos, trataron de demostrar que las organizaciones y sociedades socialistas eran, o serían necesariamente, tan burocráticas y oligárquicas como las capitalistas».<sup>20</sup>

**5.-** Desde la publicación en 1911 del famoso libro de Michels *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*,<sup>21</sup> suelen relacionarse las alusiones a la oligarquía con los partidos políticos, aspecto sobre el que existe bastante bibliografía, que, por lo general, sigue a Michels o parte de él. Sin embargo, en comparación con Weber inspiró pocos estudios posteriores a pesar de su afirmación, en el prólogo de 1915 a la edición inglesa de aquella obra, de que «la democracia conduce a la oligarquía y contiene necesariamente un núcleo oligárquico».

<sup>17</sup> Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental. Madrid, Encuentro 2007.

<sup>18</sup> Vid. D. Carrión Morillo, *Tocqueville. La libertad política en el estado social*. Madrid, Delta 2007.

<sup>19</sup> Vid. E. Bernstein, *El socialismo evolucionista*. Granada, Comares 2011.

<sup>20</sup> Según Lipset, «las teorías de Weber y Michels sobre la burocracia y la democracia junto con las de Marx y Tocqueville sobre el conflicto y el consenso, establecieron la preocupación básica de la sociología política moderna». *El hombre político*. Buenos Aires, Eudeba 1963. I, pp. 8-10.

<sup>21</sup> Buenos Aires, Amorrortu 1969. Esta edición, traducción de la versión inglesa, incluye el prólogo de Lipset. La tesis de Michels no se ha librado de críticas. Se podrían resumir, decía hace tiempo un comentarista, en que «si todavía no ha aparecido en el planeta una organización capaz de evitar la ley de hierro, es que esta ley se basa sin duda en un ideal utópico». C. Fred Alford, “The ‘Iron Law of Oligarchy’ in the Athenian Polis...and Today”. *Canadian Journal of Political Science*. XVIII (2.VI. 1985). II, p. 298. Alford piensa que no es “completamente utópica” y puede mitigarse.

Rara vez se considera esa ley como una ley general de la política. El propio Michels casi se limita a decir de la ley de hierro, que es «una ley sociológica más allá del bien y del mal».

La atención a la ley de hierro en relación con los partidos políticos -que hace ilusorias las exigencias de que “se democraticen internamente”- está sobradamente justificada, ya que parecen ser indispensables en la democracia de masas. Ahora bien, los partidos políticos son sólo un aspecto de sus implicaciones. Por lo pronto, no opera sólo en la democracia, aunque en este caso sean más notorios sus efectos. Sin embargo, no deja de ser sorprendente la relativa escasez de estudios concretos sobre esa ley desde este punto de vista,<sup>22</sup> pese a que la historia de Occidente podría escribirse como una interpretación oligárquica de la historia bastante menos reduccionista que la interpretación económica socialista,<sup>23</sup> o como una lucha permanente por la libertad política, mediada por la dictadura en situaciones límite o excepcionales a fin de conservar el equilibrio del orden político, y a veces a favor de las oligarquías o de la democracia como en las célebres luchas entre Sila, defensor de la oligarquía, y Mario, defensor de los plebeyos, y luego entre sus herederos Pompeyo y César.<sup>24</sup> La sacralización de la democracia -la transformación de la democracia en una religión- tiene seguramente bastante que ver con la omisión del carácter universal de esa ley.

Montesquieu, bajo la influencia de la tradición de la Polis griega y ejemplos parecidos, y del pensamiento político tradicional, no concebía que fuera posible un gobierno democrático salvo en pequeñas ciudades o grupos de hombres, donde es posible la democracia directa o participativa. Por eso los partidos o como se les quiera llamar son indispensables en los gobiernos democráticos en espacios de mayores dimensiones, pese a las buenas razones -entre ellas la de la corrupción- esgrimidas por Simone Weil para suprimirlos. El problema principal no es empero su particular organización oligárquica, sino el hecho de que en toda agrupación humana existe una jerarquización, por muy informal que sea. «Quien habla de organización habla de oligarquía», decía Michels.<sup>25</sup>

<sup>22</sup> Es muy recomendable el libro de B. de Jouvenel, *Du principat et autres réflexions politiques*. París, Hachette 1972. (Hay trad. española). Aunque no menciona esa ley, el conjunto de artículos es una reflexión sobre el carácter oligárquico de los gobiernos.

<sup>23</sup> Carl. J. Friedrich sólo menciona la ley de hierro de pasada en relación con los partidos en su importante tratado *Gobierno constitucional y democracia*. (2 Vols. Madrid, Instituto de Estudios Político 1975). Karl Loewenstein, que no la menciona aunque la describe, se limita a decir que «la nueva sociología histórica de Mosca, Pareto, Michels y Max Weber -por no citar a Giovanni Battista Vico- ha mostrado de manera convincente que no existe en absoluto una relación causal entre la estructura del mecanismo gubernamental y la localización fáctica del poder». *Teoría de la Constitución*. Madrid, Ariel 1964. II, p. 47. La oposición al socialismo, especialmente al marxista, y a su versión fascista -un socialismo nacional- puede ser una causa de la falta de atención a la ley de hierro y sus implicaciones generales. A.C. Pereira Menaut no menciona tampoco la ley de hierro en sus *Lecciones de Teoría Constitucional*. Madrid, Colex 2006. Una causa puede ser la desaparición académica del Derecho Político, sustituido al estilo positivista por el Derecho Constitucional.

<sup>24</sup> César introdujo como elemento moderador la otra forma originaria del gobierno: la Monarquía, intuida ya por Cicerón en su doctrina sobre la forma mixta. Augusto realizó la idea de César instituyendo el Principado, en el que se asentó el Imperio, republicano empero, conforme a la tradición romana, hasta que en el Bajo Imperio se divinizó al emperador.

<sup>25</sup> Tras la Segunda Guerra Mundial, la jerarquización organizativa ha llegado al punto que los partidos son en gran medida partidos de funcionarios, al haberse convertido el Estado en Estado de Partidos. Leibholz, teórico de esta forma del Estado, reconocía que la democracia es hoy plebiscitaria. Pero esto pertenece al tema de la representación, que cae fuera del presente trabajo. Sobre el Estado de

El meollo de la cuestión radica en como impedir o mitigar que los que mandan, no sólo los partidos (aunque sean de notables, como los liberales del siglo XIX), se comporten oligárquicamente respecto al resto de la sociedad o sean meras correas de transmisión de los intereses, deseos y sentimientos de las oligarquías sociales. Lo decisivo políticamente es la función de la ley de hierro como un denominador común de todas las formas del gobierno, incluida la oligárquica. Nicolás Pérez Serrano notaba,<sup>26</sup> que fortalece por ejemplo la figura del Jefe del Estado, aunque sea doctrinalmente inoperante, al confluír en su figura la tendencia oligárquica. La concentración de los poderes, la monarquización del mando, el secreto en las grandes decisiones, le llevó a Bertrand de Jouvenel a pensar que los sistemas políticos “democráticos” tendían a ser principados en los que proliferan las élites.<sup>27</sup> Decía Michel Foucault, que el poder está en todas partes y lo esencial es que la ley de hierro configura o estructura los regímenes políticos condicionando al gobierno, cualquiera que sea su forma.

**6.-** Con independencia de la “cuestión social”, cuyo trasfondo es la lucha por el reconocimiento político de la mayoría de edad del mundo del trabajo -una lucha por la representación-, el hecho de que la ley de hierro de la oligarquía haya pasado prácticamente inadvertida como tal hasta tiempos relativamente recientes, sugiere la salida a la luz pública de una idea emparentada con el tipo de «ideas filosóficas de elevada generalidad necesario para guiar a la aventura hacia lo nuevo y asegurar la realización inmediata de lo útil de este fin ideal».<sup>28</sup>

Desde el punto de vista político, la ley de hierro de la oligarquía pertenecería al ámbito de la metapolítica, que, «como su nombre lo indica, en griego *thá methá politiká*, va más allá de la política, a la que trasciende en el sentido de que busca su última razón de ser, el fundamento no-político de la política».<sup>29</sup> La metapolítica es «una disciplina, prosigue Alberto Buela, cuyo objeto es doble. Es filosófico (se ocupa de los fundamentos últimos de la política) y político (se ocupa de la proyección político-social de dichos fundamentos)».<sup>30</sup> Esta podría ser otra causa de la desatención a la ley de hierro, pero lo cierto es que esta ley subyace en el pensamiento político desde su comienzo como un presupuesto metapolítico, pudiéndose citar multitud de escritos como el citado de Jouvenel -en realidad casi toda su obra- cuya *ultima ratio* o justificación consiste en que, sin mencionarla, la presuponen.<sup>31</sup> El pensamiento político

---

partidos, M. García-Pelayo, *El Estado de partidos*. Madrid, Alianza 1986. A. García-Trevijano, *Teoría Pura de la República*. Madrid, El buey mudo 2010.

<sup>26</sup> *Tratado de derecho político*. Madrid, Civitas 1976. & 257, p. 324.

<sup>27</sup> *Du principat*, “Du principat”, pp. 148ss.

<sup>28</sup> A. N. Whitehead en el breve prólogo a *Aventuras de las ideas*. Barcelona, Plaza & Janés 1942.

<sup>29</sup> “¿Qué es metapolítica?”. *Ensayos de disenso (Sobre Metapolítica)*. Barcelona, Nueva República Eds. 1999. P. 97.

<sup>30</sup> *Ibidem*. Id P. 98.

<sup>31</sup> Manfred Riedel planteó el problema de la metapolítica en *Metafísica y metapolítica*. Buenos Aires, Alfa 1977. Según C. Gambescia, «en primer lugar, la metapolítica estudia la realidad política en los términos en que es y no en los que debiera ser». «En segundo lugar, la metapolítica se ocupa de las cuestiones ligadas a la legitimidad del poder (raíz y forma) tal como se presentan, sin apelar a alguna causa primera ultraterrena». «En tercer lugar, tiene un valor metodológico en el sentido de que individúa y relativiza los juicios de valor». *Metapolítica. L'altro sguardo sul potere*. Piombino, Il Foglio 2009. 5, pp. 31-32.



de Platón, el fundador de la filosofía política, o la ciencia (en el sentido griego) política de Aristóteles serían ininteligibles sin tener en cuenta esa ley.

**7.-** A fin de remediar las consecuencias de la ley de hierro implícita en la vida colectiva, el pesimista Hobbes, para quien la innovadora ciencia natural de Kepler, Galileo y otros era “un pequeño poder”, imaginó una nueva ciencia política algo más optimista en tanto objetiva, introduciendo el nuevo paradigma que alteró el curso natural de la concreta política europea, de origen más romano que griego,<sup>32</sup> transformada doctrinalmente por san Agustín en escatológica.<sup>33</sup>

Hobbes describió a este fin las pasiones o causas antropológicas del pesimismo político y las leyes de la naturaleza humana que justificaban su teoría del Estado, trasunto de la Pólis griega junto con los demás elementos,<sup>34</sup> alterando la tradición de la *omnipotentia iuris* medieval, que reconocía la *auctoritas* del Derecho en tanto parte de las reglas del orden creado por Dios, el único soberano en el sentido moderno, sobre la política. Diseñando el Estado como una nueva forma de lo Político regida por el derecho político, origen del corpus del derecho público, una nueva rama del Derecho, puso Hobbes la *omnipotentia iuris* bajo la soberanía estatal: formar el derecho político -“o civil”, el derecho de los ciudadanos que rige la Ciudad como un todo-, «corresponde a quien tiene el poder de la espada, mediante la cual los hombres se ven obligados a observarlo, pues si no, no tendría sentido», escribió Hobbes.<sup>35</sup> Creía en *arriére pensée*, que, al ser el Estado un artificio científico cuya potencia es impersonal, neutralizaría la ley de hierro de la oligarquía -que, en el fondo, es más o menos una síntesis de las leyes de la naturaleza humana que expone el propio Tomás Hobbes-, equilibrando las necesidades y los egoísmos para conseguir la paz. La naturaleza de ese ente artificial -“superentidad misteriosa” le llamaba el gran constitucionalista C. J. Friedrich- es por eso la *neutralidad*.

**8.-** Cassirer<sup>36</sup> y Carl Schmitt, discípulo *ex lectione* del pensador inglés,<sup>37</sup> observaron que, irónicamente, Hobbes inventó un nuevo mito, que, como máquina de poder hace

<sup>32</sup> Vid. el importante trabajo de Á d'Ors, “Sobre el no-estatismo de Roma”. *Ensayos de teoría política*. Pamplona, Eunsa 1979.

<sup>33</sup> Vid. D. Sternberger, *Drei Wurzeln der Politik*. 2 vol. Frankfurt a. M, Insel 1978. Es de notar, que la palabra “política” era extraña a la edad media hasta que Guillermo de Moerbeke tradujo la *Política* de Aristóteles hacia 1260, probablemente a instancias de Santo Tomás de Aquino. Cf. de Sternberger, *Die Politik und der Friede*. Frankfurt a. M. 1986. Espec. “Das Wort Politik und der Begriff des Politischen”. Sternberger insiste en que el fin propio de la política es la paz. Cf. M. Revelli, *La política perdida*. Madrid, Trotta 2008.

<sup>34</sup> Al respecto, W. Naef, *La idea del Estado en la edad moderna*. Madrid, Aguilar 1973. Sobre la influencia de la Pólis en la génesis del Estado son clásicos los estudios de P. Joachimsen.

<sup>35</sup> *Elementos de derecho natural y político*. Madrid, Tecnos 2005. II, 1, 10, p. 221. Hobbes estudia las pasiones en la primera parte y en la segunda consagra el derecho político como un nuevo derecho, al que trasladó la *auctoritas* de la *omnipotentia iuris* en tanto creación del *deus mortalis*, el nuevo soberano político absoluto: *auctoritas, non veritas, facit legem* dirá Hobbes. El derecho político, que organiza la estatalidad, comenzó así a prevalecer como el derecho de la soberanía político-jurídico de Bodino, sobre el tradicional, que poco a poco quedó como *ius privatum*. Salvo en Inglaterra, donde subsistió la *omnipotentia iuris* medieval en la figura del *Common-law*. *Elementos* empezó a circular en copias en 1640, tres años después de la aparición del *Discurso del método*.

<sup>36</sup> *El mito del Estado*. México, Fondo de Cultura (varias edcs.)

<sup>37</sup> *El Leviatán en la doctrina del Estado de Tomás Hobbes*. México, Fontamara 2008. Y el mito de la Sociedad como contrapunto al del Estado.

inevitable que el régimen en el que se apoya el maquinista, como se llamaba metafóricamente al gobierno estatal, sea oligárquico.

El poder es naturalmente egoísta (B. de Jouvenel) y como decía Burckhardt, el poder político se opone a todos los egoísmos desmedidos menos al suyo. Así, en Francia, la Monarquía Absoluta financió a la aristocracia transformándola en una oligarquía a su servicio: la sociedad cortesana descrita por Norbert Elias,<sup>38</sup> una forma de la sociedad política que, junto con la burocracia,<sup>39</sup> media entre el gobierno y la llamada, a partir de Hegel, sociedad civil, entendida esta última como la vida económica del conjunto de los individuos dedicados a la actividad adquisitiva (*Bürgergesellschaft*).

Partiendo de Hegel, Lorenz von Stein sustituyó definitivamente el pueblo por la sociedad siguiéndole, Carlos Marx,<sup>40</sup> mientras en Francia, Saint-Simon y Comte, los padres del científicismo político contemporáneo, la creencia en que la ciencia sabe lo que es bueno -un juicio de valor- para el hombre, y enemigos de la política en el sentido griego, romano y medieval, consideraron solamente la Sociedad, reduciendo la estatalidad al gobierno científico o tecnocrático, de hecho una oligarquía ilustrada.

Tal vez por todo eso, no se habla hoy mucho de la oligarquía salvo como forma concreta del gobierno; quizá también porque el *Zeitgeist* es democrático y, como decía Tocqueville, la democracia «*immatérialise le despotisme*». Vincenzo Sorrentino llamaba la atención hace años en *Il potere invisibile* sobre la dialéctica de Hannah Arendt entre visibilidad e invisibilidad en : «Estamos lejos de toda utopía de la transparencia; la invisibilidad es, de hecho, una dimensión constitutiva del mundo y de la vida humana. Vivimos en un “mundo de apariencias”, en el sentido que -cita a Arendt-, “para nosotros lo que aparece -aquello visto y sentido por otros como si fuese por nosotros mismos- constituye la realidad».<sup>41</sup>

**9.-** Puesto que el pensamiento político occidental es tan griego por su origen como la filosofía de la que nació, hay que referirse a los griegos para abordar la cuestión de la oligarquía. La Polis, la forma histórico-política griega, no apareció «como un lugar construido como ciudad, sino como la ciudad común y comunidad de ciudadanos...en que el hombre en tanto hombre era capaz de realizar la actividad vital de su ser humano y sus posibilidades con su propio poder y obrar».<sup>42</sup> Los griegos concibieron por vez primera la posibilidad de un orden político “constituido sobre sus propios supuestos”, al descubrir o caer en la cuenta que la libertad colectiva es la verdad fundamental de la

<sup>38</sup> *La sociedad cortesana*. México, Fondo de Cultura 1982.

<sup>39</sup> Vid. el cap. II de la *op. cit.* de C. J. Friedrich, titulado “El elemento sustancial del gobierno moderno: la burocracia”

<sup>40</sup> El mecanicista Hobbes había reducido ya el pueblo, concepto orgánico, a la Sociedad -el pueblo como un conjunto de individuos- contraponiéndola al Estado. En Alemania, Stein introdujo la familia en la Sociedad ampliando así el concepto hegeliano y redujo la tríada de Hegel Familia-Sociedad-Estado al dualismo Sociedad-Estado como las dos formas eternas de la eticidad. Marx calificó bastante acertadamente el Estado como superestructura de la Sociedad económica hegeliana.

<sup>41</sup> *Il potere invisibile. Il segreto e la menzogna in politica*. Molfetta, Edizioni la Meridiana 1998. 5, p. 159. Arendt sólo conoció la prensa y la radio. Hoy se dice que Internet facilita la transparencia. Pero Internet, un oligopolio, depende de los grandes poderes oligárquicos.

<sup>42</sup> J. Ritter, *Metaphysik und Politik. Studien zu Aristoteles und Hegel*. Frankfurt a. M., Suhrkamp 1969. “Das bürgerliche Leben. Zur aristotelischen Theorie des Glücks”. II, p. 71 y I, p. 59.

política.<sup>43</sup> La Polis era para ellos un *modo de vida*: el modo de vida de los hombres libres. La lucha por la libertad política o colectiva ha sido desde entonces una constante de la historia política europea con los naturales altibajos y uno de los motores que contribuyen a entender que esa historia y por derivación la de Occidente, haya sido mucho más intensamente histórica que la de las demás culturas y civilizaciones.

La oligarquía es más que una forma del gobierno. Pero la falta de claridad sobre su significación universal se debe seguramente a que los griegos, atentos al criterio de las formas puras o buenas del gobierno como formas sanas de la Polis, es decir, como “formas políticas”<sup>44</sup> o de lo Político, en las que reside su *poder visible*, no las distinguían prácticamente de las formas de régimen. La clave para entender el carácter universal de la ley de hierro es, pues, la diferencia entre las formas de gobierno y las formas de régimen. Reside en estas últimas la *influencia*, el poder o los poderes informales, invisibles como tales poderes: los principios de legitimidad, “genios invisibles” que condicionan o determinan el ejercicio del poder formal.<sup>45</sup>

Decía Aranguren que lo fundamental sociológicamente son las fuerzas políticas reales que hay “detrás” del aparato del Gobierno; muchas ellas invisibles como tales fuerzas, limitadas aparentemente a los partidos. Los gobernantes son con frecuencia personas interpuestas, las instituciones jurídico-políticas una “superestructura”, y los poderes legislativo y ejecutivo simples delegaciones de poder, lo mismo que el judicial cuando el orden político está completamente degradado. Contribuye al embrollo y a la ocultación, el tópico de que está obsoleta la clasificación tripartita griega Monarquía, Aristocracia y Democracia (y sus contrarias). Lo cierto es lo que escribe Loewenstein: «indiferentes al contenido ideológico incorporado a las instituciones gubernamentales, las clasificaciones tradicionales se fijan tan sólo en la estructura externa del gobierno y dejan de lado la propia dinámica del proceso del poder».<sup>46</sup> No obstante, sólo es verdad hasta cierto punto y en cierto modo.

Maquiavelo, influido por la historia y el pensamiento romanos, había empezado a sustituir esa clasificación, probablemente sin mucha convicción, por la distinción entre Monarquía y República, que Georg Jellinek, el gran teórico del Estado de Derecho, consideraba esencial. Este criterio se ajusta bastante bien a la historia occidental, pero es inferior al griego en el plano de la historia universal en la que resulta más útil la

---

<sup>43</sup> A la verdad, «la aparición del orden político en la historia tuvo lugar entre los milenios IV y III, como un fenómeno necesariamente vinculado a las altas culturas.... Sin embargo, la conciencia de que existe un orden político constituido sobre sus propios supuestos, la formación de una teoría política destinada a su entendimiento y, en general, una racionalización de la “cultura política” en el sentido que la politología actual suele dar a este concepto, sólo aparecieron por primera vez en la Grecia del siglo IV a. C. Mito y razón son dos formas de estar y de orientarse en el mundo, que, por tanto, dan origen a dos esquemas interpretativos». M. García-Pelayo., *Op. loc. cit.* 1, 1.1, pp. 11-12.

<sup>44</sup> Nicolás Pérez Serrano reconocía que la expresión forma política, siendo «siempre vaga e inconcreta, podrá utilizarse, aunque no lo haremos sino con parquedad y cautela, para aludir al concepto genérico en que entran por igual la forma de Estado y la forma de Gobierno, para diferenciar, por ejemplo, problemas de *forma política* y problemas de *actividad política*». *Tratado de derecho político.* & 210, p. 268. Vid. la discusión sobre el tema en los párrafos siguientes.

<sup>45</sup> «Entre todas las desigualdades humanas, escribe Ferrero, ninguna tiene tanta necesidad de justificarse, de explicarse ante la razón, como la desigualdad que se deriva del fenómeno del poder, del hecho de la dominación de unos hombres por otros hombres». Pues, «salvo raras excepciones, un hombre vale lo que otro hombre. ¿Por qué unos asumen entonces, se preguntaba Ferrero, el derecho a mandar y han de conformarse otros con el deber de obedecer?». *El Poder.* 3, p. 30.

<sup>46</sup> *Op. cit.* II, p. 45.

reorganización por Montesquieu de la clasificación tradicional.<sup>47</sup> En el estado democrático de la sociedad en el sentido de Tocqueville, al final, dice el historiador del Derecho Michael Stolleis, «de las formas del Estado de Aristóteles sólo han quedado dos, la democracia y la dictadura. Incluso la dictadura se llama hoy a sí misma democracia, pero tiene buenos motivos para no tolerar debates teóricos, sino reprimirlos. De modo que sólo queda la democracia por más que la vieja Europa tenga aún algunas jefaturas monárquicas».<sup>48</sup> Sin embargo, queda también la oligarquía, como la forma del régimen que determina la actividad de los gobiernos, incluida la jurídica, y muy especialmente, dentro de ella, la legislativa.

**10.-** En cuanto a la democracia, la contemporánea es completamente distinta de la griega en la que pensaban los modernos, que, por lo general, la rechazaban; por ejemplo Hobbes, a quien se le escapó empero que el Estado es una formidable máquina igualadora y democrática en tanto homogeneizadora. No obstante, las ideas griegas inspiraron las ideas contemporáneas sobre esta forma del gobierno y régimen, sobre todo a partir de Rousseau, quien, inspirado por la Polis, mezcló el régimen y el gobierno en su doctrina de la voluntad general.<sup>49</sup>

La democracia griega estaba reservada para los iguales, que en aquellos tiempos eran los relativamente pocos hombres libres. Al ser su número muy limitado en relación con la población total de la Polis, no podían existir ni la sociedad civil<sup>50</sup> ni la representación que da lugar a la sociedad política, reduciéndose la democracia a los hombres libres vinculados a la Pólis por la sangre -la *phylía*-, que disponían de suficiente ocio para participar (democracia directa) en las discusiones del ágora en orden a formar la razón y la voluntad comunes o colectivas de la Ciudad. Esas condiciones hacían factible la participación y la posibilidad de mitigar en general la ley de hierro mediante el sorteo (corrompido según Aristóteles) de los cargos públicos. En el caso de los demócratas atenienses, les preocupaba más mitigar la influencia de las familias muy ricas e influyentes en las instituciones.<sup>51</sup>

<sup>47</sup> Cf. K. Loewenstein, *Op. loc. cit.* Pp.45-46.

<sup>48</sup> *La textura histórica de las formas políticas.* Madrid, Marcial Pons 2011. 4, 3, p. 72-73.

<sup>49</sup> Si como mostró Tocqueville, Europa comenzó a pasar en la Edad Media del estado aristocrático de la sociedad al estado social democrático, ¿hasta que punto la vigencia de la concepción griega de la democracia no retrasó, y sigue retrasando, su aceptación real, no retórica, en Europa? Aparte de los recelos que despertaba como forma del gobierno, una explicación bastante convincente podría ser que, si bien la tradición política europea originaria es la republicana romana, la recepción del ideal de la Polis, unida a otros factores como la forma política del Papado, coherente formalmente con la naturaleza comunitaria de la Iglesia (pero como *communitas*, comunidad espiritual, no como *koinonia*, comunidad natural, de sangre), alentó la idea del Estado, desviando aquella tradición, que, en cierta manera sólo se prolongó en Norteamérica por la coincidencia de un conjunto de circunstancias afortunadas. Cf. D. Negro, *Historia de las formas del Estado. Una introducción.* Madrid, El buedo 2010.

<sup>50</sup> «La sociedad civil cobró forma cuando la Iglesia abandonó el gobierno, o el gobierno del cuerpo político, o fue rechazada, para ocupar su nuevo lugar como un elemento esencial de la sociedad civil». P. Manent, *Cours familier de philosophie politique.* París, Fayard 2001. Intr., p. 28.

<sup>51</sup> Alford dice en el artículo citado sobre la ley de hierro en Atenas, que la participación tampoco controlaba esa ley, debido a que los oradores monopolizaban la retórica. El mecanismo clave que mitigaba la oligarquía era la manera en que la participación hacía irrelevantes e incompetentes *políticamente* las instituciones excepto la asamblea, controlada por los demócratas, más numerosos, pues, más del 60%, aproximándose al 75%, de los ciudadanos eran demócratas y el resto, oligarcas. Es decir, se llamaba oligarcas -algo así como hoy se dice fascistas- a quienes no eran demócratas (2, pp. 298-299). Por otra parte, según Aristóteles, en el tiempo de Pericles unos 20.000 hombres de los aproximadamente

Lo reducido del número de hombres libres y ciudadanos en el mundo antiguo, débese en parte a que descansaba en la institución de la esclavitud, en violento contraste con el hecho de que el trabajo ha dejado de pertenecer a la esfera estrictamente privada en los tiempos modernos convirtiéndose, en palabras de Arendt, en “un hecho público-político de primer orden”. Hecho que ha alterado el alcance y el significado de la política al perder sentido la *philopsychia*, el amor a la propia vida, que distinguía la vida del esclavo de la del hombre libre.<sup>52</sup> En consecuencia, aceptada la trascendencia política del trabajo, la democracia política moderna se reduce -es decir, debiera reducirse- a las reglas de juego preliminares o formales a las que han atenerse imperativamente -por mandato imperativo- los representantes elegidos por la mayoría en virtud del principio de la igualdad formal o jurídica universal, de todos.<sup>53</sup>

**11.-** Los griegos no sólo descubrieron la posibilidad de la política sino que la fundaron, hasta el punto que la teoría (en el sentido griego) de la política formó parte de la política democrática.<sup>54</sup> L. Rodríguez Dupla sugiere,<sup>55</sup> que Leo Strauss diría seguramente, que la incapacidad de comprender el pensamiento antiguo -o la falta de atención al mismo- constituye una causa principal del desconcierto del pensamiento político. «Las ciencias sociales, escribía Strauss en otro lugar, no harán honor a su pretensión, si no alcanzan una comprensión genuina de la filosofía política propiamente dicha y, por ende, ante todo, de la filosofía política clásica».<sup>56</sup>

Lo obsoleto de la división tripartita de las formas del gobierno es la visión que tenían los griegos de la realidad, correspondiente a la fase de la estructura mítica de la conciencia.<sup>57</sup> La Polis era para ellos como un fenómeno de la Naturaleza del que resultaba una comunidad o *koinonía* natural de hombres y dioses. Incluso

38.000 ciudadanos recibían pagas de la Polis como soldados, marinos, jurados, magistrados, etc. La clave era en definitiva, que los ciudadanos controlaban la administración, llegando prácticamente todos ellos a ocupar algún cargo administrativo durante un año de su vida. Es decir, la separación del liderazgo político de la administración, aunque el resultado fuese una administración mediocre y en conjunto con una alta dosis de corrupción (3, pp. 299ss).

<sup>52</sup> H. Arendt, *Op. cit.* P. 26. Arendt distingue la labor, que corresponde al proceso biológico del cuerpo humano, del trabajo, que proporciona un mundo artificial de cosas. Vid. *La condición humana*. Barcelona, Paidós 1993.

<sup>53</sup> La democracia, «en tanto contrapuesta a todas las formas de gobierno autocráticas», se caracteriza «por un conjunto de reglas (primarias o fundamentales), que establecen *quien* está autorizado para tomar las decisiones colectivas y bajo qué *procedimientos*». N. Bobbio, *El futuro de la democracia*. México, Fondo de Cultura 1984. I, 2, p. 14.

<sup>54</sup> Cf. C. Farrar, *The Origins of Democratic Thinking. The invention of politics in classical Athens*. Cambridge University Press 1988.

<sup>55</sup> En la Presentación de su traducción de *Sobre la tiranía* de Strauss. Madrid, Encuentro 2008. Strauss pensaba por cierto que el totalitarismo es una variante de la tiranía clásica. Pero es de una especie distinta, pues el medio natural del totalitarismo es la democracia en el sentido moderno, ya que la igualdad *natural* de todos -promovida por la religión cristiana- intensifica la politización. J. L. López Aranguren decía que el totalitarismo es la politización total de la existencia, perseguida por las élites mediante la moralización del Estado. *Ética y política*. Madrid, Guadarrama 1968. XII, p. 1257 y XIV, p. 181. Presupone también el cristianismo en tanto el objetivo final de la politización totalitaria consiste en la destrucción o, por lo menos, dominación, control o tergiversación de la conciencia: «La destrucción de la conciencia es el verdadero supuesto de una sujeción y de un dominio totalitario». J. Ratzinger, *Iglesia, ecumenismo y política. Nuevos ensayos de eclesiología*. Madrid, B.A.C 1987. 3ª, III, p. 183.

<sup>56</sup> *La ciudad y el hombre*, Buenos Aires, Katz 2006. P. 21

<sup>57</sup> Vid. J. Gebser, *Origen y presente*. Gerona, Atalanta 2011. I, III. Cf. V. Sorrentino, *op. cit*

arquitectónicamente era, como todas las ciudades antiguas, una Ciudad-templo en la que moraba lo divino, fundamento, causa y principio de la realidad.<sup>58</sup>

Los hombres estaban insertos en la Polis como una parte de la Naturaleza, y si tenían la condición de libres podían ascender de la mera vida natural a la vida política, donde podían disponer de su vida como individuos bajo el *nomos*. Platón presentó el cosmos en *Timeo* como un “animal eterno” del que proceden todos los seres vivos y describió la Polis como un *macroanthropos*, una suerte de hombre magno cuyos órganos principales eran los ciudadanos, que, por ende, le pertenecían.<sup>59</sup> En la célebre definición aristotélica del *anthropos* perfecto como *zoon politikón*, la palabra *politikón* aludía a un modo de vida, el de la Polis, que diferenciaba al hombre de los demás animales. La Ciudad era para los griegos el modo de vida más elevado y perfecto que podía alcanzar y concebir el animal humano, siendo el *polités* o ciudadano el hombre perfecto.

En fin, la soberanía política de la Polis consistía según Aristóteles en el gobierno sobre libres e iguales, y Tucídides caracterizó la Constitución fundada en la igualdad legal (*isonomia*) como la forma política correcta.

Por otra parte, como adolecían de conciencia histórica, creían en la *anaciclosis*, la eterna degeneración, corrupción, retorno y restauración de todas las cosas naturales. La degeneración o corrupción de la Monarquía, la Aristocracia y la Democracia en Tiranía, Oligarquía y Demagogia u otras variantes que coartasen o suprimiesen la libertad política, que cualifica al libre como *polités* o ciudadano, eran para ellos enfermedades del alma de la Polis, puesto que corrompían ese específico modo de vida. Orgullosos de su libertad colectiva dentro de su arcaizante visión naturalista de la ciudad, no podían concebir que existiese auténtica vida humana o política fuera de *sus* pequeñas Póleis, en las que los hombres libres alcanzaban su perfección como miembros de la especie *anthropos* en la figura del ciudadano. Gracias a eso, no sólo cayeron en la cuenta de la posibilidad de la vida política -la vida en la Polis-, sino que la ordenaron y, en este sentido, la política sigue siendo griega.<sup>60</sup>

La vida política era la causa de su sentimiento de superioridad respecto a los demás pueblos, para ellos bárbaros (*barbaroi*, de *wir-warr*, expresión con la que remedaban los lenguajes no griegos). Pues, al desconocer la libertad política -la posibilidad de participar los libres como iguales en la organización racional de la vida colectiva- no podían ser ciudadanos y sus regímenes eran despóticos. De ahí, no sólo su horror al cambio, sino su incapacidad para ver que la degeneración del espíritu de la Polis a causa del auge de la tendencia oligárquica, fuese otra cosa que la corrupción natural de los seres vivos. Por la misma razón, tampoco podían aceptar que pudiera ser la dictadura un remedio circunstancial, puesto que esta forma excepcional del gobierno suspende o suprime la libertad política y con ella la ciudadanía, que eran la sustancia de las Poleis, la cultura y la civilización griegas en su cénit.

<sup>58</sup> Vid. J. Rykwert, *La idea de la ciudad. Antropología de la forma urbana en Roma, Italia y el mundo antiguo*. Salamanca, Sígueme 2002.

<sup>59</sup> Para todo esto, E. Rudolph (Ed.), *Polis und Kosmos. Naturphilosophie und politische Philosophie bei Platon*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft 1996.

<sup>60</sup> Vid. Ch. Meier, *Die Entstehung des Politischen bei den Griechen*. Frankfurt a. M., Suhrkamp 1980. Los griegos no organizaron la vida política, limitándose a *ordenarla*. Santo Tomás definía la ley, como *ordinatio (ordinatio rationis ad bonum commune et ab eo qui curam utilitatis habet)*. La *organización* de la vida política corresponde a la fase de la estatalidad. Parece haber sido Saint Simon quien divulgó ese término.

El hallazgo de la libertad política y su correlativa, la ciudadanía como la perfección del hombre libre, les llevó a identificar la forma de gobierno y la forma política, pues concebían aquella como el aspecto visible de la *psyché* o principio vital de la Ciudad, su constitución, el alma que in-formaba, daba su forma, a la vida colectiva. Su ideal era la *politeia*, traducible aproximadamente como Ciudad constitucional; pues la Constitución era la forma visible de la materia de la Polis en la que vivían los ciudadanos bajo el imperio de la ley, el *nomos*, contrapunto de la *physis*.<sup>61</sup> Para los griegos, una república a la que *manca la forma* no es una verdadera república, como diría mucho más tarde Maquiavelo.

La Polis vivía en un eterno presente. Era la única forma *política* que conocían en la que existía la “facultad de moverse a voluntad” dentro de ella, que es como definía Aristóteles la libertad, la posibilidad de *politeuein*, de tener y llevar una existencia política participando activamente -visiblemente- en la vida de la Polis, en la ordenación de la vida colectiva. De ahí que las formas del gobierno y las del régimen tenían que ser idénticas a la forma política, sin perjuicio de reconocer que una Polis sana en la que imperase la virtud, pudiera ser monárquica, aristocrática o democrática como tres tipos de almas o constituciones.<sup>62</sup>

**12.-** En rigor, los griegos *inventaron* la política al caer en la cuenta de que la libertad política y la ciudadanía eran consustanciales a la vida en la Polis como una Ciudad Política. Pasaron así del mito al *logos*. Pero la cultura naturalista griega, basada en la visibilidad, era arcaizante y cuando el cristianismo descubrió la conciencia<sup>63</sup> y con ella la posibilidad de la conciencia histórica, bajo esta esta nueva perspectiva, lo que eran formas políticas para los griegos, incapaces de concebir otras formas de esa naturaleza fuera de la Polis, se transformaron en formas históricas, o sea, histórico-políticas y las formas de gobierno y de régimen en tipos en el sentido weberiano. Bajo esta perspectiva, las formas histórico-políticas han sido, son y serán incontables aunque no existan la libertad política y su correlativa la ciudadanía, siendo la Polis una forma histórico-política más.

Las formas del gobierno siguen siendo lo perceptible de cada forma política o histórico-política, pudiendo ser monárquicas, aristocráticas, democráticas o sus respectivas degeneraciones y mezclas. Indican el número de los responsables del mando, y aunque no determinen necesariamente *el proceso* de la toma de decisiones, condicionan la ordenación u organización del poder al señalar a quien corresponde *decidir* pública o visiblemente sobre la vida colectiva. Decisión que es lo propiamente político del mando político, de modo parecido a como lo esencial de la función judicial consiste también en decidir, en este caso sobre el sentido del Derecho -*sentium dire*, sentenciar-, en el caso concreto. La diferencia cualitativa entre la decisión política y la judicial consiste en que

<sup>61</sup> Cf. F. Heinemann. *Nomos und Physis. Herkunft und Bedeutung einer Antithese im griechischen Denken des 5. Jahrhunderts*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft 1980.

<sup>62</sup> Una excelente síntesis del espíritu de la Pólis en F. J. Conde, *Teoría y sistema de las formas políticas*. Granada, Comares 2006. También, B. Knauss, *La Polis. Individuo y estado en la Grecia Antigua*. Madrid, Aguilar 1979

<sup>63</sup> Si los griegos descubrieron la libertad de pensamiento, el cristianismo añadió históricamente la libertad de *la conciencia*. Vid. Lord Acton, *Ensayos sobre la libertad y el poder*. Madrid, Unión Editorial 1999. II y III.

la primera afecta al conjunto: es una decisión del político en representación de todos, que afecta a la vida colectiva, no a particulares.

En cambio, el régimen, el funcionamiento efectivo del orden político, la *dinámica* de la ordenación u organización política, es oligárquico en virtud de la ley de hierro, sin perjuicio de que los regímenes puedan clasificarse asimismo como aristocráticos y democráticos (o sus derivaciones) según el número de los influyentes - la monarquía no tendría sentido- y el grado de influencia del *êthos* y las virtudes morales en la intensidad de la oligarquización del régimen. Entonces, la oligarquía, cuyo secreto es la invisibilidad, se hace visible. La dialéctica visibilidad/invisibilidad era casi impensable para los griegos, cuya cultura se basaba en la luminosidad de la realidad. Una función de las formas del gobierno es la de invisibilizar los poderes e influencias que determinan el régimen.

El problema puede reconducirse a que las formas de gobierno determinan la *figura* del orden político según el grado, nivel o alcance de la libertad política (a cuantos se les reconoce), la dimensión colectiva de la libertad consustancial a la naturaleza humana en tanto moral, que garantiza las demás libertades, sintetizables en libertades personales o individuales y libertades civiles o sociales.

**13.-** Al margen de la arcaizante particularidad griega, es perfectamente defendible el valor descriptivo, práctico, pedagógico e incluso definitorio, al menos formalmente, de la clasificación clásica de las formas del gobierno, que representan o simbolizan sistemas de poder establecidos. Lo importante es no confundirlas con las formas del régimen ni estas dos con la forma política y reconocer que los regímenes son materialmente oligárquicos aunque no lo sean formalmente los gobiernos. Que las decisiones políticas se atribuyan a uno, varios o el pueblo (directamente o por medio de representantes), no modifica ese hecho, inherente a la naturaleza humana; por lo demás, una cosa es el poder y otra la influencia, si bien *la decisión política* es siempre personal, monárquica. De ahí que la Monarquía Constitucional sea una monarquía debilitada o residual y la Parlamentaria no lo sea en absoluto, sino como una suerte de ficción útil: sólo se justifica como prolongación de un estado de cosas en cuyo entramado oligárquico cumple un papel. Ambas formas de la monarquía eran para Comte fórmulas de transición a la república.

La monarquía europea medieval era en cambio una auténtica monarquía ya que, bajo la *omnipotentia iuris*, el Derecho como autoridad, la función del rey consistía en tomar las decisiones necesarias para proteger y defender el Derecho, no en legislar. Dentro del Reino, era el juez supremo, ejerciendo la *auctoritas* como representante del Derecho, dignidad que unía a la *potestas* ejecutiva. La soberanía consistía en eso, sin que existiese nada parecido a un “poder” legislativo. La Monarquía Absoluta, una forma dictatorial, rompió con la tradición monárquica europea al atribuirse el derecho de hacer leyes. Dice Pierre Manent, que eso alteró la tradición política europea. La modificó luego mucho más radicalmente la estatalidad, cuando el Estado, construido por los reyes para hacerse absolutos, se emancipó de la monarquía sustituyéndola por el Parlamento.

El reconocimiento de la sustancia oligárquica de los regímenes es una de las regularidades de la política de las que hablaba Gianfranco Miglio recogiendo ideas de Ostrogorski y luego de Mosca y Pareto sobre la regularidad de la clase política. De ello



se han hecho cargo empero la sociología política, muy influida por la norteamericana, ajena a los problemas europeos, y el derecho constitucional, invadido por aquella o reducido al formalismo jurídico, descuidándose la política y por ende la clasificación clásica de las formas políticas.

Las formas de gobierno son una parte esencial de la filosofía política clásica, al menos como el aspecto formal de los regímenes, que son el aspecto material de la vida política. No obstante, es cierto que, sin perjuicio de la preferencia por el gobierno monárquico, el aristocrático o el democrático, las disputas políticas giran en torno al grado de oligarquización de los regímenes, pues, como decía también Han Fei-tzu «se debe gobernar conforme a las tendencias de los hombres». En la oligarquía coinciden la forma de gobierno y el régimen cuando la oligarquización, moderada por las virtudes del *êthos*,<sup>64</sup> no ha alcanzado una intensidad tal -generalmente a causa de la debilitación o degeneración del *êthos* y las virtudes correspondientes-, que dé lugar a un grave conflicto político. Esto sucede normalmente, cuando los oligarcas se someten al derecho establecido, no abusan del poder y procuran mantener un equilibrio aceptable actuando como un auténtico *gubernetikós*, timonel, o gobierno. Pues la función del gobierno, sea monárquico, aristocrático o democrático, e incluido el oligárquico y otras variantes, consiste en mantener el equilibrio como pedía Maquiavelo,<sup>65</sup> impidiendo que la influencia y el poder de la oligarquía sean tan intensos que corrompan la forma política hasta un punto en que no bastan las normas de la Cortesía, las costumbres y el Derecho para contener la corrupción dentro de límites aceptables. De ahí que sea la prudencia la virtud principal del político.

**14.-** En el siglo XX no se ha hablado mucho de la oligarquía, salvo en los relatos históricos, retóricamente, o en sentido condenatorio para criticar a algún sistema de poder enemigo, no grato, o poco simpático. En cambio, se habla continuamente de la democracia y la dictadura como las únicas alternativas posibles. Esta dicotomía forma parte de la vulgata del modo de pensamiento totalitario, doctrinalmente igualitarista, cuya idea de la forma del gobierno es completamente nueva. «Propongo aceptar el surgimiento y ascenso del totalitarismo como una forma de gobierno demostrablemente nueva», escribía Arendt.<sup>66</sup> Y como además de innovadora su componente utópico la presenta como “definitiva”, cualquier otra forma, que no sea la democrática según la entienda el pensamiento totalitario, es una dictadura, por muy liberal que pueda ser. Las

<sup>64</sup> Para Maquiavelo, Montesquieu, Tocqueville, etc., es la religión lo que frena los apetitos y sostiene las virtudes. Hobbes, preocupado por los conflictos religiosos de su época, propuso una religión civil común -el precedente de la ideología-, relegando las confesiones religiosas a la esfera privada de la conciencia. La religión y las virtudes del *êthos* moderan la oligarquía. Quizá pensaba en eso Montesquieu cuando decía que la virtud correspondiente a un régimen aristocrático es la moderación. El utilitarismo al estilo de Bentham moderado por la religión y las virtudes no utilitarias es compatible con que los gobiernos oligárquicos se interesen por el bien común (un criterio ético) o, por lo menos, por el interés general, un criterio político que conlleva el riesgo de reducirse a lo económico. Naturalmente, la eficacia de la religión en relación con la moderación, depende de que se trate de una religión auténtica. Montesquieu pensaba en el cristianismo. Falsas religiones como las ideológicas -por ejemplo la democracia *vivida* como una religión- no contribuyen precisamente a la moderación.

<sup>65</sup> Cf. J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid, Tecnos, 2002.

<sup>66</sup> *Op. cit.* P. 22. Arendt pasaba prácticamente por alto la relación entre el cristianismo y el totalitarismo, que responde a la idea calvinista de realizar el Reino de Dios en la tierra.

religiones seculares, políticas, de la política, son incompatibles entre sí. Por eso se las llama también religiones de guerra.

Conviene hacer ciertas precisiones aunque sean muy someras. Entre otras razones porque la crisis actual, en la que las oligarquías dirigentes socialdemócratas están lapidando a las clases medias y con ellas a las naciones en nombre de la democracia, ha puesto sobre el tapete el tema de la oligarquía. Pareto era muy duro con la socialdemocracia, que, como indica su nombre, pretende monopolizar la democracia. En su opinión, que puede haber influido en el relativo olvido y desconocimiento de su pensamiento, los líderes socialistas italianos eran “una aristocracia de bandidos”.

Tiene interés comenzar echando una breve ojeada a algunas opiniones sobre la democracia contemporánea, repleta de mitos. El principal, el de la democracia como una panacea.

**15.-** Ortega, quien había denunciado la “democracia morbosa” en los años veinte, previno en 1949 a los estudiantes berlineses en su famosa conferencia *De Europa meditatio quaedam*<sup>67</sup>, que esa palabra “se ha vuelto ramera” porque cohabita con múltiples significaciones. Hace más de veinticinco años, un escritor norteamericano encontró unas seiscientos cincuenta definiciones de la democracia, palabra que Hayek propuso sin éxito sustituir por *demarchía* para librar su contenido del envilecimiento.<sup>68</sup>

Decía también Ortega, que la palabra democracia es hoy “estúpida y fraudulenta”. Su uso cotidiano con cualquier motivo suena ya muchas veces como la invocación de una religión civil. John Dewey, cuya influencia ha sido enorme como educador de varias generaciones, entendía así la democracia que, debido en buena medida a la ideología “americanista”,<sup>69</sup> ha degenerado de hecho en el fanatismo (“la anulación de toda diferencia” decía Hegel) democrático. La palabra empieza a ser un tópico demagógico o una superstición. Eso reflejaría una insensibilidad hacia su contenido, que predecería a su declive.

Algo gravísimo, pues, con todo, en un tiempo en el que no existen autoridades reconocidas y los poderes intermediarios incluida la familia, están prácticamente controlados por el intervencionismo estatal, el principio de la libertad política o colectiva, que es el principio de la democracia, constituye la única garantía de las libertades. Sin embargo hay un problema: ¿es la libertad política el principio de la democracia o es un principio más general, un presupuesto? F. Karsten y K. Beckman niegan en un sugerente ensayo reciente sobre la democracia parlamentaria,<sup>70</sup> que

<sup>67</sup> Madrid, Revista de Occidente 1960.

<sup>68</sup> Un buen ejemplo del estado de cosas y del imperio del positivismo sociologista (políticamente estatista) es precisamente el del influyente constitucionalista Loewenstein, quien reducía en 1957 la “separación de poderes” -fundamental en la democracia política-, a la “separación de funciones”, por considerarla anticuada (*op. cit.* II, pp. 54ss.). A la verdad, la división de poderes se ha reducido a una formalidad sin sustancia allí donde el parlamentarismo es constitucional, ya que el ejecutivo controla el judicial y el legislativo. La división formal y material de los poderes es liberal; pero la “democracia” igualitarista ha absorbido al liberalismo conservando aspectos formales. Decía Norberto Bobbio, que «el Estado liberal y el Estado democrático, cuando caen caen juntos» (*Op. cit.* I, 1, p. 18) y la mayoría de los regímenes actuales son inequívocamente oligárquicos, tendiendo a identificar el régimen con el gobierno.

<sup>69</sup> Vid. los artículos sobre el tema de D. Castellano, M. Ayuso y J. Rao en *Verbo*, N° 511-512 (en.- feb. 2013)

<sup>70</sup> Trad. francesa, *Dépasser la démocratie*. París, Institut Coppet 2013.

democracia signifique libertad y tolerancia: «uno de los mitos más tenaces en relación con la democracia consiste en que es lo mismo que “la libertad”. Para muchas gentes, la libertad va de suyo con la democracia igual que las estrellas acompañan a la luna. Pero de hecho, la libertad y la democracia son opuestas» Los autores de *Beyond Democracy* recuerdan la frase de Aristóteles, en cuya época la democracia no había sido identificada con una religión como en la época actual y sacralizada: «la democracia ilimitada es, lo mismo que la oligarquía, una tiranía repartida sobre un gran número de personas».<sup>71</sup> Para Aristóteles, la democracia como gobierno del *demos*, al estar el servicio de los intereses de clase devalúa el principio constitutivo de la Polis, lo común como una relación orgánica armoniosa de las partes con el todo.<sup>72</sup> La Polis deja entonces de ser una *koinonía* o comunidad natural.

Una de las causas de la inoperancia de la democracia cuando no es contraria a la libertad y a la tolerancia natural y de su creciente descrédito consiste, justamente, en la intuición de que es el reino de la oligarquía aunque no se miente esta palabra. Por ejemplo el demócrata escéptico Zagrebelsky dice que es precisamente en la democracia donde el régimen político «se presta mejor a generar y mimetizar oligarquías». La célebre frase de Churchill «la democracia es el peor de todos los regímenes exceptuando todos los demás», podría interpretarse como una manera cínica, o por lo menos irónica, de sugerir que la democracia extiende la oligarquía al favorecer las ocasiones y proporcionar los medios para que todos puedan aspirar a ser oligarcas sin merma del sortilegio de la palabra. «Bajo la apariencia de la democracia, prospera en realidad una oligarquía», escribe P. Manent: «la minoría de los que poseen el capital material y cultural manipula las instituciones políticas en su propio beneficio».<sup>73</sup>

**16.-** Los holandeses libertaristas autores de *Beyond Democracy* defienden abiertamente la necesidad de abandonar la democracia esgrimiendo buenas razones desde el punto de vista de la libertad negativa: «Una de las grandes ilusiones políticas de nuestro tiempo es la democracia. Muchas gentes se creen libres porque votan. Oponen democracia y tiranía. Y como no viven en Corea del Norte o en Cuba, se creen libres. Pero tal como se ve hoy a los Estados modernos invadir la esfera privada como jamás anteriormente, cuando la expoliación ha tomado las formas que en modo alguno pudo imaginar un Bastiat en el siglo XIX, es que no funciona la democracia».<sup>74</sup>

La realidad es que los gobiernos han inventado y siguen inventando innumerables leyes que, aparte de los explotadores sistemas fiscales socialdemócratas, que les permiten un control político exhaustivo complementario del policíaco -el llamado “terrorismo fiscal”-, imposibilitan multitud de relaciones e interacciones sociales voluntarias

<sup>71</sup> *Op. cit.* 9, p. 73. Los autores citan al economista J. T. Weders: «existe una diferencia entre la democracia y la libertad. La libertad no puede ser aprehendida por la posibilidad de votar, sino por el número de decisiones sobre las que no votamos»

<sup>72</sup> Cf. J. Fueyo Álvarez, “La degradación de la democracia”. *Razón Española*. Nº 53 (mayo 1992). II, p. 265.

<sup>73</sup> *Cours familier ...* Intr., p.24.

<sup>74</sup> La libertad negativa es muy criticada por parte de quienes sostienen que la libertad no se reduce a ella. Dejando aparte las confusiones introducidas por I. Berlin, los críticos tienen razón en abstracto, teóricamente. Pero en la práctica la mayor amenaza viene hoy de la supresión de esa forma de la libertad. El ejemplo obvio es el Estado de Bienestar, devenido finalmente un Estado Minotauro, en que al “ciudadano”, reducida su individualidad o personalidad a la masa, no le quedan más libertades que las del *panem et circenses* con que le entretienen los oligarcas.

completamente naturales y legítimas. La democracia ha llegado a un punto en que, en nombre de la democracia y la libertad prohíbe los actos más inocentes y elementales, empezando por la libertad de expresión, mientras autoriza o impone otros antinaturales como los relacionados con la “cuestión antropológica”. La democracia se está reduciendo -se ha reducido ya en bastantes casos- a la corrección política definida y sancionada por los gobiernos con el asentimiento activo o pasivo de los gobernados infantilizados por la propaganda masiva, la educación en manos de los políticos y las costumbres del estatismo, entre ellas el clásico *panem et circenses*. Gobernantes y políticos no se libran del infantilismo: «en nuestra época, todo da la impresión de que la actividad política es infantil, incapaz de elevarse al nivel de otros progresos humanos», subrayaba ya en 1962 Gaston Bouthoul.<sup>75</sup>

Lo único que no se atreven todavía a decir públicamente o a plasmar como ley los gobiernos democráticos, es el célebre eslogan de Orwell en *1984*, «la libertad es esclavitud». Parodiando la “jaula de hierro” de Max Weber, se podría decir que los gobiernos europeos han encerrado a sus súbditos en jaulas de cristal irrompible desde las que pueden contemplar el espectáculo de la sociedad política de las oligarquías, comentarlo sin traspasar la corrección política e incluso salir a pasear cuando los oligarcas les convocan a cumplir el rito elemental que la religión democrática, que legitima a la oligarquía, reserva para la masa: el voto. “La democracia es votar” es un eslogan que repiten los políticos a sus súbditos infantiles.

**17.-** La forma del gobierno vertebrata o pretende vertebrar el orden o régimen político, que es como la piel del orden social entero. Mientras no lo vertebrata conectándolo con la sociedad civil, existirá una situación política; si lo vertebrata, la situación se transforma en régimen u orden. El problema consiste, describe Loewenstein, en que «no existe en absoluto una relación causal entre la estructura del mecanismo gubernamental y la localización fáctica del poder. La dirección de cualquier sociedad estatal, independiente de la institucionalización de su “forma de gobierno”, yace en las manos de una minoría manipuladora constituida por los que ostentan el poder, bien los oficiales y legítimos, o lo no oficiales e invisibles. Es esta minoría la que, como en toda organización colectiva, maneja los hilos de la maquinaria estatal. Descubriendo esa oligarquía dominante y dirigente se penetra en el núcleo del proceso del poder. Esta situación extraordinariamente complicada será simplificada, con su manera de pensar unilateral, por los marxistas, al presentar un esquema blanco-negro de la clase capitalista dominante y el explotado proletariado. Por otra parte, prosigue Loewenstein, la teoría neopluralista de la dinámica socioeconómica y política, tiende a insistir en el supuesto equilibrio de las fuerzas sociales concurrentes y a ignorar totalmente la existencia de una clase dominante».<sup>76</sup> El historiador E. H. Carr escribe: «El utópico que sueña que es posible eliminar el egoísmo en política y basar un sistema político sólo en la

---

<sup>75</sup> *L'art de la politique*. París, Seghers 1962. Pref. p. 16. Bouthoul decía un poco más adelante: «Para las sociedades, ha llegado el momento de optar entre la edad adulta y la prolongación de la adolescencia, entre sus ansiedades y sus tempestades». P. 42

<sup>76</sup> *Op. loc. cit.* P. 47. Una dificultad es el carácter confuso de la élite dominante, cuando la forma de gobierno no es claramente oligárquica (obviamente, procura ocultarlo).

moralidad, no atina en el blanco, al igual que el realista que cree que el altruismo es una ilusión y que toda acción política se basa en el egoísmo». <sup>77</sup>

Schumpeter perdió muchas simpatías con su tesis de que la democracia es algo “residual”, pero, coincide Panebianco mucho más recientemente, con Stephen Krasner, en que lo que suele llamarse “democracia liberal” es “hipocresía organizada”. <sup>78</sup>

En fin, la célebre frase de Lincoln “la democracia es el gobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo”, es un peligroso sofisma, pues omite los efectos de la ley de hierro. El *dictum* de Lincoln es una prueba de como la omisión o ignorancia de la ley de hierro induce al autoengaño. <sup>79</sup>

**18.-** Según la concepción clásica, lo opuesto a la democracia no es la oligarquía, sino lo que llamaban los griegos la demagogia o democracia radical en contraposición a la democracia moderada. La demagogia sobreviene cuando el régimen se ha impuesto al gobierno, por decirlo así sin guardar las formas. Puede ser una forma de gobierno muy persistente y cohabitar apariencialmente con las formas puras o buenas del gobierno. Comienza normalmente cuando al derivar la oligarquía en plutocracia, el mando del dinero, su degeneración es tan intensa, que el poder dinerario corrompe las instituciones, incluidas las más ajenas a la política como pueden ser las iglesias, poniéndolas a disposición de los ricos, o bien adoptando la forma de olocracia (la fórmula del populismo) cuando la degeneración de los que mandan, gentes mediocres y corrompidas extraídas de la masa, corrompe todo sistemáticamente, tanto la vida pública como la privada utilizando el poder político. <sup>80</sup> Plutocracia y olocracia suelen acabar mezclándose en lo que llamaba Maquiavelo *lo stato licenzioso*. En el proceso de generalización de la oligarquía o de la “democratización”, se llega a un punto en el que, decía Aristóteles, «todas las causas que hemos citado de la oligarquía pura y extrema y de la democracia radical, hay que referirlas también a la tiranía, pues éstas vienen a ser tiranías repartidas de la democracia radical». <sup>81</sup>

La tiranía democrática -la tiranía de la mayoría dirigida por los oligarcas- adviene cuando el Derecho, devenido mero transmisor de los deseos o caprichos de los gobernantes, no da ya ninguna seguridad, imponiéndose la obediencia pasiva, no como obediencia política en el sentido de J. Freund, sino como antesala de la servidumbre voluntaria. Todo ello, por supuesto “en nombre del pueblo” y “por el pueblo y para el pueblo”. Según Maurice Duverger, la opinión política es siempre el resultado de la propaganda, que, por cierto, reobra sobre las élites. Pareto pensaba que era ésta una de las causas de su declive inevitable al hacer del gobierno un desgobierno.

<sup>77</sup> *Op. cit.* 7, p. 151.

<sup>78</sup> *El poder, el Estado, la libertad. La frágil constitución de la sociedad libre*. Madrid, Unión Editorial 2009. Concl., p. 332. Salvo error, a pesar del objeto del libro, la palabra oligarquía no aparece ni una sola vez.

<sup>79</sup> Cf. V. Sorrentino, *op. cit.* 3, pp. 119ss.

<sup>80</sup> Camille Desmoulins escribió en otoño 1793: «Se ha dicho que para prosperar en un país absoluto era un gran mérito ser mediocre. Veo que esto puede ser verdad en los países republicanos». Pero la democracia no favorece sólo el protagonismo político de los mediocres, sino el de los audaces, resentidos, ignorantes, tontos, dementes y tarados, desalmados, etc.; el *Lumpenproletariat* decía Marx, aunque muchos procedan de las clases altas y educadas.

<sup>81</sup> *Política* (ed. de S. Rus Rufino). Madrid, Tecnos 2011. V, 1312 b), p. 385. Sobre la interpretación aristotélica de la palabra tiranía, Á d'Ors,

Es interesante distinguir la dictadura de la oligarquía, a fin de aclarar que la democracia y la dictadura no son *necesariamente* opuestas como pretende el modo de pensamiento totalitario.

**19.-** Decía Ortega: «mandar no es simplemente convencer ni simplemente obligar sino una exquisita mixtura de ambas cosas». El mando dictatorial se limita a obligar, y para entender la oposición de los griegos a la dictadura es preciso tener en cuenta que concebían la política como un arte medicinal para curar los males de la vida colectiva, idéntica para ellos a la vida de la Ciudad. El dictador sería como el “cirujano de hierro” de Joaquín Costa. Mas, al suspender o suprimir por definición la libertad política suprimía la libertad en la Polis y con ella la ciudadanía, y eso era para los griegos una forma bárbara de gobernar, una tiranía. Palabra que designaba originariamente una forma monárquica, a veces como un cumplido, antes que Platón y Jenofonte le dieran la connotación peyorativa que acabó por imponerse.<sup>82</sup> Los griegos descubrieron la política como el arte de sanar la Polis,<sup>83</sup> pero en vez de apelar a la dictadura discurrieron las formas mixtas de gobierno.

Hay tres interesantes ejemplos clásicos de la dictadura: uno, que sirve para ilustrar que significa la oligarquía como forma trascendental del gobierno, es, paradójicamente, la Atenas democrática de Pericles, el general autor de la célebre *Oración fúnebre por los muertos en la guerra del Peloponeso* transmitida por Tucídides.<sup>84</sup> Europa ha heredado sobre todo de esa Atenas la idea de la democracia como la forma de gobierno más libre y, según eso, la forma perfecta del gobierno y del orden o régimen político.

La democracia ateniense fue posible gracias a que la sostenía en la trastienda el prestigio de ese general, una especie de dictador en la sombra o protector de la república ateniense -se podría decir que demócrata a fuer de liberal-<sup>85</sup>, con cierta semejanza con Cromwell, quien no quería ser dictador por cuestión de principios y se presentaba como protector de la República. Es muy conocido que Sócrates ironizaba diciendo que quien mandaba en realidad, no eran los demócratas sino la hijastra de Pericles, pues su mujer mandaba en el general y en ella mandaba su hija. Como observó Aristóteles, a diferencia de la oligarquía, la democracia incluye a los ciudadanos más pobres y débiles, de modo que el prestigio de Pericles sirvió para que pudieran participar en la vida política.

<sup>82</sup> Vid. A. Andrewes, *The Greek Tyrants*. Londres, Hutchinson University 1969.

<sup>83</sup> Fue quizá Alcmeón de Crotona el primero en apelar a la medicina. Vid. F. Heinemann, *op. cit.* IV, 2, p. 174.

<sup>84</sup> Es muy interesante esta observación de Strauss: «Tucídides, el historiador, estaba obligado a dejar que el Pericles de su obra elogiase a Atenas. Pero hizo todo lo que pudo para impedir que se confundiera la *Oración fúnebre* de Pericles con un elogio de la propia Atenas». *La ciudad y los hombres*. III,1, p. 205. Tucídides era partidario de la política fundada en la libertad política, no de la democracia; podría decirse anacrónicamente, que fue un liberal.

<sup>85</sup> «En su aristocrática independencia, escribe C. M. Bowra, siguió la política que consideraba justa, y en vez de anticiparse a los deseos del pueblo, intentaba primero infundir en ellos sus propios principios. Esto reflejaba su integridad moral, de la que su famosa incorruptibilidad en asuntos de dinero era un ejemplo más. Conservó en una época democrática un alto desapasionamiento que tenía visos de una sociedad más selecta. Esto marca casi todo lo que de él conocemos y lo distingue decisivamente de los que le sucedieron en la dirección de los destinos de Atenas». *La Atenas de Pericles*. Madrid, Alianza 1970. 4, p.67.

El segundo ejemplo es el romano. Mientras en Grecia los *politai* o ciudadanos pertenecían a la Polis, en Roma, la Urbs o Ciudad -Civitas- pertenecía jurídicamente a los *cives*, los ciudadanos.<sup>86</sup> Los romanos, un pueblo de juristas, tenían mentalidad campesina. Celosos del Derecho, eran menos arcaizantes y naturalistas que los griegos y tenían un sentido de la política -regida por el principio *salus populi suprema lex esto*-, más amplio, más concreto y más jurídico. En la Urbs, la dictadura era un recurso legal para afrontar las situaciones excepcionales, que tenía originariamente un estatuto jurídico especial consistente sustancialmente en extender a la vida civil la potestad de origen sagrado del *imperator*, el jefe militar que disponía del *ius vitae ac necis* absoluto en el campo de batalla. A diferencia del juez, cuyo modo de sentenciar o decir el derecho viene de *dicare*, *ius dicare*, algo así como indicar el *ius*,<sup>87</sup> la palabra dictadura deriva del verbo *dicere*: el dictador dice qué hay que hacer sin contradicción posible.

Para los romanos, la dictadura era como una pócima necesaria para salvaguardar la salud de la Ciudad cuando los *mores*, las costumbres éticas -la Cortesía, la *Sittlichkeit* hegeliana- y el Derecho son incapaces de cumplir su función y peligra la libertad colectiva, de la Ciudad. Era una institución legal para situaciones límite o excepcionales, intensamente políticas, en las que estaba en cuestión la existencia de la Civitas. El dictador estaba por encima del Derecho y sus decisiones eran leyes en un sentido mucho más fuerte y abarcador que las decisiones judiciales, puesto que se referían a los intereses colectivos. Solamente se le exigía que salvase la situación restaurando la normalidad -el orden político que garantiza el orden social- en el plazo máximo de seis meses. La dictadura era una situación intensamente política, cuyo objeto no consistía tanto en administrar la cosa pública, asunto relativamente secundario en esos casos, como en *decidir* lo pertinente. El dictador disponía de todos los poderes con la reserva de que, si bien Aristóteles distinguió ya las ramas legislativa, ejecutiva y judicial, la antigüedad desconocía la división de poderes, impensable para los griegos y los romanos. Para ellos, el poder político era el “ejecutivo”.

El tercer ejemplo es el de Inglaterra. Donoso Cortés observó que la dictadura se establece allí en situaciones excepcionales suspendiendo sin más trámite el principio constitucional *England abhor coalitions* -al parecer ahora en decadencia- y uniéndose o aliándose para gobernar el gobierno y la oposición, sin distinguir entre los poderosos y los débiles. La dictadura clásica es una *situación* política que suspende provisionalmente el orden o régimen, pues el gobierno no tolera ni tiene oposición, ya que, dadas las circunstancias, queda en suspenso la libertad política en virtud del citado principio *salus populi suprema lex esto*, a la vez que protege las demás libertades, siempre que no obstaculicen ese supremo principio político.<sup>88</sup>

**20.-** En estos tiempos de inflación democrática, se olvida demasiado la dictadura democrática, típica de los gobiernos totalitarios, favorable retóricamente a los

<sup>86</sup> Vid. Á. d'Ors, “El no-estatismo de Roma”.

<sup>87</sup> Vid. R. Domingo, *Teoría de la “auctoritas”*. Pamplona, Eunsa 1987. I, 3, a), pp. 86ss.

<sup>88</sup> La distinción entre dictadura comisaria -para resolver la situación y proteger las libertades civiles y personales (que no obstante quedan más o menos mermadas según los casos), y la dictadura revolucionaria, cuya finalidad es cambiar la sociedad, por lo que no distingue las formas de las libertades, es fundamental. Para todo esto, C. Schmitt, *La dictadura. Desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria*. Madrid, Revista de Occidente 1968.

desfavorecidos, en la práctica oligárquica y despótica.<sup>89</sup> Tocqueville y Stuart Mill previnieron contra ella utilizando una expresión más dura pero más exacta: la tiranía de la opinión pública -que James, el padre de Mill consideraba infalible- a causa del predominio de las pasiones igualitarias, más propias de los tiempos democráticos que de la democracia como forma del gobierno en sentido estricto. Es importante advertir, que si ya Maquiavelo (coincidiendo con el *Hierón* de Jenofonte) había negado la distinción entre rey y tirano, sustituyéndola por la figura del Príncipe, más neutral en tanto designa el actor político,<sup>90</sup> el uso, bajo la influencia de la ideología, ha confundido la tiranía en su acepción peyorativa y la dictadura, de manera parecida a como Montesquieu popularizó la confusión, no menos pernicioso para el análisis político, entre despotismo y tiranía, al servirse de la forma de gobierno persa para comparar y criticar subliminalmente la Monarquía Absoluta, en rigor una dictadura comisoraria hereditaria,<sup>91</sup> que devino Despótica ilustrada después de Luis XIV.<sup>92</sup> El gobierno persa era en realidad despótico, lo que para los europeos de entonces, representados en este caso por los franceses, equivalía a tiránico.

En este orden de cosas, hay que sumar el predominio de la sociología sobre la política con la idea, no menos neutralizadora, de Max Weber de la ciencia social *Wertfrei*, libre de valores, es decir libre de consideraciones morales y éticas. El neutralismo inherente al modo de pensamiento político estatal ha desviado así la atención de conceptos como tiranía, despotismo, oligarquía y dictadura, debido a sus connotaciones emocionales “antidemocráticas”.<sup>93</sup>

Efectivamente, otra causa de que se hable menos de la oligarquía que de la dictadura, consiste sin duda, en que la mayoría de los regímenes que se presentan como democráticos, son en realidad oligárquicos (se habla de democracia deficiente, de democracia precaria, de déficit democrático, etc.). Julien Freund, que en 1987 consideraba ya impolíticos a la mayoría de los regímenes europeos,<sup>94</sup> seguramente diría hoy que son antipolíticos. El alemán Hans Magnus Enzensberger<sup>95</sup> y el francés Hervé Kempf<sup>96</sup> por ejemplo, discrepan de la corrección política al sostener sin reservas que la Unión Europea es un tinglado oligárquico.<sup>97</sup>

<sup>89</sup> Vid. por ejemplo, G. Hermet, *El pueblo contra la democracia*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos 1989.

<sup>90</sup> Vid. L. Strauss, *Meditación sobre Maquiavelo*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964.

<sup>91</sup> Sin perjuicio de lo que dice Schmitt, cf. N. Henshall, *The Myth of Absolutism. Change and Continuity in Early Modern European Monarchy* (Nueva York, Longman Publishing 1992). R. G. Asch/H. Durchhardt (eds.), *El absolutismo (1550-1700), ¿un mito? Revisión de un concepto historiográfico clave*. Barcelona, IdeaBooks 2000.

<sup>92</sup> Cf. D. Negro, *Historia de las formas del Estado*.

<sup>93</sup> Loewenstein ofrece una clasificación sociológica, no política, de los tipos de regímenes, distinguiendo entre tipos de gobierno autocráticos y democrático constitucionales. Divide los autocráticos en autoritarios y totalitarios. *Op. cit.*, III y IV.

<sup>94</sup> *Politique et impolitique*. París, Fayard 1987.

<sup>95</sup> *El gentil monstruo de Bruselas o Europa bajo tutela*. Barcelona, Anagrama 2011.

<sup>96</sup> *L'oligarchie ça suffit, vive la démocratie*. París, Éditions du Seuil 2011.

<sup>97</sup> La Unión Europea ha derivado en una suerte de confederación o sindicato de las oligarquías nacionales, que, para afrontar la crisis financiera y moral provocada por ellas, funciona como una sociedad de socorros mutuos para sostener a los gobiernos sindicados. Bastantes de ellos han convertido el Estado en un centro de negocios comerciales de los oligarcas y de explotación legal del resto. La crisis actual lo está poniendo en evidencia.



**21.-** Dejando aparte la anarquía, que como indica el prefijo *an* carece de principio y por tanto de forma, en la clasificación griega de las formas de gobierno, monarquía y oligarquía son las únicas que aluden a la autoridad; las demás se refieren al mando. Desde el punto de vista del mando, debiera decirse monocracia y oligocracia.

En efecto, igual que *Monarquía* se compone de las dos palabras griegas *monos*, que significa uno, y *arkhos*, de *arkhé*, principio, principal, autoridad por ser forma originaria, ocurre lo mismo con la palabra *Oligarquía* en la que *oligos* significa pocos.<sup>98</sup> Es el mando de varios, lo que se significa más exacta y neutralmente con la palabra *Oligocracia*, pues *cracia*, de *kratos*, es mando, del verbo mandar, *krattein*. No obstante, se utiliza menos que oligarquía en la que *arkhos* encierra, en cierto modo correctamente, de acuerdo con la referencia de Ferrero a los genios “invisibles” de la Ciudad, la idea de *auctoritas*, en tanto alude al principio u origen natural incluyendo indirectamente el saber, propio de la *auctoritas* (igual que Monarquía), en contraste con Oligocracia, que se limita a indicar el número de los que mandan con o sin *auctoritas*. Esa palabra, en realidad más un término que una palabra, igual que Monocracia y las que aluden al mando como una función, es quizá más moderna que oligarquía, que tampoco debió ser peyorativa hasta que degeneró en la práctica democrática griega.<sup>99</sup>

**22.-** Gonzalo Fernández de la Mora es uno de los raros escritores políticos que han prestado una atención especial a la oligarquía en tiempos recientes. Si bien no distingue entre régimen, el lugar de las influencias y poderes indirectos,<sup>100</sup> y gobierno, el lugar del poder político, la define como «la forma trascendental de gobierno»; “abarca”, dice lapidariamente, todas las formas del gobierno.<sup>101</sup> Es decir, trasciende a todas las formas del gobierno, a las que es inmanente. Así pues, todo gobierno es inevitablemente oligárquico, tanto por su naturaleza como por su dependencia del régimen, que puede intensificar o disminuir el grado de oligarquización y por tanto de parcialidad, del gobierno. El objetivo teórico de la democracia es la desinmanentización de la oligarquía, aunque en la práctica podrá sólo contenerla o disminuirla mientras sea efectiva la libertad política. Según la experiencia, basta que la oligarquía no rebase los límites, ciertamente imprecisos, de lo tolerable según el *êthos*; depende del estado de las virtudes.<sup>102</sup>

Sostenía Gramsci, que, de hecho, todo gobierno es dictadura más hegemonía cultural: el régimen -que el escritor italiano transformó en la sociedad política- enlaza el poder político con el ámbito de lo prepolítico (la sociedad civil en el sentido gramsciano, más

<sup>98</sup> Cf. Á. d'Ors, *Forma de gobierno y legitimidad familiar*. Madrid, Ateneo 1960. El razonamiento de d'Ors sobre la Monarquía hereditaria, puede aplicarse igualmente a la Oligarquía, que sería más antigua que la palabra Aristocracia.

<sup>99</sup> Conforme al razonamiento de d'Ors, Monarquía y Oligarquía serían modos originarios de designar las formas del gobierno. Oligarquía significaría el gobierno de los poderosos en tanto propietarios, señores naturales en el sentido de la palabra alemana *Herrschaft*, hasta que se transformaron en dominadores basados en el poder en el sentido de *Macht*.

<sup>100</sup> Vid. C. Schmitt, “Coloquio sobre el poder...”

<sup>101</sup> *La partitocracia*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos 1977. I, 5, p. 83 y I, 4, B), p 83.

<sup>102</sup> Sobre el *êthos* -el carácter o la personalidad colectiva- como el lugar donde verdaderamente mora, habita, reside el hombre, J. L. L. Aranguren, *Ética*. Madrid, Revista de Occidente 1959. II. M. Granell, *La vecindad humana. Fundamentación de la Ethología*. Madrid, Revista de Occidente 1969.

amplio que el hegeliano-marxista),<sup>103</sup> y la cultura hace que la opinión pública lo reconozca (o no) como poder público.

Ahora bien, sin faltarle razón en casos concretos y a largo plazo, Gramsci se equivocaba al afirmar dogmáticamente que «la conquista del poder cultural es previa a la del poder político», debido a que identificaba prácticamente la ideología, en tanto religión secular (en el sentido de Aron), con la cultura.<sup>104</sup> Los hechos prueban que la posesión del poder político facilita la conquista del poder cultural para aumentarlo y transformarse en dictadura empleando lo que llamaba Aranguren “la persuasión coercitiva”.

Maquiavelo, tan admirado por Gramsci, sabía muy bien que la política tiene tres aspectos muy distintos, que pueden ser fases sucesivas: conquistar el poder, conservarlo y aumentarlo. La conquista depende de la *virtú* del príncipe, el hombre político, *il principe* o principal; la conservación es asunto de la prudencia política; y aumentar el poder puede ser un asunto muy peligroso si choca con otros poderes exteriores; aumentarlo en la sociedad es la tentación de las oligarquías, sobre todo cuando “cristalizan” en el sentido de Pareto, pues entonces se mezclan y confunden el gobierno y el régimen

Lo cierto es que, como decía James Bryce, el mundo no ha conocido más forma de gobierno que el de unos pocos y que todo gobierno necesita el apoyo de la opinión. En el siglo XVIII, escribió David Hume en su brevísimo y suculento ensayo “Sobre los primeros principios del gobierno”: «La opinión es el único fundamento del gobierno, y esta misma alcanza igual a los gobernantes más despóticos y militares que a los más populares y libres». Lo ejemplificaba así: «El sultán de Egipto o el emperador de Roma pueden manejar a sus inermes súbditos como simples brutos, a contrapelo de sus sentimientos e inclinaciones; pero tendrán que contar al menos con la adhesión de sus mamelucos o de sus cohortes pretorianas».<sup>105</sup>

Más recientemente, escribía Gaston Bouthoul: «El jefe, cualquiera que sea el nombre por el que se le llame, no gobierna solo. Todo político se apoya en un grupo favorecido. He aquí una segunda demarcación: por un lado, los grandes, aquellos que ocupan la

<sup>103</sup> «En el interior de la sociedad, decía Gramsci, se verifica lo que llamaba Croce “el perpetuo conflicto entre la Iglesia y el Estado”, en el que Iglesia viene a representar la sociedad civil en su conjunto...y el Estado representa [como sociedad política] todos los intentos de cristalizar permanentemente una determinada fase de desarrollo, una determinada situación». *La política y el Estado moderno*. Barcelona, Planeta 1985. II, p. 158. Sin embargo, hoy, la Iglesia no representa ya a la sociedad civil, controlada por el Estado, al que en cierto modo, seducida por la democracia, se la ha entregado.

<sup>104</sup> Gramsci vinculaba la cultura al sentido común, que determina «el nivel de cultural de las masas». El sentido común «es la filosofía de los no filósofos, la concepción del mundo absorbida acríticamente por los distintos ambientes sociales y culturales en que se desarrolla la individualidad moral del hombre». *Cit.* en G. Moget, “La concepción de la cultura en Gramsci”. P. Togliatti, C. Luporini, G. della Volpe y otros, *Gramsci y el marxismo*. Buenos Aires, Proteo 1985. Pp. 120-121. Para Gramsci era fundamental la dominación o control del sentido común por los “intelectuales orgánicos” a fin de conseguir la “hegemonía” cultural en la sociedad civil, origen y causa de la sociedad política.

<sup>105</sup> *Escritos políticos*. Madrid, Unión Editorial 1975. 3. «Incluso el poder más omnímodo y colosal quebraría en pocos instantes y sus más eficaces e imponentes instrumentos quedarían automáticamente reducidos a la nada, si por un momento todos sus súbditos, todos sus fieles subordinados, decidieran espontánea y unánimemente negarle obediencia». G. Ferrero, *El Poder*. 8, p. 87. Por eso, escribe Ferrero en otro lugar, «si los hombres temen siempre al poder al que están sometidos, también el poder que les somete teme siempre a la colectividad sobre la que impera». 4, p. 41. Sobre la obediencia política, J. Freund, *La esencia de lo Político*. Madrid, Ed. Nacional 1969.

cima de una jerarquía y se benefician de privilegios y derechos adquiridos; del otro, el pueblo. El arte político consiste, pues, en escoger entre diversas preponderancias: la de la plebe o la de las clases dirigentes; los guerreros o los clérigos, los funcionarios o los elegidos ¿A quien contentar preferentemente y a quien sacrificar? ¿Como hacer reinar la armonía o algo parecido a la armonía- ente tantos intereses opuestos ? Y, sobre todo ¿es preciso satisfacer a la mayoría o al partido que asume el poder, en detrimento de los demás y del porvenir de la comunidad entera? Otro aspecto de la autoridad política: toma una parte de los bienes de todos y la gasta más o menos a su gusto. ¿Pero como repartirla y como decidir?... ¿Gobernar mediante el desprecio, la solicitud o la inquietud, escoger entre los censores, los consejeros, los confesores y los aduladores? ¿Poner en su justo sitio a lo favoritos, a las favoritas, a la policía, al ejército, el mecenazgo y a la inteligencia? ¿Marchar recto como una bala de cañón o variar como una pluma en el viento?...».<sup>106</sup>

**23.-** El primer filósofo político fue Platón, aunque, según Alberto Buela, es posible que el primer texto que habla de la distinción propiamente política sea un fragmento del presocrático Alcmeón de Crotona (a mediados del siglo V a. C.). Heinemann le cita como el primero, probablemente, que se interesó por la medicina en relación con el *nomos*. Tucídides fue también seguramente el primero en mencionar la oligarquía: «El pueblo, decía en su *Historia de las guerras del Peloponeso*, es la totalidad y la oligarquía sólo una parte», la relacionada con los pudientes.

Conforme a la máxima de Ovidio *ingenium mala saepe movent* (las cosas malas mueven el ingenio) el gran pensamiento político suele aparecer cuando van mal las cosas. Y así ocurrió en Grecia, la cuna de ese modo o forma de pensamiento: la filosofía política nació como una necesidad de la crisis de la Polis, que iniciaba su decadencia, aunque los pensadores griegos lo achacaban a la *anaciclosis*.

Platón la fundó en *República*,<sup>107</sup> obra de mala fama en tiempos no lejanos, precisamente por no entender, entre otras cosas,<sup>108</sup> que la figura del filósofo rey, que combina la autoridad y el poder,<sup>109</sup> es precisamente el contrapunto a la oligarquía e incluso, según la interpretación de Arendt, de la misma política, limitada por abajo por la labor de la esclavitud y por arriba por la sabiduría de los filósofos.<sup>110</sup> Las Póleis estaban muy enfermas y Platón concibió la política como un arte medicinal basado en la experiencia, para sanar los males que corroían el alma colectiva de la Polis igual que las pasiones las almas individuales. La causa de la enfermedad de la Polis era la división entre ricos y pobres, entre los oligarcas y el resto de los ciudadanos, manejados empero por la demagogia de oligarcas como los treinta tiranos de Atenas que sucedieron a

<sup>106</sup> *Op. loc. cit.*, P. 12.

<sup>107</sup> Whitehead destacaba la importancia de *República*, diciendo que todo el pensamiento occidental es una serie de notas a pié de página de esa obra. Sobre quien fue el primer filósofo político hay quiénes opinan, siguiendo a Cicerón, que fue Sócrates; Aristóteles decía que el planificador Hippodamo de Mileto y Strauss que fue Aristóteles, “el descubridor de la virtud moral”. Vid. *La ciudad y los hombres*. I

<sup>108</sup> Vid. D. Frede, “Platon, Popper und der Historizismus”. En E. Rudolph (Ed.) *Polis un Kosmos*.

<sup>109</sup> La *auctoritas* se refiere al saber y para los antiguos, la *physis*, la Naturaleza, cuya esencia es lo divino, era la autoridad originaria. De ahí los oráculos y los augures y, en contraposición la figura platónica del filósofo rey. En las culturas monoteístas (judaísmo, cristianismo, islam), Dios es la *auctoritas* suprema, que en Él se identifica con el poder. En el cristianismo, la *auctoritas* corresponde a la Iglesia, siendo el papa, *vicarium Christi*, la *auctoritas* suprema terrenal en la católica. En el cristianismo protestante la *auctoritas* está unida a la *potestas* temporal.

<sup>110</sup> *Op. cit.* Pp. 61-62.

Pericles y condenaron a muerte a Sócrates por criticar la falsa democracia existente. Por eso suprime Platón la propiedad en perjuicio de los ricos, propone la comunidad de mujeres para evitar la influencia de los afectos y pone un médico al frente de la Ciudad ideal. Un rey que como filósofo, palabra que significaba en aquellos tiempos amigo de la sabiduría, es decir, imitador del saber propio de los dioses, que conocen intuitivamente la verdad de la realidad, es inmune a las emociones, los sentimientos, los afectos y los intereses, y busca el bien de la Ciudad, el *koinón ágathón* o bien común de todos los ciudadanos.

Partiendo de estas premisas, tras indagar en *El político*, las posibles formas puras del gobierno de la Polis (como formas políticas), reconoce Platón: «es difícil encontrar el rey ideal, el poder del monarca debe sustituirse por la dictadura de la ley» (302 a ss). En *Leyes* resolvió el problema de la oligarquía...eludiéndolo, al abordar cómo podría ser una Ciudad terrena buena. Para ello introdujo el Derecho reconociéndole autoridad, a fin de que los hombres se atengan al “hilo de oro” de la ley, que al orientar la conducta mantiene el equilibrio en la vida colectiva, e inventó la forma mixta de gobierno<sup>111</sup> combinando la sabiduría o *auctoritas* suprema del filósofo-rey (antecedente de los *Espejos de príncipes* corrientes en el siglo XV), que al ser uno garantiza también la unidad de la Polis, con la libertad política o *potestas* de la democracia de propietarios.

La forma mixta era para los griegos el equivalente a la moderna división de poderes, idea que surgió confusamente en el curso de la guerra civil inglesa (1640-1649), siendo el segundo paso la teoría de la Constitución equilibrada.<sup>112</sup>

**24.-** En todo caso, al ser muy pequeñas las Póleis griegas y los *politai* o ciudadanos una fracción de la población total, la democracia de unos pocos era de hecho una oligarquía frente al resto. Algo así como lo que planteaba Hume en el ensayo citado, poniendo como ejemplo la Cámara de los Comunes inglesa, donde “el peso del poder” coincidía con “el peso de la propiedad”. O sea, la oligarquía política coincidía con la económica.<sup>113</sup> Este es el rasgo característico de la oligarquía como forma del gobierno: la unión del poder político y el económico; el gobierno de los adinerados, había dejado escrito Aristóteles en su *Política* (1291b, 7-13). Hoy, hay que añadir el poder de los medios de comunicación, que permite hablar de la reducción de la democracia a la “democracia mediática”.<sup>114</sup>

<sup>111</sup> Vid. E.Gallego, *Sabiduría clásica y libertad política. La idea de Constitución mixta de monarquía, aristocracia y democracia en el pensamiento occidental*. Madrid, Ciudadela 2009.

<sup>112</sup> Sobre estos precedentes, M. J- C- Vile, *Constitutionalism and the Separation of Powers*. Indianapolis, Liberty Fund 1998. II y III.

<sup>113</sup> Esto no impidió que los continentales admirasen la forma de gobierno inglesa a partir de la llamada “revolución gloriosa” por la historiografía *whig*, Macauley estableció que fue una revolución “conservadora”. En realidad, esa revolución gloriosa consagró la oligarquía como la forma del gobierno, tal como previó Hobbes y criticaron el propio Hume y luego Bentham y Coleridge entre otros. El historiador Steve Pincus se aparta recientemente de la historiografía *whig* en *1688. La primera revolución moderna* (Barcelona, El Acantilado 2013). Sostiene que fue la primera y auténtica revolución moderna antes que la francesa; es decir, una revolución oligárquica.

<sup>114</sup> «Lo cierto es, decía Francisco Javier Conde en 1952, que uno de los instrumentos más manejables es el hombre mismo. La prensa, la radio, la televisión, la maquinaria de los partidos las drogas, el ejército, la fábrica, el cine [no existía todavía internet], son instrumentos con los que el hombre ejerce poder sobre los demás. Es una nueva manera de apoderamiento», concluía pesimista, que «alcanza a zonas más profundas del hombre, casi se diría que toca al hondón mismo de la persona. No es sólo,

Cuando Tocqueville y Stuart Mill alertaban contra la tiranía de la opinión pública, sólo existía la prensa escrita, pero gran parte de la población europea era analfabeta. Por otra parte, si se tiene en cuenta la existencia de la esclavitud, la democracia se circunscribía a una parte de la población, igual que en las Póleis griegas. Excepto en Estados Unidos, salvo los esclavos hasta la guerra civil de Secesión, donde todos eran ciudadanos. Sin perjuicio de las diferencias obvias, Europa coincidía en los mejores casos con los griegos en la restricción de la ciudadanía plena, es decir, de la libertad colectiva, a unas minorías, mientras existieron sistemas electorales censitarios. Tocqueville advirtió ya que al ser muy distintas las condiciones norteamericanas para la democracia política, la europea corría el riesgo de falsificarse. Por otra parte, la democracia es en Norteamérica una consecuencia de la República -algo incapaz de imaginar Montesquieu en una gran nación-, no al revés como en Europa, donde la democracia promueve las tendencias republicanas.

**25.-** No obstante, se criticaba entonces más duramente que hoy el carácter oligárquico de los gobiernos. Montesquieu, había propuesto ya como remedio, siguiendo a Locke, la separación de poderes<sup>115</sup> sin tocar el fondo del asunto, que, explica agudamente Odo Marquard, constituye un caso especial de la división general de poderes que se da en la realidad,<sup>116</sup> como consecuencia natural de la diversidad de los modos o formas de pensamiento.<sup>117</sup>

Escribe Marquard citando a Montesquieu: «Sólo hay libertad individual allí donde el individuo no está sometido a la intervención exclusiva de un único poder exclusivo, sino que existen varios poderes (independientes entre sí) que, al agolparse para intervenir sobre el individuo, se entorpecen y limitan entre sí: los hombres cobran su libertad individual frente a la intervención exclusiva de cada uno de ellos, sólo porque

---

explicaba, que los nuevos saberes y técnicas hayan acrecido el poder de dominación, lo han cambiado cualitativamente. A ese cambio cualitativo responde el modo totalmente nuevo como el hombre actual siente en sí mismo el apoderamiento». Un poco más adelante aclara que se trata de «un nuevo tipo de obediencia: la obediencia como sumisión». *Escritos y fragmentos políticos* II. Madrid, Instituto de Estudios Políticos 1974. "Las elites políticas en la sociedad contemporánea". Pp. 153 y 155.

<sup>115</sup> Hablando de la hegemonía de la sociedad civil, decía Gramsci: «La división de los poderes y toda la discusión habida para su realización y la dogmática jurídica nacida con su instauración, son el resultado de la lucha entre la sociedad civil y la sociedad política de un determinado período histórico, con un cierto equilibrio inestable de las clases, determinado por el hecho de que ciertas categorías de intelectuales (al servicio directo del Estado, especialmente la burocracia civil y militar) están todavía ligadas a las viejas clases dominantes». *Op. cit.* P. 158

<sup>116</sup> «Quien quiere bien al individuo, debe impedir las instancias todopoderosas, debe por tanto cultivar su división: la división de poderes». *Individuo y división de poderes. Estudios filosóficos*. Madrid, Trotta 2012. P. 62. No obstante, en la esfera política es imposible dividir el poder. El poder político, que es el ejecutivo, es indivisible. El quid de la cuestión consiste en *separar* los poderes allí donde están reunidos en virtud de la doctrina política-jurídica de la soberanía de Bodino o por cualquiera otra causa. Es decir, devolver el Derecho al pueblo, ...lo que implica restaurarlo y suprimir la Legislación...En definitiva, si el llamado poder legislativo no es una ficción sumamente útil para el poder y perjudicial para el pueblo. Es diferente en la sociedad civil, en la que actúan poderes o potestades sociales, no políticas. Aunque sean de origen netamente económico, esos poderes pueden contribuir eficazmente a contrarrestar al ejecutivo. El más eficaz es el de las familias, las unidades morales y económicas más pequeñas, discutiendo los impuestos u oponiéndose a ellos en tanto propietarias, puesto que es el tesoro público lo que alimenta la expansión y la acción del ejecutivo. Un poder político sin dinero es impotente; de ahí la necesidad de limitar y controlar los impuestos y el crédito.

<sup>117</sup> Entre la escasísima literatura sobre las formas o modos de pensamiento H. Leisegang, *Denkformen*. Berlín, W. de Gruyter 1928. A. N. Whitehead, *Modos de pensamiento*. Buenos Aires, Losada 1944.

cada uno de esos poderes restringe y debilita la intervención de todos los demás.»<sup>118</sup> Tocqueville observó más tarde que la aplicación a la vez formal y material de este principio cautelar en los Estados Unidos y, coherentemente, el rechazo del parlamentarismo, instituía un republicanismo que, combinando formalmente la monocracia (presidencialismo), la aristocracia (en realidad oligarquía) y la democracia, diferenciaba sustancialmente la democracia norteamericana de la europea.

En lo que concierne a Inglaterra, la nación que disfrutaba entonces de más libertad política, Hobbes había denunciado ya, especialmente en *Behemoth*, su libro sobre la guerra civil, el carácter oligárquico del Parlamento, frente al que postulaba la Monarquía Absoluta. Tras la Revolución francesa, cuyo régimen burgués inequívocamente oligárquico contó en la isla con admiradores como Price -Burke escribió sus famosas *Reflexiones*, contra ellos- volvieron a la carga, como se indicó antes, el liberal Bentham y sus seguidores, entre ellos Stuart Mill. La crítica más radical fue empero, seguramente, la del conservador Coleridge, sucesor político de Burke al frente de la escuela de este signo. Unos y otros denunciaron el gobierno inglés como clasista. Las críticas, sobre todo las de los benthamitas, consiguieron que comenzara a ampliarse el censo electoral en 1832, tardándose empero casi un siglo en llegar al sufragio universal, lo que no significa que Inglaterra sea una democracia.<sup>119</sup>

**26.-** La cuestión se planteó en Francia durante la Restauración, agudizándose con la Monarquía de Julio, que le sucedió en 1830. La gran burguesía llegó por fin en ella al poder,<sup>120</sup> estableciendo lo que se considera el primer Estado liberal de Derecho. Una forma estatal que, decía Miglio, añade al monopolio de la fuerza<sup>121</sup> «la “privatización” progresiva de todos los conflictos “internos” mediante la imposición sistemática a todos los súbditos-ciudadanos del recurso a los tribunales estatales para solucionar todas sus controversias»<sup>122</sup>. El Estado liberal *burgués* de Derecho, ligado al parlamentarismo, implica un giro radical en el *êthos* estatal: éste se carga unilateralmente de contenido económico<sup>123</sup> al tener que afrontar las consecuencias de la Revolución Industrial y el

<sup>118</sup> *Ibidem. Id.* P. 62. Marquard se apoya en Leisegang.

<sup>119</sup> Inglaterra ha tenido siempre la ventaja sobre el Continente, de que los electores controlan mejor a los representantes al ser mayoritario el sistema electoral. En el Continente, se impuso en cambio el sistema proporcional que refuerza la tendencia oligárquica. Al respecto, A. García -Trevijano, *Op. cit.*

<sup>120</sup> Vid. J. Lhomme, *La Gran Burguesía en el poder. 1830-1880*. Barcelona, Lorenzana 1965.

<sup>121</sup> «La historia del Estado moderno,...es la historia de una larga lucha por obtener lo que llama Weber el monopolio de la fuerza legítima”, cuya prerrogativa más alta consiste en el derecho-deber de establecer quiénes son los “enemigos”: aquellos contra los cuales la guerra será por tanto legítima». G. Miglio, *La regolarità della politica*, II. Milano, Giuffrè 1988. 31: “Guerra, pace, diritto”. Pp. 766-767

<sup>122</sup> *Ibidem. Id.*

<sup>123</sup> El régimen censitario es inequívocamente oligárquico. Escribe J. Baechler, : «El siglo XIX, en Europa y en sus trasplantes exóticos, se caracteriza por dos fenómenos extraños, en tanto extraños a la condición humana conocida hasta entonces: una tendencia a la pacificación interior y exterior y una transferencia de energía social sobre lo económico. La tendencia era tan fuerte que devino posible esperar el fin próximo de todo conflicto. La transferencia era tan masiva que lo económico invadía las conciencias y pudo operar como el fundamento último de todo». *Démocraties*. “Remarques liminaires”, p. 10. Esto significa un cambio fundamental en el régimen oligárquico al vincularse unilateralmente a la economía industrial como consumación de la transformación definitiva del antiguo poder político jurisdiccional. Precisaba Carl Schmitt: el Estado custodio del Derecho (*Jurisdiktionstaat*) (Fritz Kern) prevalece «en épocas de concepciones jurídicas estables y de propiedad consolidada, en el que la justicia está separada de lo Político o Estado»; el Estado Gubernativo (*Regierungstaat*) o Administrativo o, incluso «según la especie y la duración de la transformación, un Estado Legislativo parlamentario»...«El Estado legislativo (*Gestzgebungstaat*) es el vehículo típico de una era reformista-revisionista-

protagonismo de la historia, introducido por la revolución francesa en el pensamiento político.<sup>124</sup> Durante los dieciocho años que duró el régimen, estuvo en vigor un sistema censitario abierto teóricamente a todos pero monopolizado por la gran burguesía, muy cerrado en la práctica. Una causa principal era que los liberales en general y en particular los doctrinarios franceses inventores del Estado liberal de Derecho, recelaban de la extensión del derecho al sufragio.

Francia no había recuperado aún el nivel económico anterior a 1789 y la mayoría de los alrededor de veintiséis millones de habitantes eran campesinos vinculados a las antiguas dependencias más o menos feudales: al caciquismo, degeneración definitiva del feudalismo, que aparece en el tránsito de las sociedades campesinas a las industriales. Ciertamente que el censo, basado en la propiedad -de ahí el famoso *enrichissez-vous!* de Guizot-, se abrió a los talentos y ciertas profesiones. Con todo, los electores no llegaban a 500.000 al producirse la Revolución de 1848, en parte por esa causa unida al aburrimiento que suscitaba el régimen. Casi una implosión convertida en revolución.

Los revolucionarios introdujeron el sufragio universal y se cumplió lo que habían previsto los liberales: Luis Napoleón, de quien decía Tocqueville, «si hubiera sido un hombre de genio no hubiera sido jamás Presidente de la república», apoyado por las masas, deslumbradas en parte por tratarse del sobrino de Napoleón el corso, se hizo fácilmente con el poder absoluto en 1852 y acto seguido restauró nominalmente el Imperio de su tío. Una parte muy influyente de la gran burguesía era saintsimoniana, e impulsó el crecimiento económico. Una importante consecuencia fue el descrédito del liberalismo por su oposición al sufragio universal: a pesar de haberse confirmado sus celos, quedó tachado de aliado natural de la oligarquía.<sup>125</sup>

**27.-** La Gran Revolución había legitimado el gobierno oligárquico y bajo la Restauración y sobre todo bajo el régimen censitario de la Monarquía de Julio, prosperaron las ideologías anarquistas y socialistas, que salieron a la luz en 1848.<sup>126</sup> Esta revolución consolidó la separación de lo social, del orden social- de lo político, del orden político, y la preocupación directa por el orden de la sociedad como un todo,

---

evolucionista, equipada con programas de partido, que trata de realizar el “progreso” mediante leyes justas, de un modo legal-parlamentario». Tras este Estado, afirmaba Schmitt, «hallamos menos un *êthos* que un gran *pathos*». «El Estado Administrativo (*Verwaltungsstaat*) puede apelar a la necesidad objetiva, a la situación real, a la fuerza coercitiva de las relaciones, a las necesidades de la época y a otras justificaciones no basadas en normas, sino en situaciones fácticas...encontrando «su principio existencial en la conveniencia, en la utilidad...». *Legalidad y legitimidad*. Madrid, Aguilar 1971. Pról. pp. 11-13.

<sup>124</sup> Vid. H. Arendt, *Op. cit.* Pp. 18ss.

<sup>125</sup> Cuando la opinión pública decae, está manipulada, o no existe, irrumpen poderes indirectos, particulares, que usurpan el poder público, un poder impersonal, el de la “gente” decía Ortega, y se intensifica la oligarquización. La oposición de los liberales se fundaba en que el poder público refleja o representa la opinión pública, de la que desconfiaban dadas las circunstancias francesas: su defensa del principio censitario no era ideológica sino prudencial. Su pecado consistió en que, excesivamente dependiente el régimen de la gran burguesía, el censo no aumentó significativamente a lo largo de los dieciocho años. Con el sufragio universal, se apoderó del poder público un poder particular. Para todo esto, L. Díez del Corral, *El liberalismo doctrinario*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos 1956. Cf. las observaciones de M. Fioravanti sobre los liberales y el Estado en *Los derechos fundamentales*. Madrid, Trotta 2007. 3.

<sup>126</sup> En este momento, la revolución se hizo social, como advirtiera Lorenz von Stein en 1842, en su famosa *Geschichte der sozialen Bewegung in Frankreich von 1789 bis auf unsere Tage*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft 1972.

pasó a ser la dominante.<sup>127</sup> La revolución marxista socialdemócrata, cuyo heraldo fue el *Manifiesto comunista* de Carlos Marx, estaba destinada a ser la visión preponderante del orden social, aunque en Francia tuvo más importancia la proudhoniana hasta después de la Gran Guerra.

Marx captó la naturaleza oligárquica del Estado, la utilización de sus estructuras por la burguesía como instrumento de dominación, y, haciendo suyas las críticas liberales y conservadoras, propuso sustituirlo por la dictadura del proletariado hasta completar el proceso revolucionario con la desaparición de las clases y, con ellas, de todo rastro de la oligarquía. Ahora bien, la dictadura del proletariado (concepto que, a decir verdad, Marx no elaboró, pero veía que, dada la situación, era la única vía hacia la democracia) tenía que ser un gobierno oligárquico, por muy transitorio que fuese. Lenin haría luego del partido como “vanguardia del proletariado”, el órgano oligárquico de esa dictadura. En lo que interesa ahora, se introdujo así el nuevo concepto de dictadura revolucionaria que, unida a la utilización de la historia (la interpretación económica de la historia) como arma política, constituye la causa principal de los equívocos en torno a esa forma del gobierno. Doctrinalmente es una suerte de dictadura impersonal cualitativamente distinta de la concepción tradicional de la dictadura como dictadura personal de carácter comisorio para restablecer el orden, es decir, en principio limitada y a término, característica esta última que no se daba en las Monarquías absolutas, que, como se ha recordado antes, eran dictaduras comisarias permanentes al ser hereditarias.<sup>128</sup>

**28.-** En Alemania, el *Rechtsstaat* surgió a partir del *Polizeistaat*, como una evolución de las patriarcales Monarquías absolutas luteranas.<sup>129</sup> La doctrina del Estado de Derecho alemán fue articulada principalmente por Robert von Mohl y Julius Stahl, a quien se debe por cierto la doctrina de la Monarquía Constitucional. Su desarrollo ulterior, inspirado por el también conservador Lorenz von Stein, otro de los maestros de Marx, acabará diferenciando la socialdemocracia en la versión marxista revolucionaria antiestatista y en la legalista reformista o evolucionista que acepta el constitucionalismo y el *Rechtsstaat*.

Sucintamente: la idea del Estado de Derecho, la organización mediante las leyes del aparato estatal depositario del poder político, estaba ya en el *Leviathan* de Tomás Hobbes. Para Hobbes, escribe A. de Muralt, «la ley, es un precepto que extrae su poder obligatorio [como un deber moral], no de la bondad de lo que prescribe, sino de la voluntad y la autoridad de quien la instituye».<sup>130</sup>

<sup>127</sup> Cf. J. Donzelot, *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques*. París, Fayard 1984. Tocqueville, testigo de la revolución del 48, dio fe con su famoso discurso en la Asamblea nacional contra el derecho al trabajo. La separación entre lo social y lo político motivó también el todavía más famoso *Discurso sobre la dictadura* de Donoso Cortés. La tecnocracia, que privilegia lo económico frente a lo social, acentúa la absurda separación entre lo político y lo social añadiendo la separación de lo económico. La política, parte de la ética, es omnicompreensiva. Con la famosa frase de Ortega, es “la piel de todo lo demás”.

<sup>128</sup> Vid. C. Schmitt, *La dictadura*.

<sup>129</sup> Para esto, E. Bussi, *Evoluzione storica dei tipi di Stato*. Milán, 3ª ed. Giuffrè 2002.

<sup>130</sup> *La estructura de la filosofía política moderna*. Madrid, Istmo 2002 II, p. 83. Muralt cita a continuación el párrafo de *De cive* en el que afirma Hobbes: «la ley no es un consejo sino un mandato que se define así: la ley es el mandato de aquella persona (hombre o asamblea) cuyo precepto contiene la razón de la obediencia. De forma que los preceptos de Dios a los hombres, del Estado a los ciudadanos y, en general, de todos los poderosos a los que no pueden ofrecer resistencia, se han de llamar sus leyes....Cumplir lo que se ordena por ley es un deber». Tal es la naturaleza de la Legislación en contraste con la del Derecho.



En general, tras la revolución francesa, la teoría del Estado como Estado de Derecho resultó de combinar *l'État liberal bourgeois de Droit* francés, asentado en la *Nation* (Política), titular de la soberanía en el sentido ascendente, con el *Rechtsstaat* alemán, asentado en el *Volk*, cuya soberanía en el sentido descendente ostentaron el Monarca, el Parlamento de Weimar, el *Führer*, y desde la Ley Fundamental de Bonn los partidos (*Parteienstaat*). En el Estado de Partidos, decía G. Leibholz, presidente del Tribunal Constitucional, desaparece la representación, a fin de integrar a las masas en el Estado. Es una concepción próxima a la teoría del Estado de Rudolf Smend (o inspirada por ella), según la cual la estatalidad es una forma de integración, idea de indudables raíces luteranas.<sup>131</sup> Por eso, reducía la separación de poderes, que es un freno a la oligarquía, a mera separación de funciones si bien consideraba que los jueces no eran órganos políticos.<sup>132</sup>

Dos observaciones: la primera, la diferencia entre el *êthos* del Estado de Derecho francés y el alemán: *l'État-Nation* es de origen laicista aunque puede quedarse en laico, mientras el origen del *Volkstaat* es el Estado-Iglesia luterano; la segunda se refiere a que el Parlamento, la cabeza visible de la oligarquía, es consustancial en ambos casos al Estado de Derecho o *Rechtsstaat*. Pero en Alemania, donde Bismarck lo llamaba despreciativamente “la casa de las frases”, de hecho sólo desde la Ley de Bonn, salvo el breve paréntesis de la Constitución de Weimar en la entreguerra anterior a Hitler.

**29.-** E. Denninger titula un interesante libro el “Leviatán domado”,<sup>133</sup> expresión que alude al Estado de Derecho del liberalismo. La doma no impide que la expresión “Estado de Derecho” sea un pleonasma ingenuo, pues, aparte de que el aparato estatal es el soporte ideal de la oligarquía por el terror que inspira su existencia debido a su solidez y su fuerza -«*non est potestas super terram, qua comparatur ei*», decía Hobbes,<sup>134</sup> la experiencia demuestra que todo Estado, incluidos el Soviético, el Nacionalista y otros por el estilo, sólo puede existir y funcionar como Estado de Derecho. La crítica del pleonasma<sup>135</sup> ha comenzado a derribar el mito, o la superchería, del Estado de Derecho y se habla cada vez más del Estado Constitucional, como si cambiando el nombre mejorase la cosa. “Estado Constitucional” presupone que la Constitución expresa los valores sociales objetivos del momento, no los de la oligarquía. Escribía previsoramente Hegel en *La constitución de Alemania*:<sup>136</sup> «lo que ya no puede concebirse ha dejado de

<sup>131</sup> En la teoría de la integración de Smend influyó sin duda su preocupación por la integración armoniosa de la Alemania católica y la luterana en el Estado (un problema que había inspirado la teoría de Hegel del *Rechtsstaat*). Vid. los artículos de Smend sobre tema religioso recogidos en *Staatsrechtliche Abhandlungen*. Berlin, Duncker & Humblot 1968.

<sup>132</sup> Aunque no se ocupa de la ley de hierro, conserva su interés el librito de W. Hennis sobre la anterior República Federal Alemana, *Die missverstandene Demokratie. Demokratie, Verfassung, Parlament. Studien zu deutsche Problemen*. Friburgo de Brisgovia, Herder 1973.

<sup>133</sup> *Der gebändigte Leviathan*. Baden-Baden, Nomos 1990.

<sup>134</sup> Vid. M. Revelli *La política perdida*. 1. pp. 26ss. «El papel de la fuerza, incluso en los Estados democráticos más avanzados, es realmente más constante y más notable de lo que los demócratas más sentimentales quisieran admitir». E. H. Carr, *op. cit.* 13, p. 290.

<sup>135</sup> «Como ha denunciado Hayek, dice Angelo Panebianco, prueba de la irreversible perversión del ideal (además de la práctica) del Estado de Derecho es el hecho de que, a cualquier mandato burocrático se le revista todavía de la pompa y la majestad de la ley, sin que ello suscite especial oposición, con tal que lo emita un Parlamento». *Op. loc. cit.* Vid. la crítica del pleonasma y sus derivados por A. García-Trevijano en *Op. cit.*, II, pp. 330ss.

<sup>136</sup> Madrid, Tecnos 2010.

existir», pero «la expresión sigue empleándose sobre todo con el fin de legitimar el poder político y burocrático».

Por otra parte, hay que distinguir desde Hobbes entre el Estado y la Sociedad, en la que media entre ambos una fracción de la sociedad, la sociedad política.

*La sociedad política*, un concepto de Gramsci, la constituyen en principio la burocracia y los partidos, definidos por von Stein como la vía por la que la sociedad civil penetra en el Estado a través de la representación. Sin embargo, con el tiempo, la sociedad política se ha identificado con el Estado e, inversamente a su concepto, ha llegado a ser la vía por la que el Estado penetra en la sociedad civil a través de los partidos, que, consensuados entre sí a efectos de patrimonializar el Estado, colonizan la sociedad civil apoyándose en la burocracia. Junto a otros organismos como los sindicatos, doctrinalmente intermediarios, los partidos políticos se han constitucionalizado de hecho o de derecho como órganos estatales, especialmente en el Estado de Partidos, predominante en Europa. Muchas cosas fundamentales dependen del grado en que la sociedad política esté separada oligárquicamente, o no, del Estado.

Los partidos son oligárquicos internamente y cuando son de hecho o de derecho órganos estatales, se comportan oligárquicamente frente a los representados, pues en modo alguno son inmunes a la ley de hierro. Es un tema muy estudiado a partir de Gaetano Mosca en 1884, Robert Michels en 1911, Moisei Ostrogorski en 1912<sup>137</sup> y Wilfredo Pareto en 1917. Estos cuatro autores pusieron en claro ese rasgo fundamental de los partidos y, sin insistir en ello, la naturaleza trascendental de la oligarquía, destacada en cambio por Fernández de la Mora.<sup>138</sup> A estos escritores podrían añadirse Schumpeter, James Burnham, el historiador E. H. Carr, etc. Escribe este último: «El Estado debe estar basado, igual que otras sociedades, en algún sentimiento de intereses y obligaciones comunes entre sus miembros [el consenso social, que no es lo mismo que el consenso político que une a las oligarquías separándolas del pueblo]. Pero la coerción es ejercida regularmente por un grupo gobernante para obligar a la lealtad y a la obediencia y esta coerción supone inevitablemente que los gobernantes controlan a los gobernados y les “explotan” para sus propios propósitos».<sup>139</sup>

**30.-** El jurista político Mosca afirmaba en sus *Elementos de ciencia política* (1884) que el poder verdadero y real reside en todas las formas de gobierno, en una minoría dirigente «y aun admitiendo que el descontento de las masas llegara a destronar a la clase dirigente, aparecería necesariamente en el seno de la misma masa otra minoría organizada que pasaría a desempeñar el oficio de dicha clase. De otro modo, sería destruida toda organización y toda estructura social».<sup>140</sup>

El sociólogo Pareto reiteró la misma idea en su *Tratado de sociología general* (1917): «con sufragio universal o sin él, de hecho siempre gobierna una oligarquía». Añadió empero a la clase política, en la que distinguió los “zorros” de los “leones” utilizando la metáfora de Maquiavelo, las diversas élites que pululan inevitablemente en torno a ella. Al efecto, expuso una teoría muy interesante sobre la vida de las élites u oligarquías,

<sup>137</sup> *La democracia y los partidos políticos*. Madrid, Trotta 2008.

<sup>138</sup> Cf. para todo esto G. Fernández de la Mora en *La partitocracia* y “La oligarquía, forma trascendental de gobierno”. *Revista de Estudios Políticos*. Nº 205 (1976).

<sup>139</sup> *Op. cit.* 7, p. 150.

<sup>140</sup> Antología de esa obra preparada por N. Bobbio sobre la ed. de 1939, editada con el título *La clase política*. México, Fondo de Cultura 1984. II, 12, p. 108. Sobre Mosca, E. A. Albertoni, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*. México, Fondo de Cultura 1992.

que acaban enrocándose, cristalizándose; devienen “élites extractivas”, dice ahora Daron Acemoglu. Cristalizadas, confunden la sociedad política con el Estado, separándose de la sociedad civil como si fuesen dos mundos distintos.<sup>141</sup> La sociedad política da lugar entonces a lo que llama García-Trevijano una “sociedad aparente”, como es evidente en el caso del Estado de Partidos.<sup>142</sup>

En relación con la democracia, llegó Pareto a una conclusión pesimista parecida a la de Rousseau, quien negaba *avant la lettre*, la posibilidad de que el pueblo como un todo ejerza la soberanía, uno de los grandes mitos modernos. Decía Pareto: «la democracia, tomando el término en sentido estricto, ni ha existido ni existirá jamás. Es contra el orden natural que gobierne el gran número y que los pocos sean gobernados». «En la práctica, con o sin sufragio universal, es siempre una oligarquía la que gobierna y quien sabe dar a la ‘voluntad del pueblo’ la extensión que desea, desde la ley regia que daba el ‘imperium’ a los emperadores romanos, a los votos de la mayoría de una asamblea elegida de diversas formas, al plebiscito que dio el imperio a Napoleón III, etc., hasta el sufragio universal sabiamente guiado, comprado, manejado por nuestros ‘especuladores’». <sup>143</sup>

El pueblo como tal nunca ha sido soberano ni podrá serlo más que imaginariamente. La soberanía popular es un mito. A lo sumo, será la mayoría del pueblo a menos que se aplique la paradoja de la libertad. Y en todo caso, la voluntad del pueblo es la de los políticos influidos por los grupos de interés, los lobistas profesionales y los activistas. Afirmar que *debe ser* el soberano no quiere decir que lo sea; es incurrir en la “falacia naturalista” denunciada por Moore.

Una prueba es que el mismo Rousseau formuló para remediarlo, en el *Contrato social*, la citada “paradoja de la libertad”, antecedente de la corrección política, que, decía E. Jünger,<sup>144</sup> incita a emboscarse en el sistema de poder a quienes quieran permanecer libres. Pues, según esa célebre paradoja, se obliga al discrepante a ser libre, dado que la perfección de la mítica *volonté générale*, sugerida por la teología ocasionalista de Malebranche, radica en su uniformidad. Quizá por ser una tesis imaginativa, Rousseau no dice nada sobre el modo concreto de conseguirlo. Pero “las guerras del pueblo” de la revolución francesa, fueron ya posibles gracias a la conscripción forzosa. Otro mito de la democracia es su pacifismo. El pacifismo democrático es siempre contra algo o alguien, como se ve paladinamente todos los días.

**31.-** En conclusión, el gobierno perfecto, el régimen perfecto, la Constitución perfecta, la Ciudad ideal, que es el fin de la religión democrática como trasunto político de la *Civitas Dei* agustiniana, es una utopía. El pensamiento utópico es imposible como prueban los hechos y un modo de pensamiento de mal gusto, decía Jouvenel, puesto

<sup>141</sup> De Pareto, *Forma y equilibrio sociales*. Madrid, Revista de Occidente 1966, y Madrid, Minerva Ediciones, 2010. *Escritos sociológicos*, Madrid, Alianza 1987. Sobre Pareto, F. Borkenau, *Pareto*. México, Fondo de Cultura 1978.

<sup>142</sup> Escribe García-Trevijano: la sociedad aparente se rige por dos principios: el de la sustitución de la verdad por una ficción sistemática al estilo de la filosofía del como sí de Vaihinger -como si la representación fuese auténtica, como si hubiese libertad política, como si hubiese democracia,...- y la imposición de la norma social de salvar o guardar las apariencias; por ejemplo, la corrección política. *Op. cit.* II, p. 241.

<sup>143</sup> *Forma y equilibrio sociales. Selección*, (Trad. Jesús López Pacheco), P. 192.

<sup>144</sup> *La emboscadura*. Barcelona, Tusquets 1983.

que, para escaparse de la ley de hierro elude la realidad. En virtud de esa ley, el gobierno y el régimen político perfectos ni siquiera pueden postularse como futuribles. La obstinación en conseguirlos pertenece a la que llamaba Michael Oakeshott la *política de la fe*,<sup>145</sup> cuya última ocurrencia es cambiar la naturaleza humana, el meollo de la “cuestión antropológica” suscitada por fanáticos de la religión democrática, que sustituyen con ella la anticuada “cuestión social”,<sup>146</sup> que es posible resucite con la grave crisis económica.

La *política realista* es la que el mismo pensador llamaba la *política del escepticismo*, o, parodiando al relativista postmoderno Zagrebelsky, la política de la duda.<sup>147</sup> Como la ley de hierro de la oligarquía es trascendente e inexorable al ser una ley de la naturaleza humana, los problemas políticos no tienen solución: sólo cabe el compromiso.<sup>148</sup> Las “soluciones” de problemas políticos son impolíticas o antipolíticas, pues, en el mejor caso, el de las dictaduras comisarias, éstas no son propiamente políticas, en tanto cualquier forma de dictadura presupone la puesta entre paréntesis de la libertad política. En principio, la dictadura es por eso impolítica. Mas, justamente por ello es intensamente política, ya que sus decisiones para poner fin a la situación excepcional alteran el orden jurídico. Por ejemplo, frenando *manu militari* a la oligarquía, reconduciéndola hacia el bien común o el interés general o imponiendo provisionalmente la *solidaridad* como un sucedáneo de la amistad y el consenso civil o social que obliga a la confianza. “Los pensadores laicistas de la Tercera República, conociendo la persistencia de la comunidad de amor cristiana en el solidarismo francés, le atribuyeron a la idea de solidaridad el significado de la caridad cristiana secularizada”, decía Voegelin en su opúsculo *Die politische Religionen*.<sup>149</sup>

El único remedio normal frente a la oligarquía, más bien un paliativo, es la *política del justo medio* (el *mesotés* de Aristóteles). Esta política suscita cierto optimismo dentro del pesimismo escéptico consistente en que la libertad política de la democracia -la mayoría-, limite el poder de las oligarquías -las minorías- mediante el peso de los números por dos medios: controlando a los representantes y a la sociedad política y promocionando electoralmente la movilidad política y social que impida la cristalización de la sociedad política y de las élites en castas. Montesquieu, otro típico representante de la tradición del *juste milieu*,<sup>150</sup> añadió la división del poder mediante

<sup>145</sup> *La política de la fe y la política del escepticismo*. México, Fondo de Cultura 1998.

<sup>146</sup> «La cuestión social, ha escrito Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate* (& 75), se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica».

<sup>147</sup> *Contra la ética de la verdad*. Madrid, Trotta 2010. Este autor habla en realidad de la ética de la duda.

<sup>148</sup> Vid. B. de Jouvenel, *La teoría pura de la política*. Madrid, Revista de Occidente 1972. Las oligarquías se alían en el consenso *político* para enmascarar sus intereses como si fuesen los del consenso social, y disfrazar sus actos como convenientes para el pueblo. El consenso político, la alianza de los partidos políticos formando un bloque es profundamente inmoral y corruptor, pues toda alianza va contra alguien; en este caso, el pueblo. Ernst Gellner observa que hace que sea más importante el control legítimo de la educación -con el añadido de la propaganda y el control de la información-, que el “monopolio legítimo de la violencia”. Falsifica la voluntad de los representados, que descansa en el consenso social. En contraste, el compromiso político, que es lo propio de la política, consiste en «una coordinación de moralidad y poder» (E. H. Carr).

<sup>149</sup> Munich, 2ª ed. Wilhelm Frank 1996.

<sup>150</sup> De acuerdo con Marquard, la política del escepticismo sería una consecuencia de la filosofía de la finitud: el hombre es un ser finito. Aceptando la realidad, el escepticismo troca el pesimismo en un moderado optimismo. (*Op. cit.* Pp. 17 ss. y 62). Encajaría en el realismo de la *Weltanpassung*, la adaptación al mundo de Max Weber, cit. por Portinaro (*Op. cit.* P. 17), inclinada al compromiso,

la tajante separación de las tres potestades supremas según la fórmula aludida *le pouvoir arrête le pouvoir*,<sup>151</sup> y la existencia de poderes *sociales en la sociedad civil* libres e independientes, institucionalizados como formas de autogobierno intermediarias entre ella y el poder político.<sup>152</sup>

**32.-** La democracia política, si es en verdad política, presupone la igualdad natural de todos ante la ley, la separación de los poderes *en su origen* (no en el Estado o Gobierno),<sup>153</sup> decisiva en la democracia moderna como observaron los autores norteamericanos de *El federalista*,<sup>154</sup> y la representación como ejercitación de la libertad política -que no se reduce obviamente al rutinario derecho a votar-, garantizada mediante leyes que presupongan esa separación. Sin embargo, sobre todo allí donde reina el parlamentarismo, la igualdad natural de todos ante la ley está falsificada por la ingente cantidad de leyes y medidas detallistas: aparte de ser desconocidas por la mayoría de los ciudadanos, que corren el peligro de que se les apliquen cuando le interese al poder o a alguien que relame su aplicación en su beneficio, al privilegiar a unos en detrimento de otros, estos últimos reclaman a su vez nuevas leyes compensatorias y la Legislación crece indefinida y anárquicamente.

La división de poderes es ilusoria en el parlamentarismo: el Parlamento depende del ejecutivo y la representación es nula dado que se prohíbe el mandato imperativo y se les sustrae a los representados la libertad de controlar directamente a los representantes. Prevalece además el sistema electoral proporcional, caldo de cultivo de la partidocracia.

<sup>151</sup> Montesquieu separó el legislativo, el ejecutivo y el judicial, aunque consideraba que, en puridad, este último no es un verdadero poder político, pues representa la supremacía del Derecho: es autoridad. Hobbes, quien distinguía el poder tributario, el legislativo y el ejecutivo, creía que se destruían entre sí; Locke distinguía el legislativo, el ejecutivo y el federativo; Bejamín Constant añadió sin mucho éxito, resucitando en cierto modo a Cicerón, César y Augusto, el poder neutro para justificar la Monarquía. Vid. A.C. Pereira Menaut, *Op. cit.* 4, pp. 147-164. La no mención del judicial por los autores ingleses se debe a la peculiar posición de los jueces en relación con el *Common-law*, que, continuando la tradición medieval de la *omnipotentia iuris*, prevalece -o prevalecía- sobre la política. Es significativo, que «el concepto Estado de Derecho no existe verdaderamente ni en el Reino Unido ni en los Estados Unidos: la expresión *rule of law*, que es allí la equivalente, refleja de hecho un pensamiento diferente. La *rule of law* es el reino del derecho», que prevalece sobre lo Político -el *Government*, no el Estado- y la política y «al que está sometido el Estado igual que todo sujeto de derecho». L. Cohen-Tanugi, *La métamorphose de la démocratie*. París, Odile Jacob 1989. IV, p. 120. *Los statute law* no son Legislación, sino una forma de aclaraciones del *Common-law*.

<sup>152</sup> Las formas principales de autogobierno son la familia, las asociaciones de la sociedad civil y el municipio (Cf. J. Althusio *La Política metódicamente concebida e ilustrada con ejemplos sagrados y profanos*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales 1990). La Monarquía Absoluta socavó las libertades comunales y la revolución francesa lo consumó; el Estado de Derecho regula las asociaciones libres y, en el siglo XX, comenzó el aniquilamiento de las libertades de la familia, intensificado por los sistemas fiscales socialdemócratas y, recientemente, por la recepción en la esfera política de la ideología de género y sus variantes. El único contrapoder institucional que subsiste en Occidente es la Iglesia, confusa y muy mermada también por la acción del poder político y la influencia del modo de pensamiento ideológico. De hecho, ha perdido la *auctoritas* al no ejercerla, como si prefiriese a los poderosos a pesar de su doctrina social.

<sup>153</sup> La desmitificación del pensamiento político moderno suscita un problema que no cabe abordar ahora: desde el punto de vista de la *omnipotentia iuris*, ¿tiene algún sentido el “poder” legislativo?

<sup>154</sup> A. Panbianco dedica el cap. V del libro citado a esta cuestión. Omite (como es habitual), que la primera y más radical división de poderes es entre el poder (autoridad) espiritual y el poder temporal. Quizá porque la Iglesia renunció a la autoridad con la teoría de Bellarmino de la *potestas* indirecta de la Iglesia sobre el Estado, ambos como sociedades perfectas. ¿Es la Iglesia una sociedad? El Estado, ¿es una sociedad y además perfecta?

Es el sistema que conviene a las oligarquías. Como advirtió el mismo Rousseau, «en el instante en que un pueblo se da representantes, ya no es libre; no lo es en absoluto».

## DESMITIFICACIÓN DE LA DEMOCRACIA<sup>155</sup>

1.- A Proudhon, la *bête noire* de Donoso Cortés, le inquietaba que detrás de cualquier problema político se escondiese siempre una cuestión teológica. Y como respondiéndole, decía Tocqueville casi al mismo tiempo: «no hay ninguna acción humana, por muy rara que sea, que no nazca de una idea muy general que los hombres han concebido de Dios, de sus relaciones con el género humano, de la naturaleza de su alma y de sus deberes hacia sus semejantes. No podemos evitar que esas ideas sean la fuente común de la que proviene todo lo demás»<sup>156</sup>.

Antes de la revolución francesa, la *auctoritas* de la Iglesia interpretaba la moral, que guía al hombre interior, custodiaba el *êthos* de los pueblos e influía a su través en la *potestas*, propia de la política, asunto del hombre exterior. Pero la revolución invirtió la relación entre la autoridad espiritual y el poder temporal: el poder político se arrogó la *auctoritas* y subordinó la Iglesia a la *potestas*. El Estado pasó al primer plano y la política empezó a sustituir a la religión. De ahí la mitificación de la democracia, un concepto puramente político, que ha llegado a adquirir un carácter artificialmente religioso, como si lo trascendente, limitado “al más acá” (Habermas), fuese la política.

2.- Decía Niklas Luhmann desde un punto de vista *estrictamente sociológico*: «la religión no soluciona problemas específicos del individuo sino que cumple una función social». Pues si «para los hombres individuales es prescindible, no lo es, sin embargo, para el sistema de comunicación llamado sociedad». La religión es una realidad natural, un presupuesto o dato empírico. Concluye Luhmann: «cualquiera que sea el modo en que se determine esa función y pueda derivarse de ella la posibilidad o incluso la problemática del proceso de diferenciación funcional, no existe otra prueba científica de la imprescindible de la religión».<sup>157</sup>

Otro reputado sociólogo, Peter L. Berger, describía la concepción de la religión de Th. Luckmann adscribiéndose a ella, como «la capacidad del organismo humano para trascender su naturaleza biológica a través de la construcción de universos de significación que son objetivos, imponen una moral y abarcan todo».<sup>158</sup> El mundo del hombre es un “mundo abierto” construido por él mismo, y la religión, que postula un cosmos sagrado, es «la empresa humana por la que se establece un cosmos sacralizado».<sup>159</sup>

Lo esencial de la cuestión consiste en que la religión fija, conserva e incluso depura el carácter o moralidad colectiva, el *êthos* al que deben su personalidad los pueblos, las naciones, las culturas y las civilizaciones.<sup>160</sup> De ahí la metáfora de Marx la religión el opio del pueblo.

<sup>155</sup> Este texto ha sido publicado en *Razón Española: Revista bimestral del pensamiento* N° 163 (enero-febrero 2014). Pero, por error, un texto sin corregir. Ponencia presentada en el Aula Política del Instituto de Estudios de la Democracia de la Universidad CEU San Pablo, en el ciclo de conferencias 2013-2014.

<sup>156</sup> A. de Tocqueville, *Sobre las religiones. Cristianismo, hinduismo e islam*. (J.-L. Benoît, ed.). Madrid, Encuentro 2013. Pp. 27-28.

<sup>157</sup> *Sociología de la religión*. Barcelona, Herder 2009. IV, VIII, pp. 281-282.

<sup>158</sup> *Para una teoría sociológica de la religión*. Barcelona, Kairós 1967. Ap. I, p. 244.

<sup>159</sup> *Ibidem*. I, p. 46.

<sup>160</sup> «La religión legitima las instituciones sociales otorgándoles un *status* ontológico válido en última instancia, es decir, colocándolas dentro de un marco de referencia cósmico y sagrado». «Sirve para

3.- Decía también Tocqueville: «a mi entender, dudo que el hombre pueda hacer frente a la vez a una completa independencia religiosa y a una total libertad política y me inclino a pensar, que si no tiene fe ha de ser siervo, y si es libre ha de creer».<sup>161</sup> Eso explica la proliferación de religiones *Ersätze* o sustitutorias de las religiones auténticas, que son trascendentes hacia el más allá, en épocas de crisis de las religiones tradicionales, que suelen coincidir con crisis de la civilización.

Como haciéndose eco del *dictum* de Marx, Voegelin llamaba religiones políticas y Raymond Aron y otros muchos religiones seculares, a las religiones *Ersätze* que son las ideologías, los nuevos opios del pueblo nacidos a consecuencia de la absorción de la *auctoritas* por el poder político conforme al famoso *dictum* de Hobbes al construir el mito del Estado<sup>162</sup> como el dios mortal: *auctoritas non veritas facit legem*. No obstante, dado que su ídolo es el Estado,<sup>163</sup> quizá sea mejor llamarlas con Emilio Gentile religiones de la política, cuyos fines son, a la verdad, más morales que religiosos en sentido propio al pretender dirigir coactivamente la conducta: la moral laicista como religión. No es, pues, extraño, que la palabra democracia, de la que se ha apoderado el modo de pensamiento ideológico, suene hoy a religión y teología, como cuando se dice o escribe enfáticamente y en abstracto, con unción religiosa, “en democracia”, al suprimir el artículo determinado: la democracia el nuevo cielo de la nueva tierra del *Apocalipsis*.

La alusión al libro sagrado no es una licencia retórica o una ironía escéptica. La implantación del Reino de Dios en la tierra mediante la política, fue una idea introducida por grupos de calvinistas puritanos, muy activos en la revolución inglesa de 1640-1649, inspirándose en el *Apocalipsis* y el *Antiguo Testamento*. Apoyándose en el *Nuevo* -“Mi Reino no es de este mundo”-, Hobbes concibió contra ellos la teoría mítica del Estado como *deus mortalis*. La politización a consecuencia de la inversión de la relación entre la *auctoritas* y la *potestas*, se sirve del lenguaje religioso, como advirtió Carl Schmitt precisamente en el caso Hobbes, para dar alguna concreción a sus abstracciones. Y quien impone el lenguaje, impera.

En el mismo sentido, el objeto del modo de pensamiento ideológico, un producto de la sustitución de la religión por la política, es según Carlos Marx, uno de los grandes ateólogos, *die wahre Demokratie* (la verdadera democracia), que identificaba con el comunismo, la realización profana del Reino de Dios en la Tierra.

Todas las religiones seculares o de la política,<sup>164</sup> que derivan de ese modo de pensamiento, tienen *en arriére pensée* o confiesan tenerlo este seductor objetivo

mantener la realidad de este mundo socialmente construido, dentro del cual existen los hombres y transcurre la vida de cada día». *Ibidem*. II, pp. 57 y 71. Esto vale para cualquier religión.

<sup>161</sup> *Ibidem*. *Id.*

<sup>162</sup> «La hipótesis contractual para explicar la fundación del Estado es absurda», escribía lapidariamente Jacobo Burckhardt. *Reflexiones sobre la historia universal*. México, Fondo de Cultura 1961. II, 1, p. 71. La frase vale también para la Sociedad, el otro gran mito con el que Hobbes sustituyó al pueblo. Cf. las interesantes consideraciones de H. Kliemt sobre el contractualismo en *Filosofía del Estado y criterios de legitimidad*. Buenos Aires, Alfa 1979.

<sup>163</sup> «Cuando no existe autoridad en materia de religión, al igual que en los asuntos políticos, los hombres se asustan enseguida por el aspecto de esta independencia ilimitada. Esta perpetua agitación de todas las cosas les inquieta y les cansa. Como todo se agita en el mundo de las inteligencias, quieren al menos, que todo sea firme y estable en el orden material y, no pudiendo retomar sus antiguas creencias, se procuran un amo». A. de Tocqueville, *Op. cit.* P. 30.

<sup>164</sup> «Decir que la religión es una proyección humana no elimina lógicamente la posibilidad de que las significaciones proyectadas tengan un último *status* independiente del hombre». P. L. Berger, *op. cit.* Ap. II, p. 249.



ateiológico,<sup>165</sup> que, paradójicamente, diviniza el mundo democrático, cuya implantación definitiva profetizan *ad kalendas graecas*, cuando, modificada la conciencia según sus prescripciones, surja un hombre nuevo.<sup>166</sup> Se atribuye a Adolfo Hitler la frase, entre asombrado y aterrorizado, “¡he visto al hombre nuevo!”.

4.- Las abstracciones de la religiosidad política han socavado el sentido de responsabilidad, a medida que sustituyen a las religiones tradicionales en el plano de las ideas-creencias, y minado y subvertido la función política de la democracia. Si no se explica otra cosa, esta palabra hay que entenderla hoy como perteneciente al vocabulario de una atmósfera sacralizada. Que, a la verdad, para escépticos de la política,<sup>167</sup> no tiene nada de cosmos sagrado ni siquiera de mito para la acción política en el sentido de Georges Sorel. No se incurre en sacrilegio, si se afirma que la sacralización de la democracia es una superstición científicista.

El modo de pensamiento ideológico ha sacralizado la democracia como una suerte de teodemocracia. Descansa en el proyecto escatológico de los revolucionarios franceses de poner fin a la historia *natural* del hombre, una historia política, y comenzar la historia moral de la humanidad reconciliada consigo misma, contradictoriamente gracias a la política, a partir de 1779, el *Año Cero* de la Gran Revolución; que, precisamente por eso, sería más apropiado llamar la Gran Contrarrevolución contra la Historia *-en* la que vive el hombre- y contra la política, puesto que toda política es histórica.<sup>168</sup> Aparecieron entonces ideas democráticas. Pero como dice Paul Johnson, sólo empezaron a tomar cuerpo en Europa procedentes de Norteamérica a partir de 1815.

La democracia se fue incorporando al pensamiento ideológico, a sabiendas o inconscientemente, en el ambiente romántico, y en las revoluciones de 1848, “la revolución de los intelectuales”, salieron a la luz las ideologías, religiones de la política dirigidas por ellos como un nuevo *poder* espiritual en sustitución de la autoridad de la Iglesia.

Todas las revoluciones modernas son consecuencia de la Reforma protestante. La Reforma no era política sino eclesiástica, pero fue política por sus efectos, entre ellas la consolidación del Estado como una máquina de poder<sup>169</sup> al servicio de las dinastías. La primera en importancia fue la inglesa de 1640-1649, en la que había despuntado la idea de implantar el Reino de Dios en la tierra. Y tanto la Gran Revolución o

---

<sup>165</sup> *Atheos* significa sin Dios o sin dioses; *atheios*, sin lo divino. No deja de ser una paradoja, que la desdivinización del mundo sea propia del cristianismo, para el que sólo es sagrado el Dios bíblico por ser la máxima perfección y plenitud: “*Elohim el rahim*”, Yo soy el que soy (*Éxodo* 3,14. *Deuteronomio* 4, 35). La Religión de la Humanidad de Comte es sin duda la expresión más lograda de la desdivinización de la Naturaleza a cambio de divinizar la esencia del hombre: la Humanidad como el Gran-Ser.

<sup>166</sup> Vid. D. Negro, *El mito del hombre nuevo*. Madrid, Encuentro 2009

<sup>167</sup> Cf. M. Oakeshott, *La política de la fe y la política del escepticismo*. México, Fondo de Cultura 1998.

<sup>168</sup> «El hecho de que el Estado pretenda realizar directamente lo moral, cosa que sólo puede y debe hacer la sociedad, constituye una degeneración y una presunción burocrático-filosófica». J. Burckhardt, *Op cit.* II, 1, p. 80.

<sup>169</sup> Vid. C. Schmitt, “El Estado como máquina en Hobbes y en Descartes”. *Razón Española*. Nº 131 (mayo-junio 2005).

Contrarrevolución como las de 1848 y la rusa de 1917, etc., son secuencias políticas de la Reforma.<sup>170</sup>

**5.-** El gran laboratorio del pensamiento ideológico fue el París de la Restauración del que empezaron a expandirse por toda Europa a partir del 48 las religiones políticas, hasta convertirla en un continente exportador de ese modo de pensamiento.

Las ideologías fundamentales que vieron entonces la luz fueron la nacionalista y la socialista, que, en puridad, forman un solo género: el socialismo. Pues, *en la práctica*, todo nacionalismo es inevitablemente un socialismo de mayor o menor intensidad y todo socialismo es inevitablemente nacionalista con una intensidad mayor o menor. Depende de cada caso. Fichte lo explicó muy bien en *El Estado comercial cerrado*<sup>171</sup> y Stalin, un político pragmático, lo demostró al proclamar el socialismo en un solo país -la Unión Soviética-, desde el que, predicando la verdadera democracia, se extendería por todo el mundo.

El socialismo «significa ante todo y sobre todo un nuevo mundo cultural» -la nueva historia de los revolucionarios franceses-, caracterizado empero por su “indeterminación cultural”. Esto no obsta a que la lógica sea incapaz de convencer a un socialista,<sup>172</sup> pues el socialismo es para el creyente como el cristianismo u otra religión para sus fieles. Se diferencia de las religiones auténticas en este aspecto, porque para mantener la fe, invoca en última instancia la democracia en vez del cielo. Mas, precisamente a causa de su indeterminismo cultural, el socialismo democrático no es ya más que un estatismo que acoge el multiculturalismo y cualquier otra cosa que pueda alimentar la fe, y pone la cultura de las “sociedades complejas” (N. Luhmann) en manos de los medios de comunicación, donde prevalecen los que llama Alberto Buela “analfabetos locuaces”. Los muchos fieles socialistas que quedan, son en realidad estatistas “demócratas”.

Las ramas principales del socialismo, la religión política por excelencia, son: la socialista propiamente dicha, científicista, mecanicista y economicista, que antepone el socialismo al nacionalismo, y la nacionalista, que, más pragmática, organicista y política, subordina el socialismo a la realidad empírica de la nación mientras esta no haya sido subsuida por el Estado.<sup>173</sup>

**6.-** La socialista se dividió en otras dos: la revolucionaria marxista, dogmáticamente antiestatista, internacionalista y comunista, y la socialista evolutiva o socialdemócrata, que, prescindiendo como Stalin del internacionalismo por razones tácticas, prefiere la reforma sirviéndose del Estado: “el Estado es dios”, decía su fundador Ferdinand Lasalle como un eco de Hobbes, con la importante diferencia de que para el gran pensador era era

<sup>170</sup> Esta había sido la interpretación general hasta mediados del siglo XIX, cuando los historiadores, influidos por el modo de pensamiento ideológico, empezaron a prescindir de la religión para explicar la historia. Parece que se vuelve a tenerla en cuenta como uno de los factores determinantes.

<sup>171</sup> Madrid, Tecnos 1991.

<sup>172</sup> Cf. J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*. México, Aguilar 1961. 15, pp. 226-27 y 16, p. 229.

<sup>173</sup> En realidad, también por razones prácticas, por lo que sus rivales socialistas le acusan de oportunismo. El racismo es de hecho internacionalista, pues trata de ser dominante en todos los países. Goebbels dudaba si dentro de cincuenta años existirían todavía las naciones. Y por cierto, el multiculturalismo es una forma de internacionalismo que postula una nueva forma de racismo. Por ejemplo, las juventudes socialdemócratas suecas han pedido que se fomente la inmigración para acabar con la raza sueca mediante la mezcla de razas.

un dios mortal bajo el Dios inmortal y para la social democracia es el único dios, el dios absoluto.

De la socialdemocracia salieron otras dos tendencias: la leninista-estalinista, que reorganizó el marxismo revolucionario aceptando el Estado -Marx, decía Schumpeter, “no era un putschista”,<sup>174</sup> pero Lenin le “exaltó y ultramarxistificó”- como instrumento *sine qua non* de la política económica y la lucha por el socialismo, y la fascista: Mussolini, hombre culto, tuvo en cuenta a Lenin pero había leído a Fichte, y más político que social, subordinó el socialismo al Estado-Nación (“Todo en el Estado, nada fuera del Estado”). El nacionalsocialismo alemán, que dio prioridad a la metodología biologicista sobre la mecanicista, es una mezcolanza del economicismo socialdemócrata y leninista con la politización fascista.

El socialismo, decía Julien Freund en 1984, «es una construcción intelectual e incluso artificial, más o menos coherente, que, como tal, no está en condiciones de animarse por sí mismo».<sup>175</sup> Y la socialdemocracia, al quedarse como único socialismo o la modalidad dominante, ha hecho, para sobrevivir, de la legalización del aborto, al que ha añadido luego el matrimonio homosexual y otras cuestiones antropológicas típicamente “burguesas”, la prueba inequívoca de su calidad democrática.

En ese contexto, se configuraron las bioideologías tras la revolución culturalista de 1968. Las principales son la de género, la ecologista y la de la salud<sup>176</sup> -de las que son secuelas el trans- o posthumanismo y el animalismo de Singer y otros utilitaristas-, reduccionismos de la religión política cuyo cielo es la democracia utópica. Sus temas son por lo general desarrollos del ideario nacionalsocialista, que, discutiendo la legitimidad del hombre viejo, el hombre tal como es,<sup>177</sup> colorean el panorama ideológico actual.

Naturalmente, esto es un esquema, pues hay entrecruzamientos, mezcolanzas y matices, a veces importantes. Los principales elementos comunes a todas las variantes del socialismo -quietismos por su finalidad desde el punto de vista de la historia de las herejías-, son el científicismo -la utilización ideológica de la ciencia-, el mito del hombre nuevo, el movimiento hacia el comunismo como *die wahre Demokratie* y la utopía, consustancial al modo de pensamiento ideológico, cuyo cielo es la democracia. De ahí que la política se haya hecho ingenieril, con especialidades como la ingeniería del desarrollo, la ingeniería social, la ingeniería de las almas, etc.

**7.-** La democracia política enraizó por primera vez en Norteamérica tras la rebelión victoriosa contra los ingleses, después de algunas dudas sobre si la República, concebida según la idea romana, debiera ser aristocrática o democrática. Ranke, el padre de la historia basada en la documentación rigurosa, observó que el ejemplo norteamericano fue el acicate de las ideas republicanas y democráticas en Europa. No obstante, tropezaron aquí con innumerables obstáculos históricos, que la Gran Revolución no supo, no quiso o no pudo eliminar. En realidad añadió otros como el parlamentarismo y el modo de pensamiento ideológico, que son las mayores barreras sino la principal, a la

<sup>174</sup> «Efectivamente, comentaba Bertrand de Jouvenel, nada es más contrario a la teoría científica de Marx, que la apelación a la fuerza antes que haya madurado la fruta del desarrollo capitalista». *Los orígenes del Estado moderno. Historia de las ideas en el siglo XIX*. Madrid, Magisterio Español 1977. XV, p. 338.

<sup>175</sup> *El fin del Renacimiento*. Buenos Aires, Ed. Belgrano 1981. 3, p. 60.

<sup>176</sup> Vid. D. Negro, *El mito del hombre nuevo*.

<sup>177</sup> Cf. R. Bague, *Le propre de l'homme. Sur une légitimité menacée*. París, Flammarion 2013.

democracia política, cuyo principio, como había establecido Platón, es la libertad política o colectiva.

La democracia había tenido mala prensa desde los tiempos griegos. En la pequeña Atenas, que es el modelo, 7.000 o 15.000 ciudadanos de una población total de 300.000 o 400.000 practicaban la democracia directa, protegida por Pericles. Al morir éste general de talante liberal, empezó a decaer y fue objeto de numerosas críticas. Por eso, siempre se consideró imposible en Europa. Aparte de otros obstáculos como el estado aristocrático de la sociedad, que limitaba el concepto de pueblo en sentido político a una minoría, resultaba inconcebible en territorios más grandes y poblados que las pequeñas Poleis o ciudades griegas. Hubo ciertamente precedentes, como la democracia de las ciudades castellanas entre el Duero y el Tajo según Sánchez Albornoz, las comunas republicanas del norte de Italia y el conciliarismo en la Iglesia en el siglo XIV. Pero faltaba la idea política de la representación, aunque se practicase de hecho en las Cortes, Dietas o Parlamentos convocados por los reyes para allegar recursos, en órdenes religiosas como la dominicana, y Marsilio de Padua imaginase la representación política en el ambiente conciliarista del XIV. A falta de ese principio, Montesquieu pensaba en el siglo XVIII, que la forma del gobierno adecuada en grandes territorios tenía que ser el despotismo, confundiendo por cierto con la tiranía. Una confusión que ha sido bastante nociva en el pensamiento político.

**8.-** Los norteamericanos acabaron con el tabú de la imposibilidad de la democracia salvo en territorios pequeños, inspirándose precisamente en *El espíritu de las leyes* (1748), pero prescindiendo del Estado, trasunto de la Polis griega, en la que los ciudadanos pertenecían a la Ciudad.<sup>178</sup> Favorecidos por la igualdad de condiciones, debido a la circunstancia de que, en sus inmensas tierras de orografía franqueable, sin fronteras naturales o artificiales y de población *ex novo*, sin diferencias de rangos, existía espontáneamente, por primera vez en la historia, la situación o estado democrático de la sociedad, al ser naturalmente democráticas en el sentido de igualitarias las relaciones entre los pobladores. No había aristocracia, estructuras como las estatales que fijaran las desigualdades sociales (entre quienes no eran esclavos) u obstaculizaran la igualdad natural y jurídica y los habitantes odiaban el parlamentarismo de la Monarquía inglesa iniciado por Walpole (e imitado luego en el resto de Europa), que fortalecía a la oligarquía gobernante, como habían observado el mismo Tomás Hobbes y su discípulo díscolo James Harrington. En consecuencia, se decidieron por la democracia representativa, garantizada institucionalmente por el *self-government* o autogobierno de las unidades territoriales más pequeñas, un sistema representativo mayoritario con mandato imperativo, la división de poderes de abajo arriba y jueces independientes del Gobierno, que, representando directamente al pueblo, interpretaban y aplicaban el derecho común (*common Law*) surgido de las relaciones sociales ajustándose a las costumbres y las tradiciones.

El sistema político norteamericano evoca la idea del mejor gobierno *politicum* posible, según Santo Tomás de Aquino, en contraste con el *regale*. En una *quaestio* de la *Summa Theologica* (1-2, 105), conocida pero curiosamente poco citada, dice el Aquinate: «Para la buena ordenación del principado o gobierno en una ciudad o nación (*gente*), es preciso atender a dos cosas: una de ellas, que todos tengan alguna parte en el principado: se conserva así la paz del pueblo y que todos amen y custodien tal ordenación, como se

<sup>178</sup> Cf. Á. d'Ors, "Sobre el no-estatismo de Roma". En *Ensayos de teoría política*. Pamplona, Eunsa 1979.

dice en *Política*, II [de Aristóteles]. Otra, que se tenga en cuenta la especie (*specie*) del régimen o la ordenación del principado».... «De donde la ordenación óptima del principado en cualquier ciudad o reino es aquella en que uno conduce (*praeficitur*) conforme a la virtud que caracteriza (*praesit*) a todos; y en el que participan algunos según su virtud; y sin embargo tal principado pertenece a todos en tanto todos pueden elegir y todos pueden ser elegidos. Tal es pues la constitución (*politia*) óptima, bien mezclada (*conmixta*), del reino, en tanto uno preside; y aristocrática en tanto muchos son gobernantes (*principantur*) según la virtud; y de democracia, o lo que es lo mismo de la potestad del pueblo, en tanto los principales pueden ser elegidos entre el pueblo, y le corresponde al pueblo elegir al príncipe».<sup>179</sup>

**9.-** Con ocasión del gran debate que tuvo lugar en Alemania, donde aparentemente le va mejor a Europa, sobre el tema “*Wählen oder Nichtwählen*” (votar o no votar) antes de las elecciones parlamentarias de 2009, año en que se cumplía el 60 aniversario de la democracia alemana, el periodista de *Der Spiegel* Gabor Steingart, publicó un libro desmitificador titulado *Die gestohlene Demokratie*<sup>180</sup> (La democracia robada) invitando a los electores que se abstuviesen de votar. Su argumento principal es que la política alemana se reduce a la reiterada “*Politik ohne Volk*” (política sin pueblo), y la democracia a una “*Demokratie von oben*” (democracia de o desde arriba). «El elector, escribe Steingart, echa una papeleta (*Los*) en la urna (*Trommel*), y los partidos se las arreglan [luego] para formar un gobierno de coalición. Los que responderán la próxima vez [en las elecciones de 2009] a la cuestión del poder, [serán] los mismos partidos, no los ciudadanos».<sup>181</sup> La democracia procedimental a la que rinden culto los votantes en la liturgia de sus votos rituales. El libro, muy fundamentado, acusa a los partidos alemanes que, alejados de la realidad, no representan el pueblo y falsifican la democracia.

El autor cae sin embargo en la ingenuidad de proponer la renovación de la democracia alemana, cuando el mismo está diciendo que no hay democracia o se limita a unos pocos. Licenciado en macroeconomía, tal vez por eso olvida o ignora el consejo de Peter Drucker, el gran estudioso de la vida de las empresas: cuando una empresa llega a cierto punto de ineficacia o ruina, lo mejor es liquidarla y fundar otra. ¿Un sistema político que se presenta formalmente como democrático y sin embargo no lo es, no será más dañino y ruinoso que una empresa por muy importante que sea? Licenciado en

<sup>179</sup> *Summa theologica*. 1-2 q. 105 a. 1. Sobre la forma mixta de gobierno, E. A. Gallego, *Sabiduría clásica y libertad política. La idea de Constitución mixta de monarquía, aristocracia y democracia en el pensamiento occidental*. Madrid, Ciudadela 2009.

<sup>180</sup> Munich, Piper 2009

<sup>181</sup> Las alianzas entre los partidos para formar gobierno, no sólo burlan la voluntad de los electores sino que son formas de dictadura. En Inglaterra, regía el principio *England abhor coalitions* y el gobierno y la oposición se unían únicamente en el caso de un grave peligro para la Nación, como en la última guerra mundial, para establecer así una dictadura al estilo romano. El principio, aludido por cierto por Donoso Cortés en su gran *Discurso sobre la dictadura*, ha sido quebrantado por el actual gobierno inglés, que es de coalición. En Alemania, tras las recientes elecciones generales de 2013, no sólo han vuelto a formar otra *grosse Koalition* la democracia cristiana y la socialdemocracia (“demócratas” de nombre los dos), sino que han renunciado a la posibilidad de acudir al *referéndum* a petición popular -la democracia directa que se practica cada vez más en Suiza y al menos en 26 estados de Norteamérica-, a pesar de haber prometido implantarla legalmente antes de las elecciones. El tema había sido muy debatido y, según las encuestas, lo reclama la mayoría del pueblo.

ciencias políticas, olvida, quizá también a causa de sus estudios, la ley de hierro de la oligarquía de Robert Michels y algunos más.<sup>182</sup>

Los regímenes democráticos necesitan de los partidos políticos. Pero los partidos no son los buenos padres de familia de los Códigos civiles. «Un partido es un grupo cuyo miembros se proponen actuar de consuno en la lucha de la competencia por el poder político».<sup>183</sup> ¿Cabe esperar que reformen sustancialmente el sistema de desgobierno<sup>184</sup> del que viven por muy maltrecho que esté? Se ha hecho famosa la frase del experimentado conservador protagonista de *El gato pardo*: «hay que cambiar algo para que todo siga igual». Los partidos harán a lo sumo cambios superficiales o aparentes para tranquilizar a los críticos, argumentando que se trata de mejorar la “calidad” de la democracia, palabra talismán cuya invocación hace respetable automáticamente cualquier opinión.

Con todo, la democracia no es en Europa una religión: es la superstición, en alemán *Aberglaube*, algo así como en torno a la fe o sucedáneo o apariencia de fe, que nace de las religiones de la política. Vacuando la palabra democracia de su contenido semántico, la rellenan a conveniencia, utilizándola a lo Sorel como un mito político. Su explotación como religión, la monopolizan Estados Unidos, que, interesada o ingenuamente, la utilizan como un artículo de exportación.

**10.-** La palabra oligarquía salió a relucir hace un momento. Prescindiendo de las acepciones de la palabra democracia, que según algunas cuentas deben ser ya más de mil, la oligarquía es una ley universal de la política -su ley trascendental decía exactamente Gonzalo Fernández de la Mora-<sup>185</sup>, cuyo presupuesto ontológico es empero la libertad colectiva: sin libertad política o colectiva no existe la política en el sentido de la tradición occidental de una actividad abierta al pueblo, aunque este concepto se restrinja a unos pocos como en Grecia y, según los momentos y las circunstancias en Europa antes de implantarse el sufragio universal. Pero confundida o identificada por la política correcta heredada del pensamiento totalitario con la libertad social, la libertad económica, la libertad sexual, incluso con la libertad de expresión, y otras libertades reduccionistas, esta forma fundamental de la libertad de acción, no existe en Europa; a la verdad, resulta imposible que exista desde que se consolidó el Estado como la forma de lo Político. Pues constituye una característica fundamental del Estado, que monopoliza la libertad política: la actividad política ha de ajustarse a las normas establecidas por el poder estatal.

Salvo que se cambie la naturaleza humana, como pretende el modo de pensamiento ideológico con su mito del hombre nuevo, existe y existirá eternamente un conflicto entre la libertad colectiva, la verdad fundamental de la política, que sólo halla su pleno cumplimiento en la democracia *política*, y la oligarquía, que, monopolizando la libertad política de hecho o de derecho, restringe de hecho a unos pocos, igual que en el estado aristocrático de la sociedad, la participación en el poder y en el mando político. Los griegos descubrieron precisamente la posibilidad de la política como la manera de enfrentarse a la oligarquía. Lo que no disminuye los méritos de la concepción

<sup>182</sup> Vid. D. Negro, “La ley de hierro de la oligarquía”. *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Nº 90 (2013).

<sup>183</sup> J. A. Schumpeter, *op.cit.* 22, II, 6, p. 359.

<sup>184</sup> Sobre el desgobierno como categoría política, A. Nieto. *El desgobierno de lo público* (Barcelona, Ariel 2007) es su último estudio sobre el tema.

<sup>185</sup> Vid. *La partitocracia*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos 1976.

maquiavélica de la historia como una lucha permanente entre oligarquías, apoyadas o no, según los casos, por el pueblo que desea librarse de la existente.

Síntesis por cierto más exacta y abarcadora que, por ejemplo, la explicación por la lucha de clases...suponiendo que exista semejante lucha. Es ésta una concepción imaginativa que obliga al socialismo a excitar por todos los medios posibles la “conciencia” de clase, últimamente la de “género”, la ecológica o cualquier cosa de moda, con lo que el socialismo acaba reduciéndose, como decía Revel, a *propaganda fidei* en el socialismo.<sup>186</sup>

**11.-** La terminación griega *arquía* (de *arkhé*, principio) significa lo originario o primigenio, siendo, pues, la oligarquía inmanente a todas las demás formas del gobierno, sea la monarquía, sea la aristocracia o sea la democracia. Ahora bien, pasa lo mismo con la *monarquía*. Ésta forma es también originaria y primigenia en el sentido de que la *decisión política* es soberana, implica soberanía a diferencia del mando político, que es reglado, ejercicio de una *potestas* conforme al Derecho. La decisión es originaria al ser unipersonal y, por ende, inmanente asimismo a cualquier forma del gobierno. La diferencia con la oligarquía estriba en que esta última es una constante, mientras la decisión monárquica se ejercita sólo en casos excepcionales, como soberanía.<sup>187</sup> En tanto formas del gobierno, Monarquía, Aristocracia, Democracia y sus respectivas variables designan únicamente el número de los que mandan, no cómo mandan. Pues los que deciden o mandan se apoyan en la oligarquía que les sostiene.

**12.-** Lo expresaba muy bien David Hume, un típico pensador desmitificador, en su brevísimo y espléndido ensayo “Sobre los primeros principios del gobierno”: «La opinión es el único fundamento del gobierno, y esta misma [la opinión] alcanza igual a los gobernantes más despóticos y militares que a los más populares y libres». Lo ejemplificaba así: «El sultán de Egipto o el emperador de Roma pueden manejar a sus inermes súbditos como simples brutos, a contrapelo de sus sentimientos e inclinaciones; pero tendrán que contar al menos con la adhesión de sus mamelucos o de sus cohortes pretorianas»<sup>188</sup>. Decía lo mismo Guglielmo Ferrero, más cercano en el tiempo: «Incluso

<sup>186</sup> *Vera quia facta*: los hechos son irrefutables y el socialismo es hoy una especie de fe muerta. Algo así como “el socialismo es bueno, liberador y el futuro porque quiénes lo afirmamos somos socialistas”. Schumpeter diría que ha muerto por su éxito, pues la “derecha” ha hecho suyas sus ideas: estatismo, impuestos elevados y progresivos, “desarrollo”, controles para todo, destrucción de las tradiciones de la conducta para reducir el pueblo a una masa sin ideas ni iniciativas propias, etc. En una huida hacia adelante, el socialismo predica para sobrevivir la cultura de la muerte y evoca la justicia antropológica: aborto, eutanasia, matrimonio homosexual, ecologismo absurdo, etc. Marx o Bernstein - el mayor teórico de la socialdemocracia-, hombres cultos y civilizados, se quedarían estupefactos si levantaran la cabeza.

<sup>187</sup> Es famosa la definición de Carl Schmitt: «Soberano es quien decide en la situación excepcional». Schmitt comparaba la decisión soberana con el milagro. En otro plano, la decisión política es comparable a la del juez, con la diferencia esencial de que el juez decide sobre el derecho aplicable en situaciones normales, no excepcionales, y en casos particulares. Por eso en la Edad Media, en la que el orden temporal dependía del Derecho -la *omnipotentia iuris*- reyes y príncipes eran considerados soberanos porque decidían en última instancia sobre el derecho aplicable y sus decisiones sólo eran apelables ante el Emperador o el Papa. El juez común tiene *auctoritas*, no *potestas*, en tanto intérprete del Derecho; por eso no ejecuta sus decisiones sino que manda ejecutarlas al poder político. No obstante, la posición del juez, cuyo origen es social, es distinta si la forma de lo Político es el Estado, del que es parte como poder, aunque como tal poder es “nulo”, decía Montesquieu, confundiendo sin duda la *auctoritas* con la *potestas*. Etc

<sup>188</sup> *Escritos políticos*. Madrid, Unión Editorial 1975. 3. 4, p. 41.

el poder más omnímodo y colosal quebraría en pocos instantes y sus más eficaces e imponentes instrumentos quedarían automáticamente reducidos a la nada, si por un momento todos sus súbditos, todos sus fieles subordinados, decidieran espontánea y unánimemente negarle obediencia». Un ejemplo todavía reciente, es la implosión del Imperio Soviético.

El motor, quizá el principal, del pensamiento político, ha sido y es el intento de obviar o eliminar la ley de hierro de la oligarquía. Tal es la pretensión del modo de pensamiento ideológico, que espera conseguirlo manipulando la conciencia. Para compensar la inexorabilidad de esa ley, puede servir de consuelo lo que escribe Ferrero en otro lugar: «si los hombres temen siempre al poder al que están sometidos, también el poder que les somete teme siempre a la colectividad sobre la que impera».<sup>189</sup>

**13.-** Una causa del olvido frecuente de la ley de hierro de la oligarquía, consiste sin duda, en que no opera en la forma del gobierno, sino en el régimen u orden material. Las formas del gobierno son la condición formal del orden político como su parte visible, representativa. La material es el régimen, donde actúan, decía Ferrero, “los genios invisibles de la Ciudad”; en los “pasillos del poder”, concretaba Carl Schmitt.

La forma del gobierno es autónoma dentro del régimen, el cimiento del orden político. Sin embargo, bajo la influencia de las antipolíticas ideas socializantes, cómicas parece que comentaba Schumpeter, se discute o se niega su autonomía. Montesquieu comprendió que las formas del gobierno polarizan y atraen las fuerzas sociales oligárquicas que operan en el régimen, y atribuyó virtudes distintas a las tres formas clásicas, cuya bondad depende de hasta que punto están al servicio de los oligarcas o encauzan sus intereses hacia el bien común. Es el problema del Estado de Partidos, en el que «los dirigentes de los partidos han acentuado hasta mucho más allá de lo razonable el perfil oligárquico de sus organizaciones».<sup>190</sup>

El Estado de Partidos es un Estado Totalitario enmascarado por la propaganda, su pacifismo aparente y las buenas obras con que seduce al pueblo. El clásico sólo tolera un partido único, que Lenin disfrazó de “vanguardia del proletariado”. Fórmula que sólo engaña a los fanáticos, los ingenuos y a quienes les conviene engañarse sobre su naturaleza oligárquica.

En el Estado de los Partidos, el partido único se divide en varios, conservando empero la unidad bajo la fórmula del *consenso político* -consensuar presupone que se piensa igual-, con la que patrimonializan de consuno la estatalidad. Pues el consenso político *usurpa* el papel que le corresponde al natural *consenso social* fundado en la confianza en la vigencia del *êthos* que confiere su figura a los pueblos. Usurpando sus funciones, el consenso político impone al pueblo su propio *êthos* mediante el engaño y la propaganda cuando no la coacción. La pluralidad da la sensación, como dirían los economicistas, de concurrencia o competencia entre ellos; que se reduce en realidad a la discusión para ver quien manda más y se beneficia más. Otra diferencia formal entre el Estado de Partidos y el recusado por Totalitario, consiste en que la propaganda no puede ser una estricta *propaganda fidei*, puesto que la fe se reparte entre los partidos aceptados en el consenso. Aparte de la masa de los ingenuos eternos, el consenso político, que es el meollo del Estado de los Partidos, engaña únicamente a los que quieren engañarse por

<sup>189</sup> G. Ferrero, *El Poder. Los Genios invisibles de la Ciudad*. Madrid, Tecnos 1991. 8, p. 87 y 4, p. 41. Sobre la obediencia política, J. Freund, *La esencia de lo Político*. Madrid, Editora Nacional 1969.

<sup>190</sup> J. M. Ortí Bordás, *Oligarquía y sumisión*. Madrid, Encuentro 2013. IV, p. 88.



comodidad, porque les conviene<sup>191</sup> o para conseguir los favores de los oligarcas, actitud esta última muy corriente en los medios de comunicación, que se transforman en instrumentos de información interesada o de desinformación.

**14.-** La evolución hacia el Estado de Partidos comenzó tras la primera Gran Guerra. Las ideas estatistas que despuntaron en ella -la movilización total, la economía de guerra, etc.-,<sup>192</sup> coincidieron o convergieron con las de la socialdemocracia, que firmemente instalada en el poder en Suecia desde 1932, serviría luego de ejemplo y modelo.<sup>193</sup> Un modelo que, por cierto, quiere importar ahora Obama en los Estados Unidos.<sup>194</sup>

El Estado de Partidos (*Parteiinstaat*) se organizó formalmente en Alemania después de la última guerra civil europea de 1939-1945, como respuesta y contrapunto al Estado Socialista Soviético, bajo la tutela de Estados Unidos. Los partidos dejaron definitivamente de ser «el medio por el que penetra la sociedad civil en el Estado», según la definición clásica de Lorenz von Stein. Pero con las etiquetas de Estado de Social o de Bienestar, por supuesto “democrático y de Derecho”, mereció la aceptación general y fue imitado en todas partes. Gracias al auge económico de la postguerra, se pasaron por alto las implicaciones políticas, económicas, sociales y morales de esa nueva forma estatal, como la ampliación, el fomento, el fortalecimiento y la potenciación de las oligarquías.

Desde el punto de vista político, se disimuló el hecho de que, bajo esas fórmulas que persiguen solucionar la cuestión social realizando la justicia social, son los partidos el medio por el que penetra la estatalidad en la sociedad civil hasta transformarla en totalitaria. No faltaron advertencias de gente independiente y con sentido de la responsabilidad, generalmente economistas como Röpke, Müller-Armack o Mises, acompañados por algunos escritores políticos como Jouvenel. Hayek denunció temprana, y por supuesto inútilmente, en su famoso *Camino de servidumbre*, la naturaleza totalitaria del *Welfarestate* hacia el que se encaminaba la admirada Inglaterra como el país de las libertades, que, en el ambiente creado por los socialistas fabianos, deudores de Bentham y Stuart Mill, con su “conciencia de clase pecadora” vinculada al metodismo,<sup>195</sup> había iniciado su marcha antes de la primera guerra mundial hacia *El Estado Servil*.<sup>196</sup>

<sup>191</sup> Otra cita de Schumpeter, quien estudió ya en los años cuarenta del pasado siglo con la penetración que le caracteriza, las relaciones entre la religiosidad socialista y la democracia: «El debilitamiento del sentido de la responsabilidad y la falta de voliciones efectivas explican la ignorancia del ciudadano corriente y la falta de juicio en cuestiones de política nacional y extranjera, que son más sorprendentes, si esto puede sorprender, en el caso de personas instruidas y de personas que actúan con éxito en situaciones de la vida ajenas a la política, que en el caso de personas instruidas y de condición humilde. Estos privilegiados disponen de una información abundante y fácilmente accesible. Pero esta ventaja no parece servirles de nada y tampoco debemos maravillarnos por ello...». *Op. cit.* 21, IV, p. 235.

<sup>192</sup> Vid. É. Halévy, *L'ère des tyrannies. Études sur le socialisme et la guerre* (1938). París, Gallimard 1990. «La catástrofe de 1914 ha hecho más por el socialismo que la propagación del sistema marxista», decía Célestin Bouglé en el prólogo a esta obra.

<sup>193</sup> Vid. todavía, R. Huntford, *The New Totalitarians*. Londres, Allen Lane The Penguin Press 1972.

<sup>194</sup> En un gesto simbólico, Obama, que está del lado de las religiones políticas, ha cerrado la embajada norteamericana en el Vaticano.

<sup>195</sup> Vid. B. de Jouvenel, *Los orígenes del Estado moderno*. XVI.

<sup>196</sup> Título de la conocida obra de H. Belloc (Madrid, el buey mudo 2010). Publicada en 1911, anticipó la de Hayek .

**15.-** El Estado social y democrático de Derecho, que ahora se prefiere denominar Estado Constitucional, etiqueta que abarca igualmente los matices del Estado de Partidos, el Estado de Bienestar, el Estado Social, el Estado Minotauro, es hoy un inequívoco Estado Totalitario justificado “científicamente” por las teorías económicas keynesianas combinadas con las doctrinas socialdemócratas. En realidad, es el auténtico Estado Totalitario previsto por Tocqueville si la democracia política se transformaba en democracia social y económica, movida por la envidia igualitaria y *l'esprit du bien-être*. Huxley y Orwell lo caricaturizaron también anticipadamente en sus atopías, que, a algunos, empiezan hoy a parecerles ingenuas. El disidente soviético Alexander Zinoviev afirmaba que el totalitarismo no es un accidente, sino la finalidad de la civilización occidental.

El modo de acción de los Estados-iglesia sobre la sociedad, en realidad contra ella, aunque no sea fácil percibirlo debido a que la gente se ha ido acostumbrando poco a poco, los diferencia materialmente de los llamados “oficialmente” totalitarios, en que apelan a la violencia física solamente como último recurso. Sus medios habituales son otros: la propaganda, la educación y la cultura, los impuestos supuestamente redistributivos (que aumentan el poder de los partidos y su capacidad de control del pueblo a través de la burocracia)<sup>197</sup> y la seducción de las masas mediante la oferta y la concesión continua de derechos para contentar a todos.

Steingart comenta, que si bien la gente *sabe* que son falsas la mayoría de las promesas, por ejemplo la de distribuir la riqueza, pues ha aumentado la distancia entre los ricos y poderosos y el resto, *siente* sin embargo que son correctas, a causa sin duda de la intensa politización a que han sido y están sometida esas formas estatales. La politización ha “democratizado” la cultura, todos los políticos se presentan como demócratas, y, en feliz expresión de Carlos Rodríguez Braun, “la política ha politizado a la política”.

El Estado no es una forma natural de gobernar.<sup>198</sup> Es un artificio, y el orden político estatal es artificioso. Medios y promesas se instrumentan mediante la Legislación, el “derecho” artificial del Estado, en el que es la ley la “fuente” del derecho. De ahí que los gobiernos estatales conculquen despreocupadamente las tres formas clásicas de la Justicia, la conmutativa, la distributiva y la legal, sustituyéndolas arbitrariamente por la artificiosa “justicia social”, a la que se ha añadido posteriormente la “justicia antropológica”. Justicia artificial contra Justicia natural. Eso ha redundado a la larga en que la Justicia ha desaparecido de la Legislación, se diga que es un concepto abstracto irrelevante, se niegue simplemente la relación entre Justicia y Derecho, y en que el Derecho no sea más que política jurídica parecida cada vez más, dicho sea de paso, a la de la Unión Soviética.

La Legislación, que fomenta el artificialismo de las formas de vida, ha sustituido prácticamente al Derecho, que, al ser propiedad del pueblo, brota de la realidad social.<sup>199</sup> Lo que se enseña en las Facultades de Derecho, reducidas cada vez más a Escuelas profesionales, no es Derecho sino derecho estatal, por supuesto democrático porque “en democracia” todo tiene que ser democrático y lo fabrican oligarcas de primera o de segunda fila que se presentan como demócratas. La proliferación y el

<sup>197</sup> Vid. B. de Jouvenel, *La ética de la redistribución*. Madrid, Encuentro 2009.

<sup>198</sup> Sobre la diferencia entre el Estado y el gobierno, D. Negro, *Del Gobierno y el Estado*. Madrid, Marcial Pons 2002.

<sup>199</sup> Cf. A Nieto, *Crítica de la razón jurídica*. Madrid, Trotta 2007.

detallismo tecnicista de la Legislación invierte la idea del imperio de la ley, según la cual la política se somete al Derecho, e induce a la resignación y a la anomia.

**16.-** Steingart publicó dos años más tarde *Das Ende der Normalität. Nachruf auf unser Leben, wie es bisher war*<sup>200</sup> (El fin de la normalidad. Adiós a nuestra vida como era hasta ahora), Dedicando la mayoría de los veintisiete breves capítulos, a enumerar qué ha desaparecido en todas partes, incluidos los Estados Unidos, donde parece haber escrito el libro. Han desaparecido cosas tan importantes como la confianza, sin la cual se desintegran las sociedades, o la fe religiosa, la causa de que sean las depresiones la peste de nuestro tiempo.<sup>201</sup> Y desde luego, la libertad política, que es lo que interesa aquí.

Todo está o se quiere que esté bajo control para que todo funcione bien, o sea, a gusto de la oligarquía o como la oligarquía imagina que *debe* ser. «Los políticos dicen siempre lo correcto, pero jamás la verdad», y es sospechoso quien no coincide con el gobierno de los partidos ligados por el consenso oligárquico. «*Der Staat hat seine Bürger verzweigt*» (El Estado ha jibarizado a sus ciudadanos), concluye Steingart. La socialdemocracia alemana -en realidad todo el socialismo- siempre ha añorado en el fondo el *Polizeistaat* de la época del despotismo ilustrado. Una consecuencia es la hipertrofia legislativa como uno de los medios para recuperarlo.

En efecto, a los intereses tal vez discutibles, pero lógicos en tanto puramente políticos, de la soberanía estatal de las Monarquías del Antiguo Régimen ansiosas de afirmar su poder, se han ido sumando muchas cosas que a las oligarquías directas o a las que operan como poderes indirectos no le interesaban antes en absoluto o le interesaban menos. Por ejemplo, a las precauciones exageradas contra el terrorismo violento, el terrorismo fiscal -el fisco como policía-, el terrorismo lingüístico que practican los políticos y sus adláteres<sup>202</sup>, se han sumado sus cuidados interesados, los enredos burocráticos, etc., que pueden resumirse en el consejo del economista sueco Gunnar Myrdal a su gobierno, de «proteger a las personas de sí mismas».

Escribe José Miguel Ortí Bordás: «crecientemente exiliado de la política, el ciudadano diríase que regresase a marchas forzadas en todo el mundo a, si se nos permite la licencia, su primitiva condición de súbdito».<sup>203</sup> Steingart le diría que es un optimista. Atrapados los que se creen gentes libres a pesar de las continuas agresiones a las libertades y formas de vida normales en la red legislativa, no sólo ha desaparecido el ciudadano, el sujeto de la libertad política, enjaulado en esa inmensa red de leyes-mandato, las “medidas” en que se traduce todo eso, sino, y en cierto modo es más grave, el súbdito, que disponía al menos de libertades sociales y personales garantizadas por el derecho del llamado Estado de Derecho (expresión que sólo tuvo sentido en Alemania

<sup>200</sup> Munich, Pieper 2011, La palabra *Nachruf* significa adiós en las esquelas mortuorias.

<sup>201</sup> Steingart cita al respecto la frase de Goethe «*Wer an nicht glaubt, verzweifelt an sich selber*» (Quien no tiene fe en nada, desespera de sí mismo). «Cuando la religión se destruye en un pueblo, escribía Tocqueville, la duda se apodera de las capas más elevadas de la inteligencia y paraliza la mitad de todas las demás. Todo el mundo se acostumbra a no tener más que nociones confusas y variables sobre las cuestiones que interesan más a sus semejantes y a él mismo, se defienden mal sus opiniones o se abandonan, y, como desconfía de poder resolver por sí mismo los principales problemas que presenta el destino humano, se entrega cobardemente a no pensar en ello. Tal estado no puede dejar de enervar las almas, relaja los resortes de la voluntad y prepara a los ciudadanos para la servidumbre. No sólo sucede esto cuando se dejan arrebatar su libertad, sino que a menudo la entregan...». *Op. cit.*, P. 30.

<sup>202</sup> A los políticos «no les interesa utilizar las palabras con rigor intelectual, sino movilizar con ellas los impulsos afectivos». Bertrand de Jouvenel, *Los orígenes del Estado moderno*. Intr. I, p. 41.

<sup>203</sup> *Op. cit.* II, p. 45.

como contrapuesta precisamente al *Polizeistaat*) mientras se atuvo más o menos a las tradiciones de la conducta, y por jueces no burocratizados ni mediatizados aproximadamente imparciales u objetivos. Los intereses y los caprichos de las oligarquías y los poderes indirectos han hecho realidad las pesadillas de Kafka y las figuras del ciudadano y el súbdito, acosados por los *Polizeistaaten* en que han devenido los Estados partidocráticos, han sido sustituidas por la del *sospechoso*, figura de la que hace Steingart una categoría política. Se ha pasado en poco tiempo del ideal de la *Spassgesellschaft* (la sociedad lúdica o del ocio) al de la sociedad securitaria (*Sicherheitsgesellschaft*) en la que los mismos controladores que trabajan para las oligarquías y los oligarcas no son menos sospechosos, aunque raramente se les condene por algo.

Ahogado por la Legislación, el Derecho, cuyo presupuesto son las libertades -el Derecho es para proteger las libertades, no para crearlas o darlas-, ha desaparecido prácticamente, y la Política, cuyo presupuesto es la libertad colectiva, tiende a judicializarse para cubrir las formas: la gobernanza judicial al servicio de las oligarquías políticas, los poderes indirectos y la ideología estatista.

Los habitantes de cualquier país son sospechosos por múltiples motivos, aunque ignoren porqué. Ni hace falta, puesto que se trata de la democracia como el destino inexorable de la raza humana. Naturalmente, la democracia “avanzada” (¿?!), un tópico sin topos utilizado *coram populus* en el preámbulo de la Carta Otorgada española de 1978. Pues hay democracias para todos los gustos, incluso sin libertades de ninguna clase como eran la de la Unión Soviética y sus satélites y es la de Corea del Norte y regímenes parecidos, a los que poco a poco se van pareciendo todos. Las libertades, y la cacareada igualdad, son lo de menos; lo único que importa, por ejemplo en la Unión Europea y en las Naciones Unidas, es la palabra democracia; la palabra, no su realidad.

**17.-** El ejercicio de las libertades introduce continuamente desequilibrios en el orden social. El objeto de la política -el arte del tejedor, decía Platón- consiste por ende en restablecer una y otra vez el equilibrio, como sostenía el difamado Maquiavelo, y una de las misiones del político auténtico consiste en orientar hacia el bien común los intereses oligárquicos. La política es el arte de concretar lo necesario de la mejor manera posible. Sin embargo, se ha hecho abstracta, empezando por lo que suele enseñarse como ciencia política y terminando por lo que pasa de contrabando como filosofía política.

Los políticos, que controlan al sospechoso que ha sustituido al ciudadano y al súbdito con diversas clases de policía -la normal, la fiscal, la ecológica, la sanitaria, la de género, etc.- y ordenadores que vigilan el cumplimiento de sus leyes-mandato, y gobiernan con estadísticas y encuestas, están cada vez más separados del pueblo. Lo que saben de él, no pasa generalmente de ser lo que les dicen esas mismas encuestas, los medios de comunicación que, mediatizados o no, reproducen la propaganda de los propios políticos embutida en lo que recuerdan de las ciencias sociales, si es que las han estudiado. «La política parece ser un decorado más de la televisión», escribe Ortí Bordás.<sup>204</sup> Cada vez más aislados de la realidad social, han abandonado la economía política como parte de la política reduciendo esta última a la política fiscal y económica y, finalmente, también ésta, a las matemáticas, que sustituyen al Derecho como la lógica de la vida en común. Semejante *reductio ad absurdum* olvida, que «la economía pura no existe. Es siempre el reflejo de una metafísica» (Patrick Buisson). Sus fracasos los paga el pueblo, el *demos*,

---

<sup>204</sup> *Op. cit.*, II, p. 44.

de donde viene la palabra democracia, como si fuese el culpable. Es lo que el pueblo, que había llegado a ser una gran clase media, engañado por las oligarquías está padeciendo y contemplando estupefacto, confuso, y, al menos de momento resignado y sin capacidad de reacción.

**18.-** La masa del pueblo parece empezar empero a darse cuenta de lo que significa la ley de hierro de la oligarquía, que, temerosa como decía Ferrero, está apretando todo lo que puede las clavijas que le sujetan a la servidumbre al centro de negocios que es el Estado de Partidos.

Peter Sloterdijk y bastantes más, aunque no todos se atreven a decirlo, piensan que Europa está en un momento prerrevolucionario. Sin embargo, parece muy difícil que llegue a producirse una revolución. En Alemania, donde impera la obediencia pasiva luterana como una costumbre, resulta impensable; en Italia nunca se sabe, aunque podría haber motines y revueltas; en España, cuya situación es tal vez más propicia por las circunstancias específicas de la Instauración monárquica, y donde la política de los múltiples gobiernos parece pensada (es un decir) para alentarla, tampoco pasaría de un motín de “indignados” instigados seguramente por la izquierda estatista. La misma querrela separatista es una discusión entre las oligarquías consensuadas, cada una de las cuáles tiene bien controlados a sus dependientes: “todo está atado y bien atado”. La revolución o contrarrevolución, según se mire, promovida también por la agudización del sectarismo, la incompetencia del gobierno ...y el problema musulmán, podría materializarse acaso en Francia.

Una revolución necesita empero líderes y el estatismo totalitario ha infantilizado la consciencia de los europeos contagiando de tal modo a su conciencia, que no puede haber líderes auténticos y, si los hubiere, no serían seguidos.

La servidumbre al estatismo socialdemócrata no es ya, ciertamente, la de antes, pues, por la necesidad de las cosas, la otra cara del Estado de los Partidos, el seductor Estado de Bienestar o Social, hace aguas por todas partes.

Los Estados son hoy *magna latrocinia*. Los pensionistas, los parados, los que ven quebrar sus negocios o tienen que vender sus propiedades, los que ven disminuir sus ingresos, los que tienen que gastar sus ahorros, los que no encuentran trabajo, los que tienen que practicar lo que los políticos llaman cínicamente la “movilidad exterior”, empiezan a pensar que el Estado Social o de Bienestar es una colosal estafa de las oligarquías. Desde hace tiempo, el Estado es de hecho el protagonista legal del mayor atraco de la historia.<sup>205</sup>

La política es inseparable de la historia, que es caprichosa, depende del azar. Pero, en una Europa desvitalizada e incapaz de reconocerse a sí misma, si la prerrevolución va más lejos, lo más probable es que sea como implosión, igual que en la Unión Soviética y sus satélites europeos. Y aún así, la implosión adolece en este momento de un modelo que pueda inspirarla.

**19.-** Es una ilusión esperar que las oligarquías europeas devuelvan al pueblo la libertad política, como parecía pensar todavía Steingart en 2009 en relación con su patria.

Lo que está ocurriendo en Europa podría ser un efecto del “*oscuramento della intelligenza*” que, detectado por Michele Federico Sciacca hacia los años sesenta, ha

<sup>205</sup> Vid. M. Welk y M. Friedrich, *Der grösste Raubzug der Geschichte*. Marburgo, Tectum Verlag 2012. También N. Ferguson, *La gran degeneración. Cómo decaen las instituciones y mueren las economías*. Barcelona, Debate 2013. Etc. La literatura al respecto aumenta continuamente.

llegado a ser una seña de identidad del progresismo infantil que domina el mundo cultural y político, en el que es patente lo que llama Glucksmann “la derrota del pensamiento”.

Pero la estulticia e inverecundia política pudiera ser también un efecto de la democracia. La democracia es el reino de la opinión y no es raro que acabe prevaleciendo en ella la voz de los osados, intrigantes, resentidos, ambiciosos, vagos, ganapanes, tarados, botarates, imbéciles, gente sin escrúpulos, orates y demagogos. Le preocupó seriamente a Tocqueville con ocasión de la revolución de 1848 y es uno de los peligros más serios de la democracia política<sup>206</sup>.

España puede ser un ejemplo del extremo al que pueden llegar las cosas. Vitalmente depauperada -basta pensar en el hundimiento de la natalidad, que parece complacer a los oligarcas-,<sup>207</sup> el consenso oligárquico, que incluye a la “izquierda”, a los nacionalistas separatistas y al partido que desempeña la ficción de ser la “derecha”, la está socavando desde hace años como Nación Política, y, lo que es muchísimo peor, como Nación Histórica, o, en la terminología que suelen preferir ingleses y alemanes, como Nación Cultural. A tenor de lo que está sucediendo, el consenso parece decidido a acelerar su destrucción, no se sabe si cumpliendo un designio, por egoísmo, para salvarse a sí mismo o por la torpeza habitual de los gobiernos cuando una situación política, un sistema de poder o un régimen están agotados; quizá una mezcla de todo eso.<sup>208</sup>

**20.-** La oligarquía formada por las élites no se circunscribe a lo que llamaba Mosca la clase política: es una red que comprende las élites financieras, industriales y mediáticas con acceso al poder político o favorecidas por él, incluyendo por supuesto la de “los intelectuales orgánicos” a lo Gramsci. El capitalismo de Estado socialdemócrata a lo Saint-Simon, el más importante de los socialistas utópicos, partidario de la gran empresa, que facilita la manipulación del crédito -Saint Simon es el padre de la planificación económica como señaló Röpke, del economicismo como señaló Jouvanel y de la economía financiera de que hablaba Juan Pablo II-, les beneficia a todas ellas.

Ahora bien, es una ley histórica, que todas las cosas humanas tienden inexorablemente a degenerar. Así pues, no se salvan las oligarquías de la ley de la circulación de las élites formulada por el maquiaveliano Wilfredo Pareto. Según esa ley, toda élite tiene fases de instauración, consolidación, disfrute y decadencia. La decadencia suele sobrevenir cuando, seguras de la impunidad de su posición, se desentienden completamente de su función social o colectiva y se cierran sobre sí mismas. Devienen entonces lo que ha llamado el economista Daron Acemoglu “élites extractivas”, concepto que ha causado recientemente revuelo entre sus colegas economicistas ignorantes de la ley de hierro, que es una generalización de la ley del bronce de los salarios llamada así por Lasalle

La cuestión de la democracia en su estado actual es política, en último análisis, moral, y, en el trasfondo religiosa, como seguramente lo hubiera reconocido el honrado Proudhon. Es en casos como éste, cuando, quebrantado el *êthos* o moralidad colectiva de los

<sup>206</sup> Puesto que en la democracia reina la opinión, es prudente tener en cuenta lo que decía Schumpeter: «el ciudadano normal desciende a un nivel inferior de prestación mental, en cuanto penetra en el campo de la política. Argumenta y analiza de una manera que él mismo calificaría de infantil si estuviese dentro de sus intereses efectivos. Se hace de nuevo primitivo». *Op. cit.* 21, III, p. 335. El primitivismo empieza a caracterizar la política actual. España es un ejemplo muy elocuente.

<sup>207</sup> Según la experiencia histórica, las caídas demográficas parecen ser una consecuencia de la falta de horizontes vitales, debida a la inseguridad y la incertidumbre; la “transición” no es más que una perpetua situación política y social que no ha conseguido estabilizarse como un régimen u orden político.

<sup>208</sup> Cf. J. M. Ortí Bordás, *Op. cit.*

pueblos, que garantiza la confianza en las relaciones sociales, se relaja la obediencia pasiva, connatural a la vida política<sup>209</sup> mientras conserva su vitalidad el *êthos* de los pueblos. La situación deviene entonces prerrevolucionaria hasta que no se debilite o desaparezca el poder de la élite. La situación puede llegar a desembocar en revolución, si, enrocada en sí misma, no hace la oligarquía dirigente las reformas adecuadas o que contenten al menos a una parte significativa del pueblo. También puede ocurrir, que se perpetúe hasta la extinción de las naciones. Eso significaría, en el caso de Europa, su desaparición como Continente, rango que descansa en ellas. ¿Se trata de ir hacia una especie de colectivismo o comunismo al estilo del despotismo oriental estudiado por Wittfogel, que perpetúe las oligarquías del consenso socialdemócrata?

A finales del siglo XIX, Nietzsche profetizó el advenimiento del nihilismo y Bismarck, uno de los últimos hombres de Estado europeos, observó que «Europa es un barril de pólvora y sus dirigentes son como los hombres que fuman en un arsenal». El barril explotó tras la *belle époque*: la Gran Guerra de 1914, la guerra que “quería acabar con todas las guerras”, socavó los cimientos de la civilización europea y abrió el camino a los nuevos bárbaros para los que la moral consiste en la transgresión y la destrucción del capital acumulado por la historia. Los nuevos bárbaros son hoy las élite dirigentes, sobre las que publicó hace años el sociólogo norteamericano Christopher Lasch un libro inspirado por Ortega, titulado *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*.<sup>210</sup> Hablando de la revolución legal mundial, afirmaba Carl Schmitt en 1979 que «legalidad quiere decir sumisión y disciplina»,<sup>211</sup> y el gran riesgo que está corriendo hoy esta civilización, vocada al totalitarismo como decía Zinoviev -y también, pero algo menos, la occidental en su conjunto-, consiste en que las élites, en el fondo nihilistas, seducen y engañan al pueblo inoculándole la enfermedad moral de la sumisión voluntaria<sup>212</sup> y le vuelven contra sí mismo, o sea, contra la democracia.<sup>213</sup>

**21.-** En el estado democrático de la sociedad, puede parecer lógico que sea la democracia en abstracto la forma del gobierno. Es una creencia tan corriente como errónea, que constituye la causa de muchas confusiones y tragedias. El estado democrático de la sociedad, cuyo principio rector es la igualdad *natural* de todos los hombres, se ha gestado desde el fondo de Edad Media bajo la influencia de las ideas cristianas, como explicó muy bien Tocqueville, frente al estado aristocrático de la sociedad, el estado o situación ancestral de la humanidad cuyo principio es la desigualdad. Sin embargo, esa forma o situación de la sociedad es inconfundible con la democracia política debido a la implacable ley de hierro de la oligarquía.

*In politicis*, la democracia no es la igualdad sino, como mostró otrora Ortega, una respuesta al problema de quien debe mandar; y tampoco es una respuesta a los límites del poder, cuya respuesta es el liberalismo; una palabra tan equívoca desde hace tiempo como la palabra democracia. Eso, y *sólo eso*, es lo que significa la expresión democracia liberal: que el poder pertenece al pueblo y que el poder político tiene que estar limitado por la soberanía del Derecho, que pertenece también al pueblo, no al Estado o al

<sup>209</sup> Vid. J. Freund, *op. cit.*

<sup>210</sup> Barcelona, Paidós 1998.

<sup>211</sup> “La revolución legal mundial. Plusvalía política como prima sobre la legalidad jurídica y supralegalidad”. *Revista de Estudios Políticos*. Nº 10.

<sup>212</sup> Vid. G. Albiac, *Sumisiones voluntarias*. Madrid, Tecnos 2011.

<sup>213</sup> Vid. G. Hermet, *El pueblo contra la democracia*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos 1989.

Gobierno, por lo que en su estricto sentido, no puede ser una creación ni del Estado ni del Gobierno. A falta de otra expresión, democracia liberal significa el imperio del Derecho.<sup>214</sup> El Derecho prevalece sobre la política determinando quien manda -en el estado social democrático, el pueblo natural, todos-, cómo se manda y quien decide.

No es raro que el cansancio de la democracia como superstición propalada por las religiones políticas, esté empezando a suscitar reacciones muy críticas contra la democracia desde los residuos del liberalismo clásico.<sup>215</sup>

**22.-** La oligarquía es la forma degenerada de la aristocracia -el mando de los mejores-, cuando gobiernan los pocos para su propio beneficio. Todo lo que pueden hacer la democracia y el liberalismo es controlarla para limitar su poder, de modo que los oligarcas cumplan decentemente su función social; moderadamente hubiera dicho Montesquieu de haber conocido la ley de hierro, pues la moderación es la virtud que atribuía a la aristocracia, el mando de unos pocos.

En efecto: si, como reconocía Rousseau, es imposible que se autogobierne el pueblo salvo en espacios muy reducidos y de poca población; si la oligarquía es, como decía Fernández de la Mora, la ley trascendental de las formas de gobierno al ser inmanente a todas ellas; si es imposible erradicar la oligarquía a pesar de las pretensiones del modo de pensamiento ideológico; si la oligarquía es perniciosa por definición dada su tendencia natural a degenerar en plutocracia y/o en cleptocracia; si la oligarquía es inevitablemente fuente de corrupción estructural; si la oligarquía implica la desigualdad política entre los oligarcas y el resto; si la oligarquía restringe la libertad colectiva a unos pocos; etc., ¿qué sentido y alcance tiene la democracia?

Una de las virtudes de la *democracia política* es, al revés que la demagogia, la humildad, puesto que únicamente puede contrapesar a la oligarquía *política*. La observación es por lo menos tan vieja como Aristóteles, quien propuso como la mejor forma posible del gobierno la forma mixta de oligarquía -reconociendo que es inevitable-, y de democracia, para controlar a los oligarcas con la cantidad, el peso de los números. Se sobreentiende que el control o poder democrático consiste esencialmente en la responsabilidad de aceptar el riesgo de elegir a los oligarcas entre los mejores; en la libertad de controlar el ejercicio del poder para vigilar que no se corrompan; en la libertad de todos para optar a ser elegidos, impidiendo así el anquilosamiento de las oligarquías al introducir sangre nueva y nuevos intereses; en la libertad de hacer que se cumpla el Derecho; y en la libertad de garantizar mediante esas fiscalizaciones las libertades personales y sociales y, *last, but no least*, asegurar la libertad política de todos, que es hoy en día la razón de ser de la democracia política, cuyo fundamento moral es la confianza en que gobernantes y gobernados comparten el mismo *êthos*. Ahora bien, la posibilidad de la democracia política depende siempre de que los demócratas desconfíen del gobierno, aunque sea el de los amigos.

<sup>214</sup> Para evitar confusiones, debiera decirse imperio del Derecho, pues la expresión imperio de la ley, *Law* en inglés, apropiada por los países donde rige el *common Law*, en los que la ley es un *medio* de conocimiento del Derecho, resulta equívoca donde la ley es la *fuentes* de la Legislación, como sucede donde existe el Estado, como es caso de Europa con mínimas excepciones.

<sup>215</sup> Vid. entre otros H.-H. Hoppe, *Monarquía, democracia y orden natural. La visión austríaca de la era americana* (Madrid, Eds. Gondo, 2004) o el difundido panfleto de F. Karsten y K. Beckman, *Beyond Democracy*. Amazon 2013 (Hay trad. española).



**23.-** La eterna cuestión política consiste en que ningún orden político es o será jamás perfecto, y la eterna cuestión concreta de la democracia es, como pensaba Voegelin, la *representación*, que tampoco será nunca perfecta.

Aquí sólo cabe recordar que, dando por supuesto el imperio del Derecho, para que sea real la libertad política y funcione aceptablemente la democracia, tienen que darse las siguientes condiciones mínimas: *en el plano político*, división de poderes -sería mejor decir división de la soberanía- desde abajo, en su origen popular, no desde arriba -la democracia *von oben* que prevalece en Alemania y, con alguna excepción menor como Suiza, en toda Europa-; autogobierno: municipios libres y asociaciones libres; y, descartado el sistema proporcional, que favorece a las oligarquías, representación con mandato imperativo de los representados a los respectivos representantes elegidos por mayoría, respaldada por la posibilidad del *referendum* a petición popular, es decir, por iniciativa de los ciudadanos en uso de su libertad política, de modo que el sufragio universal no sea un subterfugio para falsificar la democracia política.

*En el plano social*, la democracia se asienta en la libertad de trabajo, condición de la auténtica libertad económica; en la familia natural libre de intromisiones fiscales como los impuestos sobre las sucesiones y donaciones, el patrimonio y la renta, que la están laminando;<sup>216</sup> y en la propiedad (que no es lo mismo que la empresa, con la que en modo alguno es incompatible), como su base o complemento material.<sup>217</sup> Pues la democracia es posible únicamente si existe una amplia clase media suficientemente independiente,<sup>218</sup> que equilibre los extremos, como sabía también Aristóteles.

**24.-** Dada la calidad de las clases dirigentes -¿los “nuevos bárbaros” de Toynbee?- la destrucción de las clases medias en que están empeñadas las oligarquías de la Unión Europea aprovechando la crisis cínicamente, quizá sea un designio. Pues, destruir las clases medias, es destruir las naciones, que se han ido formando y consolidando a medida que progresaban esas clases.

El *Manifiesto comunista*, destinado a incorporar la clase proletaria, según sus autores la última de las clases en la historia natural del hombre, a la tarea de las clases medias de transformar el mundo, tributaba los mayores elogios a la burguesía, que es como las llama. Confundiendo empero el estado democrático de la sociedad con la democracia política, le atribuyó al proletariado la misión de eliminar el egoísmo y los deseos miméticos de la naturaleza humana dañada por el pecado original, previa supresión de las desigualdades existentes entre los hombres viejos -los burgueses-, para reconciliar a todos los hombres con su verdadera humanidad. Una vez purificado el estado social democrático, el cielo de la religión política socialista, serían superfluos el gobierno y el *deus mortalis* encarnado en el Estado e imperaría el Reino de Dios en la tierra habitada por hombres nuevos, que al ser iguales en todo serían libres.

La utopía para resolver la aporía de la democracia, revela mal gusto, decía Jouvenel, porque huye de la realidad. El problema se circunscribe a la democracia política. Se

<sup>216</sup> Centrado en Alemania, cf., no obstante, J. Borchert, *Sozialstaatsdämmerung*. Munich, Riemann Verlag 2013. Borchert destaca el robo practicado con las pensiones.

<sup>217</sup> La democracia del capitalismo de Estado socialdemócrata favorece a la gran empresa, más controlable y que puede ofrecer buenas sinecuras, en detrimento de la propiedad. En sentido contrario, el gobierno chino anunció el 15 de noviembre de 2013 una especie de revolución al autorizar la propiedad libre que creará, eso se espera, una enorme clase media, tener más hijos y postular la tendencia a fijar el valor de la moneda, el yuan, volviendo al patrón oro.

<sup>218</sup> Como propugnan los “distributistas” anti-redistributistas G. K. Chesterton, Hilaire Belloc y otros.

trata, como pensaba Tocqueville, de la oposición entre la libertad y la igualdad. La libertad es una propiedad de la naturaleza humana, un presupuesto, un don, y la igualdad natural movida por los deseos miméticos (R. Girard) puede devenir una pasión antisocial, al inclinar a los hombres a olvidarse de la libertad, que implica responsabilidad, o a posponer la libertad a cambio de ser iguales en todo. La fe religiosa en la democracia cuyo resorte es la envidia igualitaria,<sup>219</sup> es la máxima degradación de la democracia política.

---

<sup>219</sup> Vid. G. Fernández de la Mora, *La envidia igualitaria*. Madrid, Áltera 2011. Sobre los deseos miméticos, René Girard.